



IN MEMORIAM
HPL

UN VIENTO NEGRO

Armando Barcelona Bonilla

IN MEMORIAM HPL

UN VIENTO NEGRO

©2025 Armando barcelona Bonilla. Todos los derechos reservados.

Imagen generada mediante I.A.

In Memoriam HPL

Un humilde reconocimiento a la figura del grande entre los grandes genios del género de terror: Howard Philip Lovecraft.

LA MALDICIÓN DEL REY NIÑO

Tiemblan mis manos y los dedos, entumecidos por el frío tumulario, de otro mundo, que habita en mis entrañas, apenas son capaces de sostener la pluma y mucho menos de plasmar en signos escritos lo que siente mi corazón; pero es mi deber dejar constancia del terror que bulle en el oscuro fondo del abismo de locura en que se ha convertido mi existencia; un miedo viejo, atávico, ancestral, que siembra mis noches de horribles alucinaciones, cuyo eufemismo más cruel sería llamar pesadillas, cuando el sueño consigue hacerse triste hueco en la vigilia.

Llegado es el momento de entregar mi alma. El Ser lo sabe y se recrea aguijoneando mi ansiedad, en los escasos momentos en que me permite abandonar la opresiva catalepsia, que como una camisa de fuerza mantiene mi cerebro cruelmente lúcido, constreñido en la mazmorra de un cuerpo cautivo. Ya siento su hedor, la dulzona pestilencia a cadáver que le precede; escucho, aunque todavía lejano, el repugnante succionar de las ventosas de sus largos tentáculos y puedo ver con nitidez, si cierro los ojos, el viscoso rastro de baba corrosiva que va dejando tras de sí. Llega, lo presiento, mi tiempo se termina, por eso he de darme prisa; este manuscrito debe ser una advertencia, el legado que dejo a las generaciones futuras, una súplica desesperada para que den crédito a mis palabras y alejen su curiosidad de todo lo que se oculta en la tenebrosa neblina, emergentes del magma ponzoñoso en que aguardan los Dioses Primigenios el momento del regreso.

Yo he descendido a las profundidades oceánicas de R'lyeh y peregrinado a la tumba ominosa donde reposa Cthulhu, esperando el día en que las estrellas estén de nuevo en posición, para propagar su poder sobre la Tierra. He blasfemado: «Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn», invocando su abominable presencia y perdido la razón entre las sacrílegas páginas del libro herético surgido de la mente enferma del árabe loco Abdul Alhazred; la Biblia de Satanás, que el mundo conoce como Necronomicón. Para mí no hay redención, estoy condenado, eternamente. Sin embargo, tú, sea cual sea el credo que profeses, todavía puedes preservar tu alma de la maldición.

Más desconfía de todo y de todos, piensa en cómo y de qué manera ha llegado hasta ti este manuscrito, de qué manos lo has recibido, en qué taberna oscura o salón principesco tuviste conocimiento de su existencia, porque muchas son las formas que utiliza aquel cuyo nombre no debe pronunciarse para hacerse ver, sugerente, irresistible para sus presas. Escucha, caminante, mis palabras,

prepara tu espíritu para el amargo destino que le tiene deparado el Innombrable e invoca la protección de Azathoth, el que todo lo puede, señor de todos los mundos, primero entre los Dioses Exteriores, porque solo él está en disposición de amparar a la humanidad de la maldición de Cthulhu.

En el principio fue el verbo y será, sí, la palabra escrita, el vehículo que lleve al mundo la historia de mi locura.

En febrero de 1973, coincidiendo con el cincuenta aniversario de la apertura de la tumba de Tutankamon, publiqué con gran éxito mi libro *The Curse of King Tut*, en el que daba un extenso detalle del trabajo realizado por Howard Carter, desde que en 1907 fuera invitado a excavar en el Valle de los Reyes, bajo el patrocinio de George Herbert, conde de Carnarvon, hasta noviembre de 1922, en que su equipo dio con la sepultura del efímero faraón, que tardaría más de tres mil trescientos años en alcanzar la notoriedad y grandeza que su tiempo le negó.

No fue mi primer éxito de ventas, el nombre de Aaron Llywelyn era familiar para los lectores, pero sí, con diferencia, el que más beneficios económicos había obtenido. Tras una quinta reedición y dado el interés que el público seguía mostrando por todo lo que tuviera que ver con el rey niño, mi editora, Amelia Sutherland, sugirió que escribiera una segunda parte, enfocada al misterio y la superstición que rodeaban el descubrimiento de Carter, para cubrir la demanda de unos lectores solo interesados en alimentar su morbo. Aunque reacio, por escéptico, a este tipo de literatura fraudulenta, el sustancioso anticipo económico que recibí por el encargo fue argumento suficiente para vencer cualquier escrúpulo y me puse a la tarea con la máxima dedicación.

Pronto comprendí lo poco que podía dar de sí la veta del supuesto maleficio de la momia. El fallecimiento de lord Carnarvon, cinco meses después del descubrimiento de la tumba, avivó la leyenda, aunque era conocido por todos, que el viejo conde llevaba años arrastrando una salud precaria. De las cincuenta y ocho personas que estuvieron presentes en la apertura de la cripta y el sarcófago, únicamente ocho murieron en los doce años siguientes, aunque la prensa sensacionalista de la época explotó el filón de tal forma, que llevó a sus lectores a creer que la venganza del faraón había caído sobre la tierra como una plaga bíblica; hasta se llegó a relacionar la muerte de Susie, la perra de Carnarvon, con el hechizo faraónico a pesar de que el animal nunca pisó Egipto.

Con pocas esperanzas de encontrar nuevas fuentes de documentación, volé a El Cairo en la primavera de 1974. Un contacto de mi editora en la agregaduría cultural de la embajada británica, me puso tras la pista de un tal Thaamir el-Kaber, controvertido personaje, de origen libanés, pero con pasaporte británico, doctor en historia antigua por la universidad de Praga, medio aventurero, medio arqueólogo y especializado en los ritos funerarios del antiguo Egipto. Su reputación como investigador, era muy discutida por la comunidad académica, ya que parecía seguir líneas de trabajo bastante alejadas de la ortodoxia tradicional.

Con semejante tarjeta de presentación, esperaba encontrarme con una especie de Lawrence de Arabia, de mediana edad, atlético y curtido por el sol del desierto —por aquel entonces, el doctor Thaamir el-Kaber debía tener algo menos de cincuenta años—, pero el personaje que estaba sentado frente a mí, en una mesa del antiguo café El Fishawi, era un anciano macilento, de mirada huidiza y febril, ataviado a la europea, con un traje negro, gastado y sucio, que se cubría la cabeza con el fez tradicional y sostenía entre sus agitadas manos un vaso de té.

La conversación que mantuvimos, si puede llamarse así, fue un cúmulo de incoherencias sobre pretendidas amenazas cósmicas, secretos escondidos en los tesoros reales y la inminencia del total aniquilamiento de la raza humana, provocado por el resurgir de un culto sacrílego, profetizado, según él, por crípticos mensajes ocultos en las estelas funerarias de los enterramientos faraónicos, los textos del Libro de la Emergencia a la Luz, —comúnmente conocido como Libro de los Muertos—, y las páginas del no menos famoso y enigmático Necronomicón, muy presente en círculos esotéricos, supuestamente maldito y al que pocos iniciados parecían tener acceso.

Hablaba, Thaamir en voz muy baja, entrecortada por el miedo y casi susurrando las palabras, mientras lanzaba a su alrededor miradas furtivas, que parecían buscar amenazas ocultas por todo el local. Tras un corto espacio de alterada conversación y en medio de una de esas barridas oculares se puso tenso, su rostro, pálido de por sí, adquirió una lividez cadavérica, rebuscó nerviosamente en los bolsillos, dejó un sobre encima de la mesa y se levantó precipitadamente de la silla.

—No puedo quedarme más tiempo, he de irme, le ruego que no saque conclusiones precipitadas de cuanto acabo de confesarle. Por favor, lea atentamente el contenido de este sobre y espere noticias mías. Sé que se

hospeda en El Tahir, me pondré en contacto con usted en un par de días. Con sus propios ojos, será testigo de que cuanto le he dicho responde a una terrible y estremecedora realidad.

Sin darme tiempo a reaccionar, salió precipitadamente del local, dejándome con la incómoda sensación de que había perdido la mañana y que el doctor Thaamir el-Kaber, no era más que uno de los muchos locos fantasiosos, víctimas del embrujo atractivo que emana de las leyendas del antiguo Egipto. Puse el sobre en mi bolsillo, apuré mi café turco y salí al bullicio colorista, el caos y la magia del Khan El-Khalili, abandonando el mercado en dirección a la Mezquita de El Hussein. Se estaba haciendo tarde, los puestos de comida callejera engalanaban la brisa con todo tipo de aromas sugerentes, las tripas habían llamado a sexta mucho tiempo atrás y el cuerpo comenzaba a reclamar atención.

Volví al hotel desalentado por el fracaso de la entrevista y tras almorzar algo ligero en el restaurante, subí a mi habitación con el propósito de descansar un poco y organizar las ideas. Abrí el sobre que me había entregado Thaamir y encontré dentro unas páginas escritas con caligrafía apretada y pequeña, pero legible. Sentado frente al menguado escritorio me dispuse a leer su contenido. Decía así:

Nadie en El Cairo, doctor Swulzert da crédito a mis advertencias —estaba claro que Thaamir me había confundido con otra persona o que el personaje formaba parte de su desquiciado imaginario—, la comunidad científica me tacha de loco, paranoico, desequilibrado, siendo, ¡pobres infelices!, ellos los insensatos. He consumido mi vida en años de estudio riguroso, de exposición a peligros que la mente humana es incapaz de imaginar y contaminado mi alma con el hedor pútrido que acompaña a la blasfemia cósmica. Todo ha sido en balde, la imprudente vanidad de los hombres, su arrogancia despectiva, la ceguera que produce su torpe ilusión de saberlo todo, han fortalecido al que sueña bajo las aguas, en la ciudad de R'lyeh, esperando el día de su liberación, que será el principio del fin de la humanidad.

La maldición de Cthulhu comenzó a fraguarse en mí hace ya muchos años, en la primavera de 1961, cuando colaboré con el doctor Julius Müller, profesor de historia antigua en la Universidad Libre de Berlín, en la excavación de tres tumbas en Al Ghoreifa, en la región de Minya, a 300 kilómetros al sur de El Cairo. Realmente era un solo hipogeo en el que

descansaban tres sarcófagos de madera, bellamente ornamentados y en magnífico estado de conservación. La traza artesanal de su construcción los ubicaba cronológicamente en la XVIII Dinastía, con mucha probabilidad de coincidir con el reinado de Horemheb.

Casi con toda seguridad pertenecían a la misma familia o habían tenido alguna relación muy estrecha. Por los conos funerarios supimos que las momias eran de una mujer, Heket, y dos hombres, Urshu y Aswad, aunque solo este último iba a jugar un papel en el desarrollo posterior de los acontecimientos. La clase de enterramiento hablaba de personas influyentes, pero los profanadores de tumbas habían dejado poco material para hacer posible una reconstrucción de sus vidas, solo las inscripciones jeroglíficas de los respectivos sarcófagos y los sellos de arcilla permitían poco más que conocer sus nombres. El resto del hallazgo lo constituían trozos de papiro con pasajes del Libro de los Muertos, vasijas que habrían contenido alimentos y algunos utensilios de uso diario en el Imperio Nuevo; objetos que, a pesar de su valor arqueológico, no arrojaban más luz sobre la historia de aquellas momias.

A finales de verano terminó el permiso de excavación del doctor Müller; los tres sarcófagos y todo el material descubierto se encontraban ya, con un permiso especial, en los sótanos del Pergamonmuseum de Berlín y hacia allí partió todo el equipo; yo permanecí en El Cairo porque tenía previsto colaborar en los trabajos que estaba llevando a cabo en la tumba KV23 del Valle de los Reyes, el Departamento de Historia de la Universidad de Sao Paulo, dirigidos por la profesora Elizabeth Galvão.

No fue hasta finales de diciembre, que recibí un telegrama del doctor Müller rogándome que me reuniera con él lo antes posible en Alemania; al parecer había hecho un importante descubrimiento al estudiar el voluminoso rollo de papiro hallado en el sarcófago que guardaba el cuerpo de Aswad, que resultó ser un destacado sacerdote de Thot.

Los trabajos en la KV23 se prolongarían durante mucho tiempo más, años; mi compromiso con la Universidad de Sao Paulo era solo testimonial y la urgencia con que Müller me requería provocó mi interés; me despedí de la profesora Galvão, regresé a El Cairo para poner en orden mis asuntos personales y a mediados del mes de enero de 1962 volé a Berlín.

El doctor Müller que me recibió en el aeropuerto de Berlín-Brandeburgo, recordaba levemente al que yo había conocido en El Cairo unos pocos meses antes; el de ahora había envejecido notablemente, sendas bolsas violáceas colgaban bajo sus ojos, que parecían febriles, inquietos, asustados; tras interesarse brevemente por mi viaje y unas pocas fórmulas protocolarias de saludo, nos dirigimos al aparcamiento, donde nos esperaba su coche y durante el trayecto hasta la residencia de profesores en la universidad, que es donde me iba a alojar durante mi estancia en Berlín, me fue poniendo al corriente de sus avances en el estudio de las momias de Al Ghoreifa y más en concreto del rollo de papiro encontrado en el sarcófago de Aswad; en una primera instancia creímos se trataba del Libro de los Muertos, que acompañaba al más allá a la élite que se podía permitir pagarlo, sin embargo, según el arqueólogo alemán, nuestro papiro no era lo que suponíamos, al menos no en la forma establecida por los ritos funerarios del Imperio Nuevo.

El rollo medía, extendido, cerca de quince metros de largo y estaba dividido en dos partes bien diferenciadas: la primera, compuesta por jeroglíficos y escritura hierática, se asemejaba al libro ritual funerario acostumbrado, pero solo porque rogaba la protección de la divinidad, para permitir que Aswad alcanzase la inmortalidad, pues no pedía la intercesión de ninguna deidad del panteón egipcio, sino que invocaban el amparo de unos desconocidos hasta entonces Dioses Exteriores, para impedir que Ekeltu-Alu, una especie de terrorífico genio del mal, se apoderase del alma en tránsito, para mortificarla con terribles e inimaginables castigos por toda la eternidad.

La segunda parte del rollo no presentaba signos de ninguna escritura antigua conocida, más bien parecía responder a una especie de código binario; una solución que tanto el doctor Müller como yo descartamos de inmediato, porque además de ser imposible que en ese momento de la historia se hubiera desarrollado un conocimiento parecido, la presencia en todo el documento de tan solo un símbolo, era por sí misma incompatible con un sistema binario. Se componía de una sucesión de puntos, exactamente iguales, distribuidos en grupos que dibujaban formas similares al braille actual.

La comprensión de los jeroglíficos que decoraban templos, objetos y tumbas del antiguo Egipto fueron indescifrables hasta que el ejército de

Napoleón sacó a la luz la piedra de Rosetta, en nuestro caso carecíamos de un referente similar. Sin embargo, durante los dos últimos meses, herr Müller había estado investigando textos relacionados con cultos antiguos, que todavía hoy seguían siendo objeto de estudio, cuando no de credo, en determinados colectivos religiosos, sociedades teosóficas y sectas herméticas. Gracias a este trabajo de campo, el viejo profesor había conseguido descifrar, parcialmente, algunos pasajes del papiro de Aswad, pero para ello tuvo que penetrar, según sus palabras, en un conocimiento herético, que le había dejado profundas secuelas, tanto físicas como mentales, lo que se correspondía con el deplorable aspecto que presentaba. Sufría frecuentes alucinaciones, me dijo, no encontraba descanso en dormir porque sus ensoñaciones eran una sucesión de horribles pesadillas, en las que sufría el castigo de verse encerrado en vida dentro de un sarcófago, como los que descubrimos en la región de Minya, sin posibilidad alguna de realizar el más mínimo movimiento, constreñido en un angustioso sepulcro impenetrable a la luz. Era tan grande el terror que le infundían aquellos delirios, que había recurrido a las drogas para prolongar su vigilia y eso lo mantenía en un estado mental cercano a la locura. Se sentía vigilado, perseguido, constantemente amenazado por un poder oculto, que acechaba en la sombra, esperando el momento propicio para acabar con su vida y apropiarse eternamente de su alma inmortal.

Con estas preocupantes revelaciones llegamos a la residencia de profesores; el doctor Müller me acompañó hasta que estuve instalado en mi habitación y se retiró para que descansara, quedando en venir a recogerme a primera hora del día siguiente. Nunca más volví a verlo con vida. Por la mañana, cuando le esperaba para ir juntos a las dependencias de la universidad, recibí la noticia de que había muerto durante la noche; todavía se desconocía la razón, pero todo apuntaba a causas naturales porque no había signos externos de lucha o agresión alguna y el domicilio tampoco había sido allanado; la asistenta que trabajaba para el doctor Müller descubrió el cadáver en su cama, desnudo, con los brazos cruzados sobre el pecho, como protegiéndose de algo, y una horrible expresión de miedo congelada en la cara. Superada la primera impresión, avisó a los servicios de emergencia, que se hicieron cargo de todo.

Como ocurre en estos casos, hubo una investigación, breve, pues los hechos no parecían tener un origen criminal, y se le practicó la autopsia al

cadáver, que no pudo aportar datos concluyentes sobre el fallecimiento, porque si bien hubo paro cardíaco, evidentemente, no fue provocado por un infarto o cualquier otro tipo de percance de esas características; tampoco se hallaron restos de sustancias tóxicas en su organismo y, según el informe del forense, Julius Müller gozaba de un excelente estado físico. El dictamen médico fue de fallecimiento por muerte súbita y el caso quedó cerrado.

Al carecer de parientes conocidos, la universidad se hizo cargo de los documentos y estudios académicos del doctor y entre todo el material acumulado en su despacho, había dos cajas de tamaño considerable, identificadas con la siguiente etiqueta: «Al Ghoreifa / Aswad, sacerdote de Thot / Doctor Thaamir el-Kaber», que me fueron entregadas.

Todo el material recuperado del hipogeo de Al Ghoreifa, incluido el rollo de papiro, sería devuelto a las autoridades egipcias y mi estancia en Alemania ya no tenía razón de ser; así que me procuré pasaje en un avión con destino a El Cairo, facturé la voluminosa herencia recibida y volé de regreso a casa, sin saber que en aquellas cajas viajaba conmigo el principio de mi aniquilamiento personal, la fuente de mi locura, el gélido aliento de la muerte, el origen de toda blasfemia, la ruina de la humanidad, el apocalipsis anunciado por los profetas; ni más ni menos que la maldición de Cthulhu.

No puedo contarle más por ahora, doctor Swulzert, me pondré en contacto con usted en unos días, lo antes posible, pues, aunque mi causa está irremediablemente perdida, creo que puede ayudarme a salvar a la humanidad de la terrible venganza cósmica, que ese engendro demoníaco ha madurado durante milenios.

Ma'assalama, profesor, que Azathoth guíe sus pasos.

Confuso y sin saber a qué atenerme, decidí que lo mejor sería esperar a un nuevo contacto con el profesor que me permitiera echar algo de luz sobre lo que en ese momento se me antojaba un mero despropósito. Guardé la carta y me dispuse a descansar un poco.

LA MUERTE ES SEGURA. EL MOMENTO IGNORADO

Definitivamente, el doctor Thaamir el-Kaber no dejaba de ser un personaje pintoresco, por no decir que mentalmente inestable, esa carta no hizo más que confirmar la primera impresión que me causó tras nuestra entrevista en el café El Fishawi, y dudaba que pudiera sacar de su ayuda algún material mínimamente aprovechable; sin embargo, dado el carácter poco riguroso, técnicamente hablando, del encargo editorial que me había traído hasta El Cairo y considerando el alto grado de paranoia que padecía el doctor, supuse que podría serme de alguna morbosa utilidad su contribución; el público al que iría destinado mi libro disfrutaba con ese tipo de literatura fantástica, que entrevera mitos y supersticiones, con alguna que otra verdad científica.

Comenzaba a declinar la tarde. Desde la ventana de mi habitación podía ver, en la distancia, la cúpula de la mezquita de Mehmet Alí Pasha, robándole al sol los últimos alientos del día, para embellecer sus placas de alabastro con pinceladas de oro. En los minaretes se activaba la megafonía para que el muecín pudiera convocar a los fieles a la Isha'a, la oración de la noche. Toda la sugerente magia oriental, se me ofrecía, tentadora, al otro lado de la vidriera. Salí del hotel; la temperatura era agradable y la plaza Tahir rebosaba de animación. Anduve por las calles aledañas dejándome atrapar por el embrujo de los faraones. En un puesto de comida ambulante me hice con un par de pinchos de kofta demasiado aromatizados para mi gusto; afortunadamente, la complicidad de una botella de cerveza consiguió armonizar mi cena. En la terraza de un café, cercana al hotel, me ofrecieron un trocito de baklava, que saboreé lentamente, acompañado por un té negro con hojas de menta shai.

La noche, ya cerrada, traía en la brisa historias fantásticas de antiguos esplendores; me encontraba a gusto viendo pasar a la gente, escuchando sus voces, en un idioma que dominaba a la perfección, pero al que el hechizo del momento le daba una musicalidad especial. Al otro lado de la calle, un corrillo de cuatro ancianos, sentados en sillas de anea, disfrutaba una amena conversación compartiendo el narguile. En alguna parte, alguien estaba escuchando música tradicional: el oud cabalgaba sobre la alfombra mágica del mizmar, mientras nay, la flauta de caña, tejía una estela de plata en la noche cairota y todo el conjunto bailaba al frenético ritmo que imponía una electrizante darbuka. Cerré los ojos dejándome llevar por todas aquellas sensaciones y supe que era feliz, un hombre afortunado, la vida me sonreía, ni una nube ensombrecía el horizonte de mi futuro.

De qué frágil elemento está compuesta la dicha del ser humano, tan efímera y evanescente como las volutas de humo del narguile.

La incómoda chicharra del teléfono me sacó del sueño a la mañana siguiente; Edward Hall, mi contacto en la agregaduría de cultura de la embajada británica, tenía una noticia desagradable e inesperada que darme: el doctor Thaamir el-Kaber, había sido encontrado muerto en la azotea de su casa, una pequeña propiedad de dos plantas, ubicada en un callejón sin salida del barrio copto. En el cuerpo no había signos de violencia, tampoco la casa parecía allanada y todos los accesos estaban cerrados por dentro. La primera impresión de la policía fue que se trataba de una muerte natural; algo que la autopsia confirmaría más tarde, descartando cualquier otra causa.

Llegados a este punto, la investigación se redujo a mera burocracia: me llamaron a declarar, ya que al parecer fui la última persona que vio a Thaamir con vida; conté todo lo que sabía del personaje, que era más bien poco.

La carta que me diera en el café El Fishawi, más concretamente la mención al desconocido doctor Swulzert, provocó curiosidad en el inspector que llevaba del caso, pero el interés fue pasajero y como no tenía demasiado empeño en complicarse la vida más de lo necesario, todo acabó con un protocolario informe administrativo para el juez, que, ante los hechos presentados, dio por cerrado el caso.

En el interior de la casa había pocos objetos de valor para las autoridades egipcias: fragmentos de cerámica, algún cono funerario y un par de shabtis de barro, material que fue inmediatamente incautado para engrosar las toneladas de pequeños tesoros arqueológicos, que duermen un segundo sueño eterno en los sótanos del Museo Egipcio. El resto de enseres, al tratarse de un ciudadano británico, fueron puestos a disposición de la embajada, lo que me permitió acceder a la biblioteca y los archivos del malogrado doctor; un desbarajuste de papeles manuscritos y libros de las más diversas temáticas, que complicaba mucho cualquier selección. Sin embargo, de alguna manera llamó mi atención la presencia de dos cajas de tamaño medio, repletas de caótica documentación, etiquetadas con la siguiente leyenda: «Al Ghoreifa / Adoradores de los Primigenios / شياطين Shayatin / Asura / Νεκρονομικόν / العزيف».

Con el beneplácito de las autoridades británicas, deseosas de quitarse de encima semejante legado, junto con un buen montón de cuadernos y abundante papelería, hice un lote que facturé con destino a Inglaterra y di por

terminada mi estancia en El Cairo, para regresar a mi confortable refugio de Plymouth, ajeno a la infecciosa plaga que acechaba en aquellos baúles.

Pasé todo el verano clasificando papeles y con las primeras nubes del otoño asomando ya por Catedown, el majestuoso estuario del río Plym, me puse a la tarea de intentar darle sentido a todo aquel rompecabezas. La documentación, manuscrita en su mayor parte, era un galimatías mental similar a lo que el doctor Thaamir plasmó en el escrito que me entregó durante nuestra breve entrevista en El Cairo: extrañas visiones, mensajes apocalípticos y enloquecidas tramas conspiranoicas, que tenían como objetivo la destrucción de la humanidad.

Pero también había un trabajo muy riguroso de investigación, comenzado en Berlín por el doctor Müller, que se centraba en la interpretación de la segunda parte del papiro encontrado por ambos en la excavación de Al Ghoreifa. La singularidad del código, en absoluto comparable con cualquiera de las formas de escritura antigua conocidas, hacía el documento único, con un enorme valor arqueológico y potencialmente indescifrable, dada la ausencia de referentes simbólicos. Sin embargo, Müller había conseguido avances significativos en ese terreno, al descubrir una similitud entre esa escritura y la codificación que utilizaban en sus crípticos escritos los Caballeros de la Orden del Templo de Hasmoday. Una extravagante conexión, que merece ser explicada.

El 12 de octubre de 1888, en el patio de la prisión de Cardiff, era ejecutado en la horca, el reverendo Jeremia Walker, autor confeso del asesinato ritual de quince prostitutas entre la primavera de 1883 y finales de 1887; antiguo pastor de la iglesia presbiteriana de Gales y Gran Maestro de la Orden del Templo de Hasmoday. Junto a él fueron igualmente ahorcados siete de los trece *frates milites* que formaban el Capítulo de la orden, los demás, junto con un gran número de adeptos destacados, terminaron sus días en prisión y la hermandad disuelta. Todo su patrimonio material fue confiscado por el Estado, pero gran parte de sus fondos documentales, libros y archivos permanecieron ocultos, custodiados en la clandestinidad por fieles al templo, hasta que, en 1890, una importante mayoría de ellos se integró en la recién creada Orden de la Rosa-Cruz del Templo y del Grial, que fundara Josephin Aimé Péladan.

Julius Müller, además de doctor en historia antigua y arqueología, por sus elevados conocimientos académicos en los ritos funerarios egipcios, esenciales para comprender el sentido de la justicia divina después de la muerte, era grado 31° de la Gran Logia Unida de Alemania y, consecuentemente, mantenía

vínculos estrechos con otras organizaciones de carácter secreto; en este caso determinado, con la Rosa-Cruz del Templo y del Grial, que custodiaba un enorme archivo de libros antiguos, documentos y manuscritos, pertenecientes a culturas anteriores incluso a la egipcia.

La colaboración con los rosacruces permitió al alemán acceder a tabillas con una antigüedad de 4500 años A.C., escritas en un código de puntos, diferente a cualquier otra forma de comunicación de la época. Pertenecían al periodo El Obeid y probablemente obra de una civilización perdida, quizá una migración de nómadas, que llegaron a Mesopotamia procedentes de los montes Zagros. La existencia de ciudades del neolítico de nueve mil años de antigüedad, con estructuras sociales y culturales bien definidas, como Çatalhöyük, en la cercana Anatolia, hacía posible pensar en el desarrollo de sistemas de escritura propios, anteriores en muchos siglos a las cuneiformes mesopotámicas.

Pero lo que hizo al doctor Müller avanzar en la comprensión del código de Aswad no fue el estudio de este material, de un valor arqueológico increíble, sino perderse entre los anaqueles de la fabulosa biblioteca esotérica, cuyo frontispicio presidía un Baphomet tricéfalo sin duda de ascendencia templaria, que custodiaban los rosacruces en los sótanos del Château des Moines, a orillas del Saona, cerca de la ciudad de Lyon. Allí se le hizo visible la profecía, tuvo acceso a misterios que jamás debió alcanzar, una sabiduría pagana que solo engendra dolor, devastación y muerte, nacida de ese pithos de Pandora que es el Νεκρονομικόν, العزيف, en su idioma original, el Necronomicón.

Según pudo descifrar, con la ayuda del libro sacrílego, esa parte del papiro no era un simple compendio de oraciones y conjuros, destinados a conseguir el tránsito placentero del alma hacia la vida eterna, sino un oráculo profético, que anunciaba, con rigor y detalle, todos los grandes males venideros de la humanidad: guerras, desastres presuntamente naturales, epidemias, plagas, hambrunas, destrucción y muerte, que se producirían sin remedio a lo largo de los siglos, hasta su definitivo aniquilamiento; un destino cruel, motivado por la sola intervención y voluntad de Ekeltu-Alu la deidad maligna, el que Nunca Debe Ser Nombrado, el todopoderoso, la bestia universal; una maldad cósmica sedienta de sangre, despiadada y vengativa, ante la que se humillan, vencidas y temerosas, todas las divinidades conocidas, sea cual sea su dogma.

Poco más pude entresacar de las notas y abundante documentación escrita, que el doctor Thaamir el-Kaber, amontonaba en su casa del barrio copto; la

copia del rollo de papiro de Al Ghoreifa, salvo en su parte de escritura jeroglífica, seguía constituyendo un enigma; aquel código de puntos, que con ayuda de Julius Müller y del Necronomicón parecía haber descifrado antes de morir, era un arcano inescrutable para mí. Pero estaba escrito que mi destino tenía que fundirse con el pecado astral; sin saberlo, había penetrado en el círculo abominable del sacrilegio pagano, allí donde reina todopoderoso el Innombrable; mis dedos habían rozado la maldición de Cthulhu, estaba contaminado por su herejía y eso se purga con un castigo peor que la muerte.

NIEBLA NEGRA

El día amaneció gris. Rasgados jirones de niebla surgían de las cabrilleadas aguas de Sutton Harbour, como si fueran las almas atormentadas de los marinos muertos en el mar de los celtas: mercaderes, piratas, pescadores, que emergían vindicativos desde las profundidades donde dormían sus pecios. Bardas de mal agüero ponían estolas de luto en el horizonte atlántico y el viento gemidos de plañidera en los resquicios de las ventanas.

A pesar del arduo trabajo de clasificación realizado, los documentos que tenía ante mí no dejaban de ser un caos de leyendas antiguas, dioses de otros mundos y profecías apocalípticas, que nada aportaban al propósito de cumplir con el encargo de mi editora. Cierto es que había descubierto una enorme cantidad de material para historias futuras, aunque la fantasía o la ciencia ficción no eran estilos que me resultaran especialmente atractivos, pero nada relativo a Tutankamón o al supuesto maleficio que tanto interés suscitaba entre el gran público.

Estaba bloqueado, no tenía nada nuevo que aportar al relato morboso, ya suficientemente exprimido por la prensa sensacionalista y otros escritores especializados en este nicho de mercado. Dejé que mis pensamientos se perdieran en la plomiza perspectiva del estuario, mientras apuraba el último sorbo de café turco, al que me había aficionado durante una breve estancia en Estambul, la forma litúrgica con que se elabora, el cezve tradicional, su aroma y fuerte sabor me convirtieron en un adicto. Unos suaves golpes en la puerta me sacaron del ensimismamiento lúgubre en que me hallaba.

—Hay un caballero en la entrada que pregunta por usted, Aaron.

Mi vecina, la señora Harrison, complementaba su pensión de viudedad haciendo para mí de ama de llaves, cocinera, administradora, enfermera, secretaria y, no pocas veces, confidente.

—¿Conocemos su nombre, señora Harrison?

Era una mujer sencilla, tratable y con sentido del humor, por eso me permitía bromear con ella en muchas ocasiones.

—¡Pues claro, no creerá que me he vuelto mema de repente! —simuló indignarse con la pregunta—, el caballero dice llamarse doctor Günter Swulzert y no es de por aquí, a juzgar por su fuerte acento extranjero.

No conocía al doctor Swulzert, de eso estaba seguro, pero en alguna parte había oído ese nombre, me resultaba familiar, aunque no era capaz de situarlo en el tiempo y en el espacio.

—Muchas gracias, Olivia, hágale pasar a la sala, bajaré enseguida.

Mientras buscaba una ropa más adecuada para recibir visitas, no hice otra cosa que esforzarme en recordar dónde me había topado con el apellido Swulzert; tras un breve rato de esfuerzo mental sin lograrlo, elegí una vieja, pero cómoda americana de tweed y bajé a reunirme con el enigmático forastero. Lo encontré en la sala, de espaldas a la puerta, examinando con interés algunas fotografías de actos protocolarios: entregas de premios, presentaciones de libros, homenajes, que tenía expuestas en la repisa de la chimenea. Al notar mi presencia se dio la vuelta y, sonriente, se acercó con la mano derecha tendida en actitud de saludo.

—Herr Llywelyn, permítame presentarme: mi apellido es Swulzert, doctor Günter Swulzert, adjunto a la cátedra de historia antigua en la Universidad de Leipzig, responsable de su departamento de arqueología y estudioso de la protohistoria, una disciplina apasionante, créame, que bucea en los orígenes de la humanidad. El estudio de las civilizaciones perdidas nos pone en contacto con viejas creencias, leyenda que son la base de tradiciones religiosas que todavía persisten hoy en día como la creación, el paraíso, el diluvio, todas tienen su origen en esa enigmática edad, una investigación apasionante, a mi modo de ver y que en cierta medida compartimos.

La rotundidad de los títulos con que se presentó, enfrentados al cariz que estaba empezando a tomar su monólogo, me hizo dudar sobre si me encontraba, o no, ante otro charlatán delirante como Thaamir el-Kaber. Pero fue al recordar el breve encuentro que tuvimos en café El Fishawi de El Cairo y la extraña carta que me entregó antes de morir, cuando se hizo la luz en mi memoria y reconocí en el hombre que tenía delante, al destinatario real de aquella misiva.

No era, pues, el doctor Swulzert un personaje creado por el delirio de un loco, sino alguien real, con una hoja de servicios notable, según se deducía de sus palabras, relacionado con el mundo antiguo, sus costumbres, rituales y creencias, que por alguna extraña razón estaba al corriente de mi trabajo y se había tomado la molestia de cruzar Europa para encontrarse conmigo.

Naturalmente, sentí la necesidad de conocer los motivos de aquella visita y aparcando cualquier escrúpulo anterior que pudiera haber tenido con respecto a él, con un gesto sugerí que tomáramos asiento junto a la chimenea, que la señora Harrison, con la eficiencia que le era característica, mantenía encendida. Nos acomodamos en las dos hospitalarias butacas de biblioteca estilo georgiano, compradas en una tienda de antigüedades de Liverpool durante la gira de presentación de mi primer libro, *The uncrowned queen* —una biografía novelada de María Estuardo con la que logré hacerme un hueco en el mundo editorial—; unas sólidas poltronas condenadamente británicas, pensadas para soportar veladas prolongadas, y yo tenía el pálpito de que esta iba a ser una carrera de fondo.

—Me temo que he de pedirle disculpas, doctor Swulzert, pues obra en mi poder una carta dirigida a usted, que el malogrado Thaamir el-Kaber me entregó por error en El Cairo. Supuse que la alusión a su persona era una incoherencia más en su discurso, una especie de alucinación creada por el delirio de un loco; pero es evidente que estaba equivocado.

La señora Harrison entró en la sala con dos copas de oporto y un plato de galletas saladas, que depositó sobre la mesita de centro, al alcance de nuestra mano.

—No se culpe, herr Llywelyn, Thaamir tenía una personalidad... yo diría que infrecuente. Muchos lo consideraban un excéntrico imprevisible, disparatado, de poco fiar, sobre todo en círculos donde la ortodoxia científica es dogma de fe. Pero había que conocerlo, créame, detrás de esa apariencia confusa se escondía un trabajador incansable, metódico y riguroso —golpeó con el puño la palma de su mano, como para reafirmar lo que estaba diciendo—. Cuando usted se entrevistó con él estaba muy agobiado y tenía motivos para ello; una grave amenaza lo acorralaba, enemigos poderosos lo vigilaban día y noche, temía por su vida y, desgraciadamente, los hechos le dieron la razón.

Se inclinó sobre la mesa para alcanzar su copa, tomó un breve sorbo, se detuvo un instante contemplando el vino con aprobación y volvió a dejarla en su sitio.

»Excelente brebaje, herr Llywelyn. En fin, no pienso que Thaamir lo confundiera conmigo, su delirio no podía estar a un nivel semejante; considero que se la dio para preservarla de otras manos, no deseaba que cayera en las de quienes lo perseguían; quizá esperaba recuperarla en unos días, si volvían a encontrarse o

que si no era posible, como así fue, yo haría por seguirle la pista. Como le digo, no era un necio.

Para un escritor, la conversación comenzaba a tener interés profesional; no olvidemos que este doctor Swulzert, presuntamente era el mismo al que hacía referencia la carta de El Cairo; un hombre con responsabilidades académicas reales, al parecer estudioso aventajado en una materia tan hermética como la protohistoria —algo todavía más misterioso e impreciso que la propia historia—; el relato estaba aromatizado con culturas perdidas, ritos paganos, dioses de otros mundos, sociedades secretas: templarios, rosacruces, logias masónicas...; además, todo apuntaba a que las muertes repentinas de dos personas involucradas en la trama, Julius Müller y Thaamir-el-Kaber, no habían sido todo lo naturales que podrían parecer. Mi primera impresión había sido correcta: la velada tenía que ser, necesaria e irremediablemente, prolongada.

—Disculpe, doctor, ¿puedo sugerirle que nos acompañe en el almuerzo? A buen seguro que la señora Harrison tendrá preparado alguno de sus estupendos guisos, que inevitablemente quedan en el recuerdo de quien los prueba.

—¡Sopa de puerros y *faggots*! —gritó desde la cocina. Aquella mujer tenía un oído de espía y no se le escapaba absolutamente nada de lo que ocurría en torno a ella.

—¿Le gustan las albóndigas de riñones de cordero, herr Swulzert?

—Llámeme Günter, se lo ruego, y sí, seguro que estarán deliciosas. Pero no me gustaría ser inoportuno, entiéndalo.

Hice un gesto con la mano quitándole importancia al comentario, me levanté del sillón y anduve un par de pasos hasta el minibar, para hacerme con la botella de oporto; rellené las copas.

—Seremos tres a la mesa, Olivia, si no le importa —la señora Harrison y yo almorzábamos juntos, siempre que esto era posible, y los dos estábamos fuertemente apegados a las tradiciones.

La comida resultó entretenida y Günter nos enseñó su faceta de comunicador divertido, contando anécdotas de las que fue protagonista en el transcurso de sus muchos viajes por el mundo. Se mostró como una persona afable, interesante y culta, además de un entusiasta devorador de *faggots*.

Tras el almuerzo nos trasladamos de nuevo a la sala. Declinó el ofrecimiento que le hice de un Partagás Lusitanias, mientras extraía del bolsillo interior de su

americana una espléndida pipa de brezo, iniciando el místico ritual de cargar la cazoleta con una mezcla de *burley* y *latakia*, que él mismo preparaba, alardeó, huyendo de las labores manufacturadas que se comercializaban en el mercado.

Una diminuta red de pequeñas venillas rojizas, que serpenteaba las aletas de su faraónica nariz aguileña y algunas pocas más en los pómulos, parecían apuntar a una afición del hombre a la bebida, aunque ciertamente, eso pude comprobarlo con el tiempo, nunca tomaba una copa de más, ni en los eventos sociales más propicios para ello, y jamás lo vi en estado de embriaguez. Tras tomar un sorbo de su copa de brandy y aromatizar la estancia con el humo denso de su pipa, reanudó el relato donde lo había dejado antes del almuerzo.

—Colaboré con el doctor Julius Müller en no pocos proyectos relacionados con el estudio de las primeras civilizaciones, era un gran experto en lo concerniente a culturas mesopotámicas y la suya fue una pérdida irremplazable para la ciencia.

Yo había oído hablar del doctor Müller, a raíz de la invitación que recibí de mi editora, para asistir a una cena homenaje, ofrecida en su honor en Berlín, por el Deutsches Archäologisches Institut, a la que no puede acudir, por encontrarme en Nueva Zelanda, documentándome para el proyecto de una novela ambientada en la cultura maorí, que se publicaría más tarde bajo el título *The Wairau Affray* en la que se narra el grave enfrentamiento, que tuvo lugar el 17 de junio de 1843, en el valle de Wairau, entre colonos británicos y nativos del clan iwi, tras la firma del Tratado de Waitangi.

»En el momento de su muerte trabajábamos juntos en el estudio de un código desconocido de escritura, elaborado a base de puntos, descubierto en un hipogeo cercano a la localidad egipcia de Al Ghoreifa. En esa parte de mi colaboración con Müller es cuando conocí a Thaamir-el-Kaber y he de coincidir con usted, herr Llywelyn, que me pareció un personaje algo excéntrico, notable, si se quiere utilizar un lenguaje menos descriptivo. Pero créame, tenía un conocimiento superior de la cultura egipcia, sobre todo del período protodinástico, cuyo estudio lo tenía absolutamente cautivado.

»El análisis del papiro encontrado en el sarcófago de Aswad, que usted conoce, avanzaba con mucha dificultad; no teníamos referentes a los que acudir; ningún tipo de escritura en esa fase de la historia se parecía al código enigmático de puntos y seguramente seguiríamos enfangados en el mismo lodazal que al principio, de no ser por las ramificaciones filosóficas y

espirituales, que solía transitar el doctor Müller: los sótanos del Château des Moines, en el sureste de Francia, donde los seguidores de Christian Rosenkreuz custodian una de las más completas bibliotecas esotéricas del mundo, entre cuyos estantes, halló respuestas Jullius y, seguramente, la condena de su alma inmortal por toda la eternidad.

En ese instante no pude reprimir un gesto de escepticismo, que no pasó desapercibido para mi invitado. Con una media sonrisa adornándole la boca, se aclaró la garganta con un buen trago de brandy, vació en el cenicero los residuos de tabaco quemado que quedaban en la cazoleta de su pipa y con un leve suspiro de tolerancia siguió hablando.

»Ciertamente, comprendo su incredulidad; yo mismo compartí esa sensación hace no tanto tiempo, pero los hechos son tozudos y no dejan lugar a interpretaciones, herr Llywelyn, lo comprobaré si continúa interesado en esta aventura.

—La verdad es que no creo en la inmortalidad del alma —me sentí obligado a defender mi postura en materia de fe—, ni en dioses, cultos o ritos que pretendan la existencia de seres superiores, con respuestas para las incógnitas que se le plantean a la humanidad; ni tan siquiera soy ateo, porque la sola negativa de dios le confiere alguna forma de abstracción y detesto ponerme trampas. Es algo que, sinceramente, me tiene sin cuidado.

Comenzaba a declinar la tarde, encendí mi vieja *tiffany* azul de lectura, puse un par de leños más en la chimenea y la señora Harrison entró para despedirse e informar de que teníamos pastel de carne en el frigorífico.

—El comportamiento del doctor Müller a ese respecto, era decididamente ecléctico; sin duda el estrecho contacto que mantuvo con sociedades que tenían diferentes visiones del fenómeno religioso, moldearon su vida espiritual, por no decir que la retorcieron completamente. Pero no por ello dejó de ser riguroso en sus trabajos científicos, que siempre procuró abordar con la máxima objetividad.

Una pequeña detonación en la chimenea, seguida de un fugaz chisporroteo, producidos por la combustión de alguna bolsa de gas, distrajo brevemente la atención del alemán, pero enseguida volvió a tomar la palabra.

»En fin, por no alargar más la historia. Con la muerte de Müller se interrumpió la investigación que estábamos llevando sobre el enterramiento de Al Ghoreifa: las momias, los objetos originales y todo el material encontrado en el hipogeo

tuvo que volver a Egipto; el proceso para solicitar a sus autoridades una moratoria, que incluiría el cambio de responsable en el equipo, era demasiado farragoso, exigía una labor administrativa importante y la universidad no mostró interés en ello; quedaban, sí, copias muy cuidadosas de los papiros y una gran cantidad de escáneres, radiografías y documentación procedente de las pruebas radiológicas a las que fueron sometidos los cadáveres. El resto del dossier, que el doctor custodiaba en su casa de Berlín, pasó a manos de Thaamir-el-Kaber, la última persona que lo vio vivo.

Günter bebió un poco más de brandy, lo que originó un breve silencio que me ayudó a caer en la cuenta de que no era solo la carta de Thaamir lo que había movido a cruzar el océano al alemán; también obraban en mi poder las dos cajas repletas de libros y documentos, que aquel dejó al morir en El Cairo, un material que antes habría pertenecido, sin duda, al doctor Müller.

—Es curioso de qué manera se producen las cosas, a veces, —me vi en la obligación de intervenir—, porque todo apunta también a que fui yo el último en tener contacto con Thaamir-el-Kaber antes de su muerte repentina y por ese simple azar, además de porque disfrutaba de pasaporte británico, se me adjudicó en herencia un importante legado documental, en el que vengo trabajando desde hace meses, he de confesarle que sin demasiado acierto, Günter.

Afirmó con la cabeza, volvió a dejar la copa sobre la mesita, consultó su reloj, fuera ya era noche cerrada, y se levantó del sillón con claras intenciones de dar por terminada la reunión.

—Lo sé, herr Llywelyn, la policía de El Cairo, al igual que su embajada, me pusieron al corriente de ello y ese es el motivo principal de mi presencia hoy aquí; si usted no opone reparo, me gustaría estudiar esos documentos, todavía quedan muchas incógnitas por desvelar y tal vez podríamos trabajar juntos en ello; a los dos nos sería beneficioso, créame, de todo esto puede salir una interesante historia, que en manos expertas como las suyas terminaría en éxito editorial seguro; mientras que para mí, culminar la tarea que empecé con el doctor Müller y que le costó la vida, lo mismo que a Thaamir-el-Kaber, se ha convertido en una obsesión.

Yo también me levanté de la butaca, secundando la actitud de mi huésped: había llegado la hora de terminar la charla.

—Estaré encantado, amigo mío, de poner todo ese material a su disposición y me honrará trabajar con usted en este proyecto, que ya me tiene enganchado desde sus inicios.

—Perfecto, agradezco de veras su ayuda, pero por hoy ya es suficiente, he de volver a mi hotel y usted, sin duda, tendrá otras ocupaciones que atender.

Nos dirigimos hacia la puerta en silencio. Swulzert se hizo con el abrigo, que había dejado en el perchero de la entrada, junto con una gorra de lana estilo irlandés. Una vez equipado me tendió la mano a modo de despedida.

—Muchas gracias por su acogida, Aaron, espero impaciente sus noticias para comenzar el trabajo.

—Mañana mismo, si no tiene usted otros proyectos —me apresuré a sugerir—. Además, si no lo considera un atrevimiento por mi parte, me gustaría ofrecerle la habitación de invitados; la casa es grande, como podrá comprobar si se queda con nosotros, y no tendríamos limitaciones de horario.

—Es francamente generoso, herr Llywelyn, y no niego que la idea me atrae, pero bajo ningún concepto querría alterar yo sus costumbres y las de la señora Harrison; me temo que debería declinar su invitación.

—¡Tonterías! Mañana mando un mozo a su hotel para que le ayude con el equipaje. ¿Se hospeda usted...?

—En el Copthorne, pero insisto, me parece un allanamiento por mi parte.

—¿A las once le parece bien, Günter?

—Por mí no hay problema, Aaron, y nuevamente agradezco estas muestras de hospitalidad, por otra parte, tan proverbialmente británicas.

Tras un último apretón de manos, se alejó calle arriba, apartándose del mar, desde el que comenzaba a avanzar una niebla consistente, que pronto borraría de la noche cualquier atisbo de seducción o romanticismo.

EL CORAZÓN DEL REY

Acondicionar la buhardilla nos llevó un par de días, el espacio era más que suficiente y alguien había abandonado allí arriba, una vieja mesa de considerables dimensiones, que parecía hecha a la medida de nuestros propósitos; una gran ventana circular nos proporcionaba abundante luz natural, además de unas agradables vistas al océano, y hasta una estufa eléctrica, casi ya pieza de museo, se avino a funcionar como en sus mejores tiempos para caldear el ambiente cuando el sol dejaba de cumplir esa función. Un chamarilero nos libró de los pocos cachivaches que todavía quedaban y estuvimos en condiciones de comenzar el trabajo. Los conocimientos del doctor Swulzert se hicieron notar desde el primer momento y de manera inmediata las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar, como obedeciendo los mandatos de un nuevo sortilegio.

Descifrar el código de puntos del papiro de Al Ghoreifa fue una tarea colosal, cuyo mérito era por completo del fallecido herr Müller; sus conocimientos en las primeras escrituras mesopotámicas debieron de serle de mucha ayuda, pero fue la conexión que tenía con el mundo teosófico y su relación estrecha con determinadas sociedades ocultas, lo que le permitió encontrar la clave para vislumbrar apenas una parte de la amenaza cósmica que profetizaban aquellos signos. Mas para alcanzar ese conocimiento —eso lo supe mucho más tarde, cuando yo mismo estaba ya marcado con el estigma de la maldición—, tuvo que contaminarse con la herejía, estudiar los textos blasfemos que mueven al sacrilegio, e invocar poderes astrales que reinan en dimensiones inimaginables para la mente humana. Conoció el mal, obtuvo las respuestas, adquirió el saber; pero el precio a pagar fue la locura, el terror y la muerte.

A partir de la forma en que se distribuían los puntos en el papiro, pudo establecer una pauta, descifró en parte el código y logró construir un índice de referencias, que más tarde Thhamir-el-Kaber ampliaría siguiendo la misma metodología. La guía para supuestamente entender aquel caos malsano era algo parecido a esto:

NKNK-L1-PG30-PR8

NKNK-L3-PG215-PR9/11

MNPKT-PG335-PR3

DVMYS-ITER34-PR10

Una larga lista de indicadores, que remitían, lo descubrimos con relativa rapidez, a diferentes libros heréticos, que yo había involuntariamente heredado de aquel extraño personaje.

A modo de ejemplo, decir que «NKNK» hacía referencia al blasfemo Necronomicón; «MNPKT» eran los no menos demoníacos Manuscritos Pnakóticos y «DVMYS» apuntaba a De Vermins Mysteriis, el grimorio maldito de Ludwig Prinn, por mencionar solo algunos de los obscenos tratados que figuraban en aquel inventario. Así, «NKNK-L3-PG30-PR7/8» se traducía en: «Necronomicón-Libro 3-Página 30-Párrafos 7 y 8»:

No debe pensarse que los poderes capaces del mayor de los males se nos presentan en la forma de familiares repelentes, y de otros demonios emparentados. No es así. Los pequeños demonios visibles no son más que los efluvios que han dejado a su paso esas enormes masas de destrucción; trozos de pellejo y jirones de maldad aún más tenues que se sujetan a los vivos como sanguijuelas en algún enorme leviatán del abismo que ha causado estragos en una centena de ciudades costeras antes de hundirse hacia su muerte con un millar de arpones arrojados estremeciéndose en su carne.

No puede haber muerte para los poderes superiores y los arpones lanzados infligen, como mucho, heridas superficiales que se curan con celeridad. Lo he dicho antes y volveré a decirlo de nuevo hasta que mis hermanos acepten como veraz esta visión que recibí tardíamente: al enfrentarse a aquello que ha existido y existirá por los siglos de los siglos, un maestro de la magia puede verse asaltado por los remordimientos y la desesperación si confunde una victoria provisional con otra permanente, a la que jamás podría aspirar. (Necronomicón. Párrafos Siete y Ocho —Página 30, Libro Tercero)

Guiándonos por estas pautas, llegamos a conformar un relato apenas coherente, que seguía siendo críptico, suscitaba toda reserva y, para nuestra desazón, abría aún más interrogantes que al principio. Yo seguía ciego a la verdad y consideraba aquel discurso profético una superchería, leyendas inquietantes, sí, que reflejaban una crueldad obscena, repulsiva, inimaginable para cualquier mente sana, pero completamente ajenas a la realidad. Sin embargo, había algo que me mantenía sujeto a esa tarea; un impulso que ni yo mismo atinaba a comprender, una fuerza invisible que me hacía acudir, una y

otra vez, al reclamo de aquellos textos detestables, pese al rechazo y desazón que producían en mi interior.

El invierno había presentado ya sus credenciales; el horizonte atlántico se ocultaba tras apretados nubarrones oscuros que presagiaban temporal. El viento lanzaba contra la ventana furiosas ráfagas de lluvia, que arañaban los cristales como si las legiones de Tiamat estuvieran afilando sus garras en ellos. Estábamos cansados, particularmente yo, que había comenzado a experimentar un inexplicable estado de ansiedad, quizás provocado por el estrés, la falta de respuestas y, sin duda, por la lectura de aquellos terribles tratados de maldad, ante los que cualquier mente humana, por muy pervertida que fuera, solo podía responder con incredulidad, repugnancia y horror. Además, no lograba descansar por las noches, ya que mis sueños se veían alterados por imágenes de pesadilla, que los hacían inestables. Sin embargo, Günter no parecía afectado; sin duda su experiencia en la materia y la exposición durante años a la ignominiosa barbarie de esos grimorios u otros similares, habían logrado en él una especie de inmunidad.

Se había abstraído un momento contemplando el océano, pero enseguida regresó a la mesa, tomó asiento y puso fuego a su pipa; luego alcanzó sus apuntes, estuvo releyéndolos durante un tiempo y tras exhalar una densa fumarada de humo azul rompió el silencio.

—Creo que a partir de aquí no vamos a poder avanzar mucho más con los elementos de que contamos, Aaron. Hemos examinado minuciosamente el contenido de la documentación que nos legaron Thaamir-el-Kabel y Julius Müller, miles de anotaciones, reseñas y sugerencias; dedicado incontables horas de estudio y lectura; cien veces desecharnos el trabajo realizado para comenzar nuevamente desde el principio y siempre acabamos llegando a conclusiones parecidas, cuando no idénticas. No sé si volver de nuevo al principio va a llevarnos a la enésima decepción. Sin embargo, algo me dice que estamos cerca de encontrar la clave que nos marcará el camino a seguir. Quizás esté ahí, a la vista y sigamos ciegos a su existencia.

Un trueno enorme hizo estremecer la casa hasta los cimientos; la tormenta azotaba con furia el estuario que forman el Plym y el Tamar. Sobre la mesa aguardaba un sobre con mi nombre y dirección, que el cartero había dejado por la mañana:

Mr. Aaron Llywelyn
8 Grand Parade, Plymouth PL1 3DF, UK

Con toda seguridad era de mi editora, mostrando su impaciencia por el evidente retraso en ofrecerle algún avance en el encargo que me había hecho y por el que ya me adelantara una suculenta cantidad de libras.

—En fin, Günter, no sé qué decirle, llevamos mucho tiempo dándole vueltas a este embrollo y cada vez siguen apareciendo las mismas preguntas sin respuesta. Creo que estamos perdiendo el tiempo, sinceramente, los dos tenemos asuntos más perentorios que reclaman nuestra atención y tal vez sería el momento de abandonar esta locura, que no nos lleva a ninguna parte.

Como si no hubiera escuchado mi argumentación, el doctor Swulzert leyó de sus notas una referencia sacada del repugnante, abominable y satánico grimorio *De Vermins Mysteriis*, obra del apóstata hereje Ludwig Prinn:

El terror oscuro, frío como la muerte que le da cobijo, yace en el sepulcro marino de la inmensidad oceánica; procedente de las estrellas, tan antiguo como el universo, anterior a todo lo conocido por la humanidad. Aguarda la hora del regreso, cuando se cumpla la profecía del árabe loco Abdul Alhazred: «Que no está muerto lo que puede yacer eternamente, y con los eones por venir aún la muerte puede morir». Entonces, vomitarán los sepulcros, hordas de gules hambrientos de garras afiladas, acerados colmillos y gargantas sedientas de sangre; hervirán los océanos como lava viscosa, de sus profundidades emergerán las ciudades muertas y los profundos se adueñarán de la Tierra.

Eso ha de suceder cuando todos los universos confluyan en una misma dimensión cósmica y la luna negra que engendró a Nyarlathotep, tiña de luto los áridos desiertos del Duat, amamantando a sus bestias con la luz de las estrellas. Cercano está el día y ya se apresta Cthulhu a retornar, ávido de venganza.

»¡Por todos los dioses, doctor! —protesté tratando de parecer indignado, a pesar de que aquellas palabras obraban en mí una poderosa atracción difícil de explicar—. ¿Cómo un código ilegible, escrito en un papiro mortuorio durante el Imperio Nuevo, bajo el reinado de Horemheb, por una mano sin duda sacrílega, puede señalar como vehículo de su mensaje un texto abominable que vio la luz tres mil años más tarde? ¿Qué magia extraña se supone habita en un prodigio tan sorprendente?

Por toda respuesta, el alemán continuó leyendo, esta vez, un pasaje del Libro Segundo del *Necronomicón*:

No hablarás contra el corazón durante el juicio de Osiris.

*Sus siervos vigilan el Corazón del Rey Niño, cuya alma está condenada a vagar, como la de un paria, las áridas estepas del inframundo, sin esperanza alguna de traspasar los umbrales del salón de Maat para rendir cuentas ante los cuarenta y dos, fielato y antesala del Sekhet-Aaru. Porque cuando llegue el día de *يحكم على*, las estrellas se apaguen, hiervan los océanos en un piélago de lava y los hijos de los hombres alcen sus brazos al cielo implorando la piedad de los dioses, aquel que No Puede Ser Nombrado palpitará en el corazón del rey imponiendo su voluntad sobre la muerte. Entonces se revelará como cierto el oráculo del poeta:*

Y vino del interior de Egipto.

El extraño Oscuro ante el que se inclinaban los fellás;

silencioso, descarnado, enigmáticamente altivo

envuelto en sedas rojas como las llamas del sol poniente.

A su alrededor se congregaban las masas, ansiosas de sus órdenes

Pero al retirarse no podían repetir lo que habían oído;

mientras la pavorosa noticia corría entre las naciones:

las bestias salvajes seguían lamiéndole las manos.

Pronto comenzó en el mar un nacimiento pernicioso;

tierras olvidadas con agujas de oro cubiertas de algas;

se abrió el suelo y auroras furiosas se abatieron

sobre las estremecidas ciudadelas de los hombres.

Entonces, aplastando lo que había moldeado por juego,

el Caos idiota barrió el polvo de la Tierra.

De qué taumaturgia herética se había valido Alhazred para contaminar sus textos, haciéndolos dogmáticos, perturbadores y capaces de doblegar la voluntad de quienes osan exponerse a ellos. La razón me pedía cerrar este capítulo de mi vida, apartarme de esa monstruosidad inadmisibles para la cordura, volver a mi trabajo cotidiano, lejos de la blasfemia, el horror y la muerte, por mucho que todo siguiera pareciéndome un cúmulo de leyendas obscenas apartadas de la realidad, invenciones de mentes torturadas por la locura. Sin embargo, una fuerza perversa me obligaba a seguir ligado a ese

torbellino cósmico de la profecía pagana, que llenaba de zozobra mi corazón, encaminando cada vez más mis pasos por el camino de la demencia.

Buscad el Corazón del Rey Niño en la isla de taḡata-manu, bajo el templo del fuego frío, y devolvedlo a su pecho para que pueda, por fin, enfrentar el juicio de Osiris y alcanzar la vida eterna.

—La esencia de la profecía, querido amigo, es adelantar lo que ha de suceder en el futuro, por muy lejano que este llegue a ser —dejó Günter sus notas sobre la mesa respondiendo, por fin, a mis dudas—, y tres mil años no son nada cuando tratamos de descifrar arcanos que se nutren de la realidad cósmica.

Nuevamente, guardó silencio y, levantándose, se acercó al ventanal como buscando respuestas en el tenebroso oráculo de la tormenta.

»Como usted bien sabe, Aaron, el corazón de los faraones era extraído del cuerpo, junto con el cerebro y el resto de vísceras, desecado y vuelto a colocar en su sitio, para que pudiera ser pesado en el juicio de Maat y alcanzar la vida eterna. Formaba parte del ritual de momificación y tenía gran importancia, porque lo que determinaba si el muerto podía de ser admitido por Osiris en el paraíso, Sekhet-Aaru, era que colocado en la balanza pesase lo mismo que una pluma de Maat; en caso contrario sería devorado por la diosa Ammit, destruyendo permanentemente el alma del difunto.

»No es complicado, a mi modo de ver —continuó Günter su exposición—, descifrar el enigma del Rey Niño; la profecía está hablando de Tutankamon, que recibió la corona a los diez años y murió con tan solo diecinueve, no sé si estará usted de acuerdo conmigo en eso, herr Llywelyn.

Efectivamente, lo estaba, era claro que la referencia señalaba al rey Tut, no pude por menos que estar de acuerdo con su razonamiento.

»Pero hay algo que me desconcierta, mi querido amigo: Tutankamon fue el único faraón a cuya momia no se le restituyó el corazón, existe testimonio escrito de esa circunstancia, parece que lo embalsamaron sin él, además de con una considerable erección y el cuerpo teñido por una sustancia de color negro.

—Para representar a Tutankamón como Osiris, dios de la resurrección y símbolo de la fertilidad, quien según la mitología egipcia fue asesinado y desmembrado por su hermano, Seth, que se encargó de enterrar el corazón — como un coreuta cansado de interpretar la misma oda, recité con hastío la salmodia.

La tormenta había abandonado el estuario y ponía rumbo a las graníticas estepas de Darmoot. Swulzert dejó de mirar por la ventana. Se acercó a la estufa buscando calor. Un silencio denso se había instalado en el desván, que solo alteraban las ráfagas de viento que el temporal había dejado tras de sí.

—Conozco esa sensación, amigo mío —la voz del alemán me provocó un pequeño sobresalto—, duda usted, es natural, yo mismo vacilé al principio, cuando mi mente racional trataba de buscarle sentido a lo que carece de explicación porque es obra de lo intangible, un arcano nacido del caos universal, esencia primera de lo impuro.

»Yo, igual que usted en este instante, pensé que todo era una ilusión bastarda, cruel, repulsiva de la que debía alejarme con presteza, un espejismo adobado con la herejía demente de unos locos visionarios, cuya cruzada me era completamente ajena.

»Pero supe que mi lugar estaba aquí, cuando combatiendo esta blasfemia me alcanzó el horror del aliento pútrido de la tumba, el grito afásico del delirio impreso en la faz carcomida de la muerte y tuve que emponzoñarme con el contacto viscoso de los seres que habitan en las limosas profundidades de los osarios, alimentándose de los pestilentes fluidos generados por la descomposición de los cadáveres.

»Porque esos seres, herr Llywelyn, y otros muchos más, indescriptibles incluso para una pluma brillante como la suya, existen y acechan en las sombras. Son los siervos de los Primigenios, basura indigna del más infecto estercolero; seres malignos que ofrecen sacrificios humanos a sus señores tenebrosos, profanan el sagrado descanso de los muertos y se adueñan de las pesadillas de los que mentalmente son más débiles, aquellos a los que la sociedad etiqueta como locos.

»Pero todo ello no es más que un simulacro, una desleída performance, un edulcorado anticipo del espanto cósmico que caerá sobre la humanidad si la profecía se cumple y Cthulhu, el que yace en las profundidades del océano, el origen del mal, aquel cuyo nombre no debe ser pronunciado, rompe las cadenas de la muerte y resurge de las tinieblas.

Tras este encendido discurso, el doctor Swulzert, con gesto cansado, se dejó caer en la silla y como remedio para recuperar su habitual estado anímico, procedió con el ritual purificador de cebar su pipa, mientras yo me debatía

entre el mandato que imponía la razón y el sometimiento sensitivo al que me veía arrastrado por la llamada irracional de aquel misterio.

—Mi fideísmo, herr doctor, sigue por estrenar —ironicé para quitarle dramatismo al momento, mientras jugaba con el sobre, procedente de mi editora, que había llegado por la mañana—, me temo que necesitaré algún estímulo adicional, aunque admito que me siento inexplicablemente atraído por este clima enrarecido en el que usted parece moverse con soltura.

Nada contestó Günter, limitándose a ponerle fuego a su tabaco, haciendo que la estancia se llenara de un agradable aroma a vainilla y cítricos maduros. Mientras, yo, sin un propósito definido, mecánicamente, rasgué el lomo del sobre y extraje su contenido, que para mi asombro no procedía de mi promotora editorial. Eran dos tarjetas impresas en papel de lino, ribeteadas en oro, que con elegante caligrafía rezaban así:

*La Gran Logia Simbólica de Normandía tiene el honor de invitar a
Mr. Aaron Llywelyn
al acto de inauguración de la muestra pictórica, que el artista
estadounidense Mr. Richard Upton Pickman exhibirá en los salones
de nuestro Templo de Fécamp, bajo el título:
"IRRACIONAL"
El evento tendrá lugar del próximo día 29 de abril de 1927*

*Templo de la Flor de Lis, 126 Quai Guy de Maupassant, Fécamp,
Normandíe.*

La invitación llevaba troquelado en su centro el sello de la logia, venía acompañada por otra exactamente igual dirigida al doctor Günter Amadeus Swulzert y ambas proponían nuevas y desconcertantes incógnitas por resolver: ¿Qué mensaje se nos quería transmitir con aquella referencia a un evento celebrado más de cuarenta años atrás? ¿En realidad estaba la masonería jugando algún papel en toda esta historia o era un simple cebo morboso para exacerbar nuestra curiosidad? ¿Quién más estaba al tanto de mi compromiso en la investigación del papiro de Al Ghoreifa? Que estábamos siendo vigilados era evidente, pero la pregunta era por quién y con qué intenciones.

Una especie de perversa confabulación del destino estaba tratando de dirigir mis pasos por un camino inquietante lleno de maleza que apetecía desbrozar. Cada vez que el pensamiento racional intentaba poner en orden las ideas algo

venía a debilitar ese propósito, con la irresistible atracción que ejerce lo oculto sobre una mente inquieta y ávida de nuevas experiencias como la mía. Si existía alguna mínima posibilidad de que en ese debate interno en que estaba enfrascado, la sensatez triunfase sobre el desvarío, aquella nueva ventana proyectada a lo desconocido terminó de echar por tierra todas las barreras que mi yo analítico trataba de interponer al avance de la locura. El compás y la escuadra de aquel sello constituían una tentación demasiado intensa, ya nada podía evitar que todas mis aprensiones anteriores se deshicieran en un instante, como un azucarillo en un vaso de agua.

La puerta a una nueva vía de investigación, que el doctor Swulzert intuía cercana tan solo unos momentos antes, se nos ofrecía ahora con la hipnótica atracción que ejerce la masonería en el ideario colectivo; la suerte o la desgracia estaban echadas.

EN LO PROFUNDO VIVE LA NÁUSEA.

Pickman fue un pintor afincado en Boston, que alcanzó fama en el primer cuarto de este siglo. Sus pinturas representaban monstruos en situaciones horribles y el morboso realismo que sus obras transmitían lo llevó a ser considerado uno de los más grandes y también más controvertidos pintores del momento.

Sin embargo, esa genialidad terminaría con su carrera, porque el rechazo que suscitaba su arte entre gran parte del público le fue cerrando las puertas de las más importantes salas de exposición, pues no eran pocos quienes pensaban que los modelos de sus cuadros eran criaturas de un inframundo oscuro y repugnante, con el que Pickman mantenía una relación tan real como estrecha. Sea como fuere, el pintor desapareció antes de finalizar la década de los años veinte y nunca más se supo de él, lo que fue decisivo para que alrededor de su figura se creara un halo de misterio que todavía perdura.

No tuvimos que meditarlo mucho; estábamos encallados en la investigación, necesitados de un impulso, algo que nos diera una excusa para continuar avanzando y la siempre sugestiva mención de una sociedad secreta, era de por sí un poderoso elemento motivador; si mi mente perturbada necesitaba alguna justificación para mantenerse en el proyecto, por todos los santos que no habría podido encontrar otra mejor. Nada quedaba ya de las dudas que me angustiaban momentos antes de abrir ese sobre.

La manera más aconsejable de llegar a Normandía desde Plymouth era viajar en coche hasta Dover atravesando el canal en el ferry hasta Calais, para luego seguir por carretera hasta nuestro destino: Fécamp, un pueblecito pesquero a unos cuarenta kilómetros de El Havre. Desestimamos cruzar el canal hasta ese puerto francés desde Portsmouth, porque la travesía era sensiblemente más larga y la frecuencia semanal de salidas escasa, mientras que en Dover la frecuencia de salidas es mayor.

Un par de días tardamos en tenerlo todo dispuesto para el viaje, que emprendimos una soleada mañana de otoño en dirección a Salisbury, la única parada prevista en todo el itinerario, por el especial interés que tenía el doctor Swulzert en visitar Stonehenge: «No hacerlo sería un sacrilegio parecido a no visitar el panteón de Agripa estando en Roma», un argumento de peso que no pude rebatir.

Llegamos poco antes del mediodía. Además de nosotros dos, un grupo de turistas orientales escuchaban las explicaciones del guía. Eran todos bajitos, pero en medio de aquel curioso rebaño destacaba, de manera casi cómica, un hombre considerablemente alto, de complexión fuerte, barbado y cetrino de piel, aparentemente aburrido; casi con toda seguridad se trataba de un empleado de la agencia de viajes organizadora de la excursión, más interesado en el tiempo que faltaba para terminar su jornada laboral, que en la rareza y simbolismo de aquel recinto prehistórico.

Günter, por contra, lo absorbía todo con un arrobo casi litúrgico, en trance, completamente subyugado por la magia que emana de aquellas piedras. Supongo que para un arqueólogo este tipo de monumentos son espacios sagrados, el peristilo que rodea la morada invisible de una divinidad ancestral, mucho más que una atracción recreativa.

El tipo grande se debió sentir observado porque volvió el rostro hacia nosotros. Tenía una mirada dura y la expresión seria e intimidatoria, lo que unido a su colosal envergadura, para qué negarlo, me produjo cierta incomodidad, de manera que traté de evitar sus ojos concentrando mi atención en mi compañero, que ajeno a todo seguía absorto en la contemplación de aquella construcción milenaria.

—Günter quizás deberíamos discutir la logística del almuerzo —intenté sacarlo de su misticismo—; necesariamente deberemos pernoctar en Dover o en Calais, es poco aconsejable hacer el viaje a Fécamp en una sola jornada. Yo apuesto por quedarnos en esta parte del canal y cruzarlo por la mañana, así tendríamos un margen mayor para atravesar Normandía con buena luz.

—Está bien —concedió, con un suspiro, volviendo a la realidad—, me parece una buena propuesta, almorzaremos en Salisbury, luego podemos seguir viaje con tranquilidad, no es necesario que nos demos excesiva prisa, al fin y al cabo, ya no llegamos a tiempo de inaugurar la exposición de Pickman —bromeó aludiendo a los casi cincuenta años que habían transcurrido desde aquel 29 de abril de 1927.

El centro de Salisbury conserva el sabor medieval de lo auténtico. Pudimos aparcar el coche en Silver St., muy cerca de la plaza del mercado y como nos habíamos concedido una tregua, dedicamos un poco de tiempo a disfrutar del colorido espectáculo que nos ofrecían los tenderetes de frutas y verduras, dulces, bebidas, perfumes, ropa y abalorios.

En Minster St., nos topamos con Haunch of Venison, probablemente la taberna más antigua de Inglaterra; setecientos años de historia guardan sus paredes. Era un buen momento para entretener el hambre y eso hicimos, compartiendo un excelente salmón confitado de las Highlands, aderezado con pepino encurtido, eneldo y ensalada de rúcula; calamares crujientes con ensalada y unas magníficas tostadas de setas silvestres, sobre una base de paté de aceitunas negras, ajo y salvia, todo ello regado con un aromático Bacchus, de Chapel Down, que consiguió reconciliarnos con la vida.

Para ayudar a una buena digestión, mientras Günter disfrutaba de una aromática pipada, fuimos dando un paseo hasta los jardines de la catedral, una impresionante muestra arquitectónica del gótico inglés. El grupo de turistas asiáticos con que nos habíamos cruzado en Stonehenge se dedicaba a fotografiar la basílica desde todos los ángulos posibles, busqué al hombre grande que parecía pastorearlos por la mañana, pero no lo vi. Aunque había presencia en el cielo de algunos cúmulos algodonosos, la tarde era agradable y apetecía caminar, sin embargo, había que seguir, así que volvimos a Silver St., donde había quedado nuestro coche y reiniciamos el viaje en dirección a Basingstoke y después de tres horas llegamos a destino, cuando ya la noche había puesto luz a las farolas del puerto.

Al día siguiente desembarcábamos en Calais pasadas las dos de la tarde y, sin más dilación, nos dirigimos a Fécamp, sin paradas. Serían un poco más de la cinco cuando llegamos con el coche a las inmediaciones del faro. La tarde, aunque fría, se presentaba alegremente soleada; sin embargo, no tardaría en oscurecer, de manera que nos asomamos al muelle, para aprovechar las pocas horas de luz que quedaban recreándonos en el insuperable panorama que ofrecía el océano desde el malecón. Preguntamos a un viejo pescador, que tenía plantada su caña en el antepecho de piedra, cómo llegar hasta nuestro destino. No estaba demasiado lejos, en línea recta, manteniendo el mar a la derecha. Dejamos el vehículo allí aparcado y decidimos ir dando un paseo.

El caserón encaraba el puerto y estaba claro que tuvo un pasado glorioso: quince ventanas, dos magníficos miradores y tres altivas mansardas daban la medida de lo que sin duda alguna fue palacio o casa de alguien muy principal en otro tiempo. Sin embargo, ahora se encontraba en un estado de abandono lamentable, como era evidente por los desconchones de la fachada, las maderas resquebrajadas de los ventanales e incluso algunos cristales rotos en la planta alta.

—No parece que el Templo de la Flor de Lis esté en condiciones de pasar una inspección a nivel urbanístico —ironizó Günter ante el estado del edificio—, ¿está usted seguro de que es la dirección correcta?

La tarjeta llevaba al dorso un gráfico con la ubicación del templo, que esquinaba el Quai Guy de Maupassant con la calle Sente Bellet, justo el lugar en que nos encontrábamos; no había posibilidad de equívoco.

La gran puerta de madera, de doble batiente, estaba cerrada, pero se podía acceder a la casa por un postigo que se abría en uno de ellos. Un antiguo patio de carruajes empedrado, daba paso a otra puerta acristalada, de la que salía luz artificial y los familiares sonidos de una cafetera exprés funcionando. Dentro nos encontramos una estancia de apreciables dimensiones, con toda la pinta de ser un bar, club privado o centro social comunitario.

Varias mesas y sillas se repartían por el local, aunque es ese momento solo dos estaban ocupadas: una por cuatro hombres de piel curtida por el salitre y edad avanzada, que jugaban una silenciosa partida de dominó, y otra en la que un fornido personaje, cuya considerable talla era evidente a pesar de estar sentado, pasaba lentamente las hojas del periódico; por su aspecto: pelo oscuro, enmarañado y denso como el de su barba, cejas pobladas y unas facciones duras, angulosas, parecía el sicario de alguna secta satánica, de esas que proliferan en las novelas de intriga; afianzaban esa imagen el largo abrigo negro de cuero, el endrino jersey de cuello alto y los mitones del mismo color que cubrían sus manos enormes. De alguna manera, el aspecto de aquel hombre me resultaba familiar, aunque era incapaz de ubicarlo en algún lugar de mi tiempo espacial.

En la barra oficiaba como camarero un sujeto de mediana edad, espigado de cuerpo y mirada inexpresiva, hacia quien nos dirigimos en demanda de información. Cuando supo la naturaleza de nuestra visita no mostró sorpresa, impasible, preparó dos cafés intensos y cortos, que nos sirvió sin azúcar, nos acompañó a una de las mesas más apartadas y allí, con la mayor naturalidad, como si nos conociera de antiguo, inició el siguiente relato.

—Este edificio perteneció a un tal Thierry Michaud, barón de Saint-Pierre-en-Port, un noble emparentado con la Casa de Valois, que tras los sucesos de 1792, antes de cruzar el canal evitando males mayores, se lo vendió a Michel Pruvost, un floreciente armador dueño de una pequeña flota de bacaladeros — monsieur Jérôme, así se llamaba nuestro informante, que se expresaba

fluidamente en inglés, aunque con un leve toque normando en el acento, resultó ser un excelente cronista—. La familia Pruvost habitó en ella hasta finales del XIX, momento en que pasó a formar parte del patrimonio de la Gran Logia Simbólica de Normandía, dependiente del Gran Oriente de Francia; aquí se celebraron no pocas de sus reuniones y actos relevantes.

»Uno de los principios fundacionales del Gran Oriente de Francia es la difusión de la cultura y siguiendo ese postulado, a mediados de los años 20 del pasado siglo, comenzaron a patrocinar eventos de marcado carácter cultural: veladas musicales, simposios, certámenes literarios..., las exposiciones pictóricas alcanzaron una gran notoriedad.

Mientras hablaba Jérôme, me fijé en que el gigantón había dejado de leer el periódico y no apartaba la vista de nuestra mesa; aunque mediaba cierta distancia, no podía estar seguro de que el tipo no estuviera al tanto de la conversación.

»Una de esas muestras fue la que ustedes pretenden visitar hoy aquí. Se inauguró en París en diciembre de 1926. Había una gran expectación por conocer la obra de monsieur Pickman, pues en Boston gozaba de un enorme prestigio y a nivel internacional se le consideraba un talento emergente de extraordinario mérito. Sin embargo, el rechazo de la sociedad parisina fue unánime; la temática de la exposición, los terribles monstruos que protagonizaban sus cuadros, el horror que reflejaban aquellas composiciones, por más que estuvieran trabajadas con una técnica admirable, excedían, con mucho, lo que la mente humana es capaz de soportar y antes de que finalizara el año se vieron obligados a clausurarla.

Hizo un alto en la narración para acercarse a la barra, de donde volvió con una botella de calvados y tres copas, sirviendo una generosa ración a cada uno. El hombre de negro, sin disimulo alguno, seguía pendiente de lo que pasaba en nuestra mesa, una actitud que me comenzaba a parecer molesta. Por otra parte, seguía teniendo la incómoda sensación de que en algún momento de mi vida, que era incapaz de recordar, había coincidido con él.

»El Gran Oriente trató de devolver los lienzos al artista, pero nadie supo dar razón de su paradero, se esfumó de la noche a la mañana y como tampoco venía avalado por ninguna autoridad internacional, ni tenía agente artístico conocido, optaron por trasladar la muestra aquí, el Templo de la Flor de Lis, sede de la Logia de Normandía. Fue una mala idea. Si en París hubo una fuerte

contestación social, en Fécamp se estuvo al borde del linchamiento y poco faltó para que el populacho prendiese fuego al palacio. Se retiraron los cuadros y hubo que ocultarlos en uno de los sótanos para preservarlos de la furia que habían generado. Esto fue a primeros de mayo de 1927 y allí siguen; si todavía tienen ustedes ganas de echarles un vistazo, con gusto les indicaré el camino.

No hubo necesidad de respuesta; apuramos las copas y cruzamos el salón tras la estela de Jérôme. El hombre de aspecto extraño del abrigo oscuro no dejó de mirarnos fijamente a lo largo de todo el trayecto; su actitud, además de impertinente, me estaba comenzando a inquietar.

Recorrimos un pasillo largo, al final del cual una escalera de caracol nos condujo unos metros por debajo del nivel de la calle. Terminamos en una especie de almacén donde se amontonaba una heterogénea muestra de trastos viejos. Nuestro guía señaló una puerta metálica; estaba cerrada y una gruesa barra de hierro la cruzaba de lado a lado, a modo de aldaba, como para asegurar que nada o nadie pudiera abrirla desde el otro lado.

—Tengan cuidado con la escalera, es muy estrecha y con una pendiente muy pronunciada. Debería haber luz eléctrica, el interruptor se encuentra a la izquierda del marco. Cuando salgan dejen la puerta segura con el travesaño, no quiero que se me llene esto de bichos —nos advirtió Jérôme mientras iniciaba el camino de regreso al salón del que veníamos.

—Tengo la impresión, herr Llywelyn, de que nuestro guía turístico acaba de presentar la dimisión —bromeó Swulzert.

—Ni por todo el oro del mundo bajaría a esa cueva maldita y ustedes, si tuvieran algo de sentido común y temor de Dios, tampoco lo harían, allí solo habita un horror de tal magnitud, que ni el mismísimo diablo sería capaz de imaginar. No permanezcan mucho tiempo allí adentro. Tengan cuidado.

Tras decir esto se escabulló por la escalera de caracol, dejándonos solos ante la pesada puerta de hierro y, por qué no decirlo, con el ánimo poco dispuesto a la aventura; al menos en lo que a mí respecta, pues al doctor Swulzert no parecía haberle afectado el parlamento de Jérôme y se aprestaba a desatranchar la entrada.

Los peldaños estaban labrados en la roca viva, eran estrechos, resbaladizos y descendían en una vertical muy marcada. Las paredes, que rezumaban humedad y salitre, apenas se distanciaban una de otra lo suficiente como para dejar paso a una persona de complejión normal y en algunos puntos se

angostaba todavía más, obligándonos a ladear el torso para continuar el descenso. Si a esto le unimos que nuestras cabezas casi rozaban el techo de piedra y que en algunos tramos no había iluminación, se comprenderá el estado de nerviosismo y angustia que se iba apoderando de mí a medida que avanzábamos. Por contra, el doctor Swulzert, que abría el paso iluminando los peldaños con su linterna, no mostraba signos de inquietud, seguramente su experiencia como arqueólogo y la costumbre de moverse en espacios reducidos constituían un plus.

—Bien, parece que hemos llegado, cuide con el último escalón, Llywelyn, casi no existe.

La advertencia me llegó tarde y a punto estuve de rodar por el suelo. Estábamos en una sala circular pequeña, de techos bajos, pobremente iluminada, en la que se amontonaban una decena de cuadros, que sin duda habían formado parte de la exposición de 1927 y el autor de aquella obra no podía ser otro que Richard Upton Pickman.

Destacar en cualquier arte, más en lo que a pintura se refiere, pide del artista, además de una técnica depurada, una intuición especial, un conocimiento profundo del medio y de las formas, una manera de ver el entorno que se escapa a la percepción natural, distinta a la del resto de los mortales. Si se conoce el oficio, es relativamente sencillo pintar un paisaje hermoso, un rostro venerable, una escena cotidiana, pero lo que hace la obra sublime es conseguir transmitirle esencia de vida, lograr que palpite y mueva las emociones del espectador. Lo que tenía ante mis ojos iba mucho más allá de todo eso, era un horror perceptible, que se podía sentir, la obra febril de un genio desequilibrado capaz de interpretar con los pinceles la morfología de lo sobrecogedor, la naturaleza del miedo, la existencia de un terror atávico, ancestral, anterior a la creación misma del universo.

—¡Dios, Günter!, ¿qué desvarío de la mente puede conducir a semejante aberración? —logré articular cuando conseguí reponerme mínimamente del espanto que me producía la visión de aquellos cuadros—. Esto no puede ser obra de un ser humano, es demasiado siniestro, dolorosamente, diría yo, su sola contemplación provoca ansiedad, refleja degradación, miedo, desaliento. No era gratuito el rechazo que provocó la muestra en su día y tampoco lo es la negativa de Jérôme a acompañarnos en este antro de inmundicia; por el bien de la salud mental de las personas, estas obras deberían haber sido destruidas hace mucho tiempo.

Resulta imposible, para una inteligencia racional, intentar describir lo que representaban aquellos cuadros, pues de sus pinceladas solo se desprendía descomposición, hedor y purulencia, un horror cósmico difícil de reproducir con palabras. Los escenarios que daban fondo a aquella maldad herética eran tétricos bosques oscuros, cementerios abandonados, lúgubres cavernas convertidas en osarios o criptas demoníacas, olvidadas por el tiempo y la cordura.

El doctor Swulzert no parecía hacer caso a mis recelos y se dedicaba a explorar el perímetro de la cueva por donde estaban esparcidos los lienzos. Siguiendo sus protocolos internos de egiptólogo, dirigía el haz de su linterna en todas direcciones, como si estuviera buscando algún tesoro polvoriento de la dinastía ptolomeica por descubrir. De pronto detuvo el foco en un pliegue horizontal de la roca, justo en la pared opuesta a la escalera, donde era visible una oquedad, seguramente provocada por algún desprendimiento. Se acercó a echar un vistazo y al iluminar la abertura pudo comprobar que se prolongaba hacia el interior del muro formando un túnel con un diámetro aproximado de medio metro, cuyo fin no se adivinaba.

—Por lo visto, esta región produce una raza de roedores demasiado robusta — trató de ironizar el alemán, aunque su ceño fruncido distaba mucho de parecer divertido—; creo, herr Llywelyn, que deberíamos reducir nuestra estancia en esta cueva lo máximo que nos fuera posible, si usted me entiende.

Yo lo entendía bien, de hecho, estaba deseando perder de vista aquellas monstruosas escenas de maldad tan vívidas, reales y crueles, que en cualquier momento parecía fueran a convertirse en auténticos aquelarres de enfermiza y ponzoñosa corrupción. Además, en alguna parte de aquel estrecho agujero, las ratas habían comenzado a moverse; sus chillidos y el arañazo de las garras en la piedra, eran lejanos, pero perfectamente audibles.

No sé por qué extraña razón me sentí observado por el ser que protagonizaba la escena representada en el cuadro que tenía ante mis ojos. Se titulaba «Demonio necrófago alimentándose».

Era un extraño humanoide, colosal e indescriptible, cuyos rasgos perrunos, de orejas puntiagudas, con restos de moho en el cuerpo verdoso, garras como sables y pies semi unguados, se veían todavía más repulsivos y amenazantes por el efecto de una mirada aguda y flamígera, que parecía estar buscando

alguna presa más jugosa y apetecible que el cadáver cuyo cráneo roía con ansia, aferrándolo entre sus zarpas afiladas cubiertas de escamas.

Por sí sola, esa visión me producía un pánico paralizante, del que me arrancó a empujones el doctor Swulzert, apremiándome a que dirigiera mis pasos hacia la escalera. Al mismo tiempo, un hedor insoportable se hizo notar volviendo el ambiente irrespirable, mientras que el rumor de cuerpos reptando por el túnel era cada vez más evidente y cercano.

—Tenemos que salir de aquí, Aaron, no estamos seguros, cualquiera sabe qué criaturas habitan estas profundidades y es posible que hayamos molestado en su descanso a alguna forma terror desconocida; sea lo que fuere, parece colérico y se arrastra hacia nosotros. Deprisa, a la escalera —urgió tirando de mí con fuerza, forzándome encabezar la penosa ascensión.

Si dificultoso había sido el descenso, mucho más lo estaba siendo la subida. Agujoneado por el terror, gateaba desesperadamente, dejándome las uñas y la piel en los puntiagudos escalones de piedra, sintiendo a cada momento que había llegado al límite de mis fuerzas; me faltaba el aire, la atmósfera, nauseabunda, asfixiante, parecía estar compuesta por alguna especie de gas hediondo y lacrimoso, que abrasaba mis pulmones; apenas podía ver, pues los ojos trataban de protegerse de la quemazón tras un manto de lenitivas lágrimas; cada centímetro que ganaba daba la impresión de que iba a ser el último y únicamente el continuo apremio de Günter a mis espaldas y sus enérgicas sacudidas lograron el milagro de que siguiera arrastrándome penosamente hacia la luz. Angustioso fue el paso por las zonas estrechas, allí donde las paredes y el techo se confabulaban para formar una apretada chimenea, en la que mi cuerpo amenazaba con quedar encajado. Espoleado por el miedo, tuve que usar toda la energía que me quedaba para vencer aquellos obstáculos a fuerza de tirones desesperados, pateando la roca en busca de puntos de apoyo y despellejándome las manos para aferrarme a la vida. Tras de mí, el jadeo asmático del doctor se mezclaba con el roce escamoso de algo que avanzaba hacia nosotros procedente de la oscuridad, un sonido ominoso cada vez menos lejano que acrecentaba nuestra ansiedad. No recuerdo cómo transcurrieron los últimos metros hasta la salida, incluso creo que en algún momento llegué a perder el conocimiento y fue Günter quien me sacó de aquella trampa mortal.

Agotados por el esfuerzo y medio asfixiados por el fluido pestilente que habíamos tenido que respirar, jadeantes, tratábamos de recuperar el resuello,

tendidos en el suelo del almacén. Aunque el profesor había conseguido atrancar la puerta y podíamos considerarnos a salvo de cualquier peligro que pudiera venir de la cueva, una última manifestación del espanto que nos perseguía hizo que cruzáramos una mirada de terror. No se escuchaba sonido alguno, salvo el producido por nuestras agitadas respiraciones, pero entonces algo o alguien golpeó la puerta por dentro, provocando un ruido sordo, amortiguado, como de tanteo, luego pudimos distinguir claramente el rumor de un resuello intenso de frustración y algo parecido a un batir de alas. Aquello nos hizo recuperar las fuerzas y fustigados por el miedo, en un tiempo récord salvamos la escalera de caracol saliendo al salón principal donde ya no quedaba nadie, estábamos solos, ni siquiera Jérôme había tenido la atención de esperarnos, como si estuviera seguro de que no íbamos a salir con vida de la experiencia. Atravesamos aquel espacio sumido en la penumbra y, con evidente alivio, ganamos la calle.

Ya era noche cerrada, el muelle estaba desierto y las farolas parecían globos difuminados de luz emergiendo de la bruma espesa que nos regalaba el océano. El frío, intenso, tuvo un efecto vivificador para nuestros maltrechos pulmones. A nuestra espalda, el viejo caserón parecía más siniestro y amenazante que cuando lo vimos por primera vez, teníamos que alejarnos de allí cuanto antes; el coche estaba aparcado cerca del faro, no muy lejos. Echamos a andar de prisa, todavía conmocionados por la experiencia que acabábamos de sufrir, envueltos por la niebla.

Caminábamos en silencio, no había un alma por la calle, al suave chapoteo del agua contra la escollera se unió el sonido de unos pasos precipitados a nuestra espalda que nos puso en alerta; sin acuerdo previo echamos a correr atrapados por el pánico; volví la cabeza tratando de identificar a nuestros perseguidores y al instante reconocí al tipo grande, de aspecto amenazador que nos había estado espiando en el Templo de la Flor de Lis. Quise advertir de ello al profesor, pero se había detenido bruscamente, tropecé con él y a punto estuvimos de rodar ambos por el suelo; ante nosotros, salidos de la bruma como por ensalmo, cuatro individuos armados con lo que parecían machetes nos cerraban el paso; habíamos caído en una emboscada, la desventaja que sufríamos era evidente y en aquel momento nuestras vidas no valían un penique.

—Quédense detrás de mí y no traten de hacerse los héroes —el gigantón, que nos había dado alcance, tenía una voz ronca, profunda, con un acento

extranjero que no pude identificar—, vigilen nuestra espalda por si vinieran más por esa parte.

Llevaba en las manos un palo como los que se usan en las artes marciales y lo movía con la destreza de un iniciado en algún tipo de lucha ritual, haciendo frente a los cuatro sicarios que trataban de rodearlo para cobrar todavía más ventaja. Sucedió muy rápido, uno de los individuos se abalanzó sobre él; con una agilidad poco imaginable en un hombre de su corpulencia, el gigante le lanzó una patada mortal contra el pecho que lo proyectó contra el pretil del malecón boqueando como un pez fuera del agua; casi de forma simultánea, como si estuviera interpretando los pasos de una danza bien ensayada, se giró dando un salto en el aire, a la vez que proyectaba el palo hacia delante haciéndolo impactar con violencia en la cabeza de otro de los asaltantes; se escuchó un ruido seco de hueso quebrándose y el tipo se desplomó como un fardo escupiendo sangre por la boca. Los otros dos vacilaron, sorprendidos por el rumbo que estaba tomando la pelea, se mantuvieron a distancia unos segundos, antes de volver grupas y desaparecer tragados por la niebla, que hacía impenetrable a la vista el callejón lateral que utilizaron para huir.

—Tenemos que largarnos y pronto —apremió el desconocido—, no tardarán en volver y serán muchos más.

—El coche no puede estar muy lejos, lo dejamos aparcado frente al faro —yo estaba temblando y a punto de sufrir una crisis nerviosa, pero la voz de Swulzert me pareció extrañamente tranquila.

—Deme las llaves, conduciré yo —respondió el otro alargando la mano—, soy Kamaka Rawiri, de momento esa información es suficiente, ya habrá tiempo para presentaciones formales.

Echamos a correr sin mirar atrás, el resonar de nuestra carrera en el asfalto era lo único que se escuchaba en aquella inquietante y neblinosa oscuridad. En pocos segundos estábamos dentro del vehículo, nuestro valedor hizo girar las llaves en el contacto y tras una rápida maniobra para salir de entre los vehículos allí estacionados, nos vimos circulando a todo lo que daba el motor por las estrechas calles de Fécamp. Cruzamos las vías del tren, dejando atrás las últimas casas del pueblo, que dieron paso a un escenario de praderío y tierras de cultivo entrevisto a la luz de los faros del vehículo.

Circulábamos a velocidad vertiginosa. Una señal de carretera advertía de la presencia de ciclistas en la ruta: «AUTOMOBILISTES MODÉREZ VOTRE VITESSE»,

que no tuvo efecto disuasorio para nuestro conductor. Como en una película que pasara a inusitada velocidad, dejamos atrás una iglesia, un parque eólico y algunos desvíos a diferentes poblaciones: Eletot, Saint-Pierre-en-Port, Saint-Martin-aux-Boneaux; al fin, tras algo más de media hora de viaje, tomamos una salida de tierra, que terminaba en lo que parecía una granja ocupada por una casa de dos plantas de estilo normando y varios recintos cubiertos, que con toda seguridad hacían las veces de establo para el ganado. Kamaka detuvo el coche a la puerta de un cobertizo. Era grande y pesada, pero se movía sobre un carril bien engrasado, por lo que se manejaba con facilidad; lo sé porque tuve que bajar del coche para abrirla, nuestro nuevo amigo era quien daba las órdenes ahora y consideraba más prudente ocultar el automóvil a posibles miradas hostiles.

En silencio, cruzamos los pocos metros que nos separaban de la vivienda. Unos rescoldos en la chimenea dieron el contrapunto de calidez a la frialdad de la noche. Kamaka encendió las luces, cerró la puerta con doble llave y se dispuso a reavivar el fuego. No sé por qué tuve la agradable sensación de que por fin estábamos a salvo, que habíamos superado el peligro y aquellas gruesas paredes nos protegerían de cualquier amenaza exterior; pero nada más lejos de la realidad que ese ilusorio sagrado al que se aferraba mi razón en su desesperada huida del horror demente que nos perseguía. Mi existencia había quedado ya contaminada por la blasfemia y los días que estaban por venir se iban a encargarse de revelarme, en toda su crudeza, el repugnante viacrucis de locura, envilecimiento y degradación, que aún debería recorrer en este mundo, antes de entregar al juicio de los dioses mi alma condenada.

POR CAMINOS DE TIERRA A LAS ESTRELLAS

Por fin pude identificar en el capitán del NZ Special Air Service, las tropas de élite del ejército de Nueva Zelanda, Kamaka Rawiri, como el mismo gigante que vimos en Stonehenge rodeado de turistas japoneses, y disfrutaba de un apetito envidiable, si este se medía por la voracidad con que estaba dando buena cuenta de una abundante ración de huevos fritos, salchichas y alubias, un típico desayuno inglés, solo el té tradicional había sido sustituido por una jarra de humeante café americano. Günter Swulzert no le iba a la zaga; su plato no rebosaba como el del maorí, pero estaba igualmente bien surtido. Mi estómago, sin embargo, todavía bajo los efectos de lo acontecido la noche anterior, era reacio a recuperar la normalidad, no había pegado ojo y el gris plomizo que lucía la mañana, quizás no fuera el elemento cicatrizante, necesario para mi maltrecho estado de ánimo.

—Convendrán conmigo, que en las actuales circunstancias no es prudente que regresen a Inglaterra —hizo notar Kamaka señalándonos con el trozo de salchicha que llevaba ensartado en su tenedor—, en realidad, si he de serles sincero, de momento no van a encontrar seguridad en ninguna parte, lo de anoche no fue un atraco frustrado, la acción de unos delincuentes comunes, un pillaje fácil perpetrado contra dos turistas despistados; deben desechar esa idea, si ha pasado por sus cabezas. Con sus investigaciones sobre el papiro de Al Ghoreifa, han llamado demasiado la atención, se han buscado enemigos peligrosos, que parecen dispuestos a quitarlos de en medio.

Engulló la salchicha y tras rebañar del plato los restos de huevo frito con un generoso trozo de pan, siguió su discurso con la misma neutra emotividad que supongo habría puesto haciendo inventario de la lista de la compra.

»Son buenos en lo suyo, saben matar a la gente sin levantar sospechas, como quedó patente con Julius Müller y Thaamir-el-Kaber, por eso me extraña la torpeza de anoche. No tiene sentido hacerlos viajar hasta Normandía para destriparlos en medio de la calle al abrigo de la bruma nocturna. Son asesinos altamente refinados y discretos, créanme.

—¿Está usted insinuando que el doctor Müller y Thaamir fueron eliminados? —no pudo ocultar Swulzert su sorpresa—. ¿Por qué motivo alguien querría hacerles daño? Es ridículo.

A mí también me costaba admitir que un personaje tan excéntrico y hasta si se quiere entrañable como Thaamir-el-Kaber supusiera una amenaza para nadie y

así lo hice notar, sumándome al criterio expresado por mi amigo. El capitán Rawiri no parecía estar de acuerdo.

—No siempre somos lo que aparentamos. A veces ocurre que bajo la discreta apariencia de un padre de familia normal y corriente, que pasa la mitad de su vida sometido a la rutina de un trabajo gris, carece de vigor social y cumple fielmente sus obligaciones religiosas los fines de semana, se esconde la compleja personalidad de un asesino en serie. Thaamir-el-Kaber era una de esas singularidades. No, desde luego, un criminal, ni tan siquiera un hombre de acción, pero sí uno de nuestros mejores agentes en Oriente Medio, que llevaba trabajando más de dos décadas para nosotros.

—Perdón, capitán, cuando habla usted de «nosotros», ¿a quiénes se está refiriendo exactamente? —quise saber.

—Al MI6, escritor, el servicio de inteligencia exterior del Reino Unido, del que Thaamir-el-Kaber era un valioso referente en la zona; su pérdida, además de la incuestionable conmoción emocional, nos causó un gran trastorno organizativo.

—¿Thaamir-el-Kaber era un espía, eso quiere usted que creamos? —el doctor Swulzert no salía de su asombro.

—Bueno, si prefiere llamarlo de esa forma, sí, nuestro común amigo era un espía y de los mejores. Müller, por contra, solo era un eminente arqueólogo que se topó en Al Ghoreifa con algo mucho más letal que una maldición faraónica, ambos tuvieron esa mala fortuna. Thaamir supo enseguida que la muerte de Müller no había sido natural y que el siguiente en la lista era él, por eso quiso entrevistarse con usted en El Cairo, doctor Swulzert, para ponerlo al día de sus progresos con el papiro. Sin embargo, se encontró con el señor Llywelyn, que no debería estar allí, pero que, como suele decirse, pasó en el peor momento por el sitio equivocado, colocándose, sin proponérselo, en el punto de mira de los asesinos.

Aquella revelación estaba terminando de romper la última barrera defensiva que le quedaba a mi sistema nervioso para no colapsar. ¿Cómo había llegado a esta situación absurda? Yo solo quería escribir un libro sobre el supuesto maleficio de Tutankamón, era mi trabajo, ¿a quién podía haber molestado por ello? La historia me superaba, estaba viviendo una cruel pesadilla y mi cerebro era una olla a presión a punto de explotar. El doctor Swulzert se encargó de poner en palabras mis sentimientos.

—Capitán Rawiri, habla de un grupo de asesinos, una organización criminal, por lo que deduzco, bien conocida por usted, pero ¿a qué obedece su animadversión hacia nosotros?, ¿qué amenaza podemos suponer para ellos?, ¿existe alguna manera de que acabemos esta investigación de una pieza?

El maorí sacó una petaca de piel y nos ofreció un cigarrillo, que ambos rechazamos. Tenían una forma extraña, no eran cilíndricos, sino ovalados, de origen turco y con un fuerte aroma especiado.

—Es una historia antigua, que se remonta a la Alemania de 1935, con el Partido Nacionalista Obrero Alemán consolidado en el poder. Hitler ya había sido nombrado Canciller y los nazis dominaban la política del país. Pero las aspiraciones del Führer se proyectaban más allá de las fronteras alemanas, quería dominar el mundo e iba a necesitar toda clase de ayuda, incluso la paranormal a la que estaba tan ligado. Elevar el nazismo a la categoría de creencia indiscutible resultaba primordial para que la sociedad alemana lo aceptara ciegamente, con fideísmo religioso. Fue entonces cuando dio orden de crear la Deutsches Ahnenerbe, o «Sociedad de Estudios para la Historia Antigua del Espíritu», una secta paracientífica, que sería la encargada de llevar a la práctica el delirante plan del dictador.

»Al frente del proyecto, Hitler colocó a uno de los miembros más destacados del Partido, obsesionado por los temas ocultos: Heinrich Himmler, comandante en jefe de las SS, que profesaba una devoción sin límites a «las fuerzas desconocidas que nos rodean». La Ahnenerbe era el epicentro ideológico del que emanarían las nuevas creencias del pueblo alemán en materia identitaria, de tradiciones y religión; tenía el favor incondicional del gobierno y recursos económicos para conseguir que el mensaje calara en todos los estratos de la sociedad. Desde sus inicios contó con el apoyo de sociedades secretas, determinados círculos masónicos le facilitaron el acceso a los salones de la aristocracia berlinesa y no pocos mandatarios nazis abrazaron sin reservas el credo de esa nueva fe.

El cielo se había cubierto de negras nubes que amenazaban tormenta, apenas entraba luz natural por las ventanas y tuvimos que encender la lámpara rústica que colgaba del techo. Desde fuera llegaban los sonidos propios de una actividad agrícola: ir y venir de maquinaria, ruidosos tractores, gruñidos porcinos. Kamaka volvió a llenar la jarra de café y siguió con su narración.

»A finales de 1944 Alemania tenía perdida la guerra, pero Hitler, en su locura, aún creía en el milagro. Su programa para conseguir la bomba atómica estaba muy lejos de hacerse realidad, en parte por el empeño de los aliados en bombardear sistemáticamente las instalaciones donde se trabajaba para lograrlo y, según algunas fuentes, debido al sabotaje interno llevado a cabo por algunos científicos poco simpatizantes con el régimen nazi. Sea como fuere, terminada la guerra, todos ellos acabaron trabajando, bien para el proyecto Manhattan estadounidense, o en la Unión Soviética a las órdenes de Zeldóvich, Sájarov, Gínzburg y Davidenko, siempre bajo la atenta y amenazadora vigilancia de Lavrenti Beria.

»A principios de 1945, los servicios de inteligencia aliados dirigieron su atención a las actividades de la Ahnenerbe y más concretamente a su departamento de ciencias esotéricas, dependiente de Friedrich Hielscher y Wolfram Von Sievers, dos personajes oscuros que gozaban del favor y admiración de Himmler. Según los informes recibidos, el Führer estaba a punto de disponer de un arma devastadora de procedencia estelar, supuestamente articulada en torno al culto a un dios superior, tan antiguo o más que el universo; uno entre los elegidos de un formidable panteón de divinidades cósmicas todopoderosas, implacables y letales cuya liturgia, Hielscher y Sievers estarían en condiciones de restablecer, poniendo su inmensa fuerza destructora al servicio de los intereses del Tercer Reich. La clave para reactivar esa devoción maldita tenía que ver con el corazón momificado del Rey Niño, oculto en alguna ubicación secreta a punto de ser descubierta por la Ahnenerbe. Hitler tendría en sus manos un arma mortífera, inimaginable, colosal, el poder de un dios y las naciones se arrodillarían a sus pies. Pero las preocupaciones de los aliados eran otras en aquel momento; los nazis habían lanzado la contraofensiva de las Ardenas y el aviso de los servicios de inteligencia pasó de puntillas por el alto mando sin dejar la más mínima huella.

»En mayo de 1945 terminó la contienda; Friedrich Hielscher desapareció del mapa, Wolfram Von Sievers fue juzgado por crímenes de guerra y ejecutado en la horca el 2 de junio de 1948, en la prisión de Lansberg. La Ahnenerbe dejó de tener actividad, los soviéticos trasladaron a Moscú la mayor parte de sus archivos y la secta pasó a ser historia. Sin embargo, eso no significó su muerte. Antiguos miembros se ocuparon de mantenerla en estado de hibernación hasta la década de los 60, que resurgió con el apoyo de nostálgicos del Tercer Reich, sociedades secretas escindidas de movimientos francmasónicos corrompidos

en sus principios fundacionales y la savia nueva aportada por el fenómeno neonazi.

Un fuerte trueno hizo vibrar los cristales; la tormenta presentaba sus credenciales sugiriendo un alto en el testimonio de Kamaka, que aprovechó el paréntesis para preparar más café. Una recia cortina de agua impuso el cese de toda actividad en la granja. Swulzert se acercó a la ventana para contemplar el espectáculo que ofrecían las fuertes rieras de agua formadas por el ímpetu de la lluvia y a los últimos rezagados que corrían a los cobertizos para guarecerse del temporal. De alguna manera, los sonidos del aguacero, el aroma que desprendía cafetera y la actitud relajada de mis dos compañeros, produjeron en mí un agradable efecto balsámico. En la chimenea, un tuero ya convertido en potente rescoldo, seguía calentando la habitación, me sentía protegido tras aquellos gruesos muros de piedra, a cubierto de las inclemencias del tiempo y fuera del alcance de cualquier amenaza. Kamaka volvió a tomar la palabra.

»En el MI6 la reactivación de la Ahnenerbe no pasó desapercibida, entre otras cosas porque pronto se vio vinculada con elementos terroristas de extrema derecha, fundamentalistas y grupos del crimen organizado. Se sabía de su participación en el tráfico de armas y explosivos, materias tóxicas susceptibles de ser utilizadas para matar personas y drogas de todo tipo. Pero el hermetismo que rodeaba a la Ahnenerbe era tal, que nunca llegamos a penetrarla hasta el punto de conocer quién o quiénes estaban al mando de la organización, solo pudimos identificar a los soldados y hasta un nivel de jerarquía que estaba muy lejos de la cúpula dirigente. El sistema de comunicación que emplean es complicado y suponemos que la cúpula está formada por muy pocas personas, media docena como mucho, y con una posición social de altísima relevancia, que los hace inmunes a cualquier forma de investigación.

»Pero su verdadera razón de existir sigue siendo el culto a ese credo blasfemo y antiguo, como la creación del mundo. Su deidad principal es el dios Cthulhu, el mismo Ekeltu-Alu, que menciona el papiro de Al Ghoreifa. Dispone de un ejército de leales, listos a inmolarse por la causa y créanme, si les digo, que no todos sus guerreros son de naturaleza ciento por ciento humana. Sabemos que participan en rituales que incluyen sacrificios de personas y su objetivo de cabecera sigue siendo el mismo que perseguían en 1945: encontrar el corazón momificado de Tutankamón, que según sus creencias actuará como catalizador para el gran cataclismo universal, que tendrá lugar cuando despierte su

satánica deidad. Como pueden suponer, el MI6 no da credibilidad a esas presuntas fabulaciones, pero la evidencia de demasiados sucesos inexplicables, el carácter visionario de la secta y su estrecha relación con el mundo del terrorismo hace que se siga manteniendo a esa organización bajo estrecha vigilancia.

Swulzert abandonó su observatorio en la ventana y se reintegró al grupo, tomó asiento, espantó con el dedo algunas evidencias del desayuno que todavía quedaban sobre el mantel y alargó su jarra con la intención de que Kamaka le escanciara una generosa ración de café.

—Tratándose de un servicio de inteligencia altamente eficaz como el MI6, con todos los medios materiales y humanos de que dispone, sería un insulto poner en duda lo acertado de sus pesquisas —hizo un breve alto el alemán para llevarse la taza a los labios—, estoy convencido de que manejan información de primer nivel y saben cómo utilizarla. El enigma que se nos propone hoy, capitán, se documenta en un papiro con más de tres mil años de antigüedad y un código absolutamente desconocido, que presumimos pertenece a un período de la protohistoria todavía más lejano en el tiempo. Una profecía críptica, que se apoya en documentos heréticos forjados en la demencia blasfema de unas almas condenadas, que aún tardarían siglos en ver la luz. Todo apunta a que estamos ante una paradoja. Sin embargo, yo no creo que lo sea; a lo largo de mi carrera he visto lo suficiente como para enfrentarme sin prejuicios a lo inimaginable. Sé que su organización busca una respuesta razonable, para nada confían en el mundo de lo oculto y en sus arcanos; pero por mera curiosidad, ¿qué vías han seguido para llegar hasta aquí y, si es posible conocerlo sin violentar ningún secreto oficial, hasta dónde alcanzan sus conocimientos al día de hoy?

El maorí meditó unos segundos la respuesta.

—Fue el profesor Müller quien abrió el melón, herr Swulzert. A él se debe la intuición que llevó a considerar el código de Al Ghoreifa como un índice que apuntaba a fuentes documentales relacionadas con el ocultismo y los ritos antiguos. Tuvimos conocimiento de ello a través de Thaamir-el-Kaber, acceso a bibliotecas y archivos normalmente cerrados a la curiosidad de la gente y nuestros criptógrafos hicieron el resto. La intención de Thaamir era que usted, doctor, siguiera progresando en el estudio del papiro, sabía que la muerte de Müller no había sido por causas naturales e intuía para él la misma suerte, pero

entonces apareció usted, escritor —dijo dirigiéndose a mí—, para su desgracia, me temo, y la cosa se enredó todavía más.

»No es la primera vez que el MI6 debe trabajar en el terreno del ocultismo, la teosofía o cualquier otro tipo de paraciencia, pero las conclusiones a las que llega están cuidadosamente pasadas por la criba de la racionalidad, por lo que posiblemente difieran bastante de las que ustedes hayan obtenido. Sabemos que la Ahnenerbe está preparando algo importante; una acción terrorista de gran alcance, según nuestros analistas, en algún punto sin determinar del Pacífico Sur, lo que abarca una cantidad enorme de posibles objetivos; pero tampoco se descarta una maniobra de distracción y que en realidad pretendan atentar contra metas más septentrionales: Japón, Estados Unidos, Corea del Norte...; un ataque contra alguna de estas potencias podría desatar un conflicto internacional de alto voltaje, incluso provocar el holocausto nuclear.

»No sabemos cuándo piensan atacar, pero sí que se están preparando para hacerlo de forma inminente. Siguen un ceremonial pagano que solo es efectivo en determinadas fechas y de acuerdo a una singular conjunción planetaria, que no volverá a darse en muchos años, siglos, quizás. Por eso se mueven de prisa, sin el sigilo y meticulosidad que usan habitualmente, con imprudencia, lo que justificaría el ataque de anoche. Según el MI6, la terminología esotérica que utiliza la Ahnenerbe, forma parte de un código tras el que se esconde un lenguaje ordinario. No estarían, pues, buscando, en realidad, el corazón momificado del faraón, sino una contraseña secreta, material nuclear o información reservada, que les permita desatar el terror.

Volvió a sacar un cigarrillo de su pitillera y tras compactarlo, golpeando suavemente uno de sus extremos contra la mesa, lo encendió. Por un momento pareció ensimismarse con el seguimiento de las volutas de humo azul que caracoleaban hacia el techo. Pero enseguida volvió a la realidad y continuó hablando.

»Si quieren conocer mi opinión, no descarto en absoluto la literalidad de lo descubierto hasta ahora. Estoy convencido de que sí necesitan el corazón del Rey Niño para invocar el favor de ese poder cósmico tremendamente destructivo, porque su propósito continúa siendo dominar a la humanidad por medio del pánico. Y les diré más, el rastro que vengo siguiendo desde hace varios meses, conduce a la obra de Pickman oculta en la cripta del Templo de la Flor de Lis. Esos lienzos juegan un papel decisivo en la urdimbre de este complicado telar, no me cabe ninguna duda. ¿Me equivoco, herr Swulzert?

Había dejado de llover y el sol pugnaba por quebrar la endeble resistencia que oponían las últimas nubes. La tormenta se apartaba de la costa buscando adentrarse en el bocage y a juzgar por los sonidos que llegaban de fuera, la granja recuperaba su ritmo ordinario. Sin embargo, la pregunta que el capitán Rawuiri había dejado en el aire abrió una vía a la sospecha, ensombreciendo mi ánimo con un nuevo velo de incertidumbre.

ATRÉVETE A SABER

Tanto Swulzert como yo tuvimos la misma reacción de sorpresa ante el comentario del capitán Rawiri. Este, por su parte, abandonó la habitación por un instante, para volver portando un lienzo de medianas dimensiones, en el que inmediatamente reconocí la técnica magistral y siniestra de Richard Pickman; sin duda alguna, aquel cuadro era una de las obras que se custodiaban en el sótano del Templo de la Flor de Lis, pero no alcanzaba a entender cómo había llegado hasta allí.

—Está bien, confieso mi pecado, mea culpa —alzó Günter las manos en señal de rendición—, admito el desliz, no pude sustraerme a la tentación de conservar una muestra del trabajo de Pickman, capitán; ya no queda muestra alguna de su arte, salvo en colecciones muy privadas inaccesibles para el público. De haber podido, habría cargado con toda la exposición, pero dadas las circunstancias y por su tamaño, solo conseguí sacar este. Le doy mi palabra de que no hay más misterio, Rawir, un simple arrebató de coleccionista. Sin embargo, si usted sabe algo que sirva a los fines de la investigación, le ruego que si es posible lo comparta con nosotros.

Yo recordaba haber visto aquel cuadro en el sótano, de hecho no podía borrar de mi mente las horribles imágenes que constituían el tema de aquella macabra colección. Era un lienzo relativamente pequeño, casi cuadrado, de algo más de medio metro de largo y poco menos de alto. Sobre un fondo oscuro de roca reverdecida por el moho, el artista había reproducido el interior de un túmulo; en primer plano, sobre un altar funerario de alabastro, descansaba el cadáver de un hombre amortajado en un sudario blanco primorosamente bordado con filigranas de oro. Lucía corona de rey o príncipe, un ritual escarabeo de cornalina protegía su pecho y dos bestias aladas, mitad humanas, de aspecto perruno y afiladas garras, montaban guardia a ambos lados del catafalco.

—Tendré que fiarme de su palabra, doctor —concedió Kamaka—. Estoy convencido de que Pickman escondió alguna clave en esas pinturas, pero no dispongo de pruebas fehacientes, porque dada mi corpulencia y la estrechez del paso me fue físicamente imposible acceder al sótano. Sin embargo, para ustedes fue más sencillo.

—Si está planteando, capitán, que volvamos a ese antro, le advierto que no puede contar conmigo —me adelanté a cualquier posible insinuación a ese

respecto—, ni por todo el oro del mundo pasaría de nuevo por semejante experiencia.

—¡Vamos Aaron, dónde quedó su espíritu aventurero! —exclamó Swulzert divertido—. Fue una gran experiencia, emocionante y de haber tenido un arma seguro que habríamos hecho frente con éxito a aquella cosa.

—No me retracto en absoluto de lo dicho —afiancé mi postura porque no estaba dispuesto a dejarme arrastrar por la enajenación de aquellos dos—. Usted, Kamaka, es un soldado, su oficio es la guerra, las armas, su herramienta y está acostumbrado a coquetear con la muerte; en cuanto al doctor, se mueve muy bien bajo la superficie, las excavaciones arqueológicas a veces se realizan en zonas hostiles y estoy seguro de que habrá tenido que enfrentarse a situaciones complicadas. Pero yo, señores, disfruto mis aventuras en la comodidad de mi escritorio, parapetado tras una robusta muralla de libros y armado con una vieja e inofensiva máquina de escribir. Jamás volveré a ese lugar.

—Ninguno lo haremos, escritor —respondió Kamaka—, el Templo ardió esta madrugada hasta sus cimientos, mejor dicho, desde ellos, porque el fuego parece que tuvo su inicio en los sótanos. Lo único que queda de la exposición maldita de Richard U. Pickman es este lienzo, que la curiosidad de herr Swulzert salvó para nosotros.

Me sentí aliviado, la posibilidad de tener que enfrentarme de nuevo a aquel terror había desaparecido entre las llamas y eso era una buena noticia.

»Es curioso que esta pintura represente el enterramiento de un gran ariki, profesor, sin duda el detalle no le ha pasado inadvertido; incluso por la corona, las joyas y el rico sudario podría tratarse del mismísimo Hotu Matu'a, el primer rey de Te Pito o te Kainga a Haumaka o Hiva, lo que hoy conocemos como isla de Pascua. Creo que deberíamos examinar el lienzo detenidamente, quizás esta vía de exploración no esté agotada del todo.

—Nada se pierde por intentarlo, capitán. Es usted maorí y seguramente interpretará las señales que haya podido dejar Pickman en este trabajo, si es que existen, mejor que Llywelyn o yo mismo, pues le confieso mi absoluta falta de conocimiento sobre las costumbres de su pueblo.

Por contra, yo sí adquirí algunos sobre esa cultura mientras me documentaba para mi libro «The Wairau Affray», que narra el enfrentamiento entre colonos británicos y nativos del clan iwi, tras la firma del Tratado de Waitangi, y después

de estudiar detenidamente la pintura estaba seguro de que, pese a guardar grandes similitudes, no estábamos ante la reproducción de una estampa propiamente maorí. La respuesta de Kamaka vino a confirmar mis sospechas.

—Este muerto no es un príncipe maorí, Swulzert, aunque sus orígenes sí lo fueran. Creo que se trata del padre de la civilización rapanui, Hotu Matu'a, y hay elementos en el lienzo que tal vez nos permitan certificar su identidad; por ejemplo, el friso ornamental que adorna el altar sobre el que descansa el cuerpo —hizo notar, señalando una serie de formas extravagantes, que a modo de cartuchos funerarios, el pintor había reproducido en la piedra.

—Sin duda esos símbolos tienen un significado —dijo Swulzert—, pero desconozco a qué código pertenecen; desde luego a ninguno de los que son habituales en el medio oriente.

—Es rongo-rongo, profesor, la lengua más oriental de la rama polinesia de la gran familia austronésica, rapanui en estado puro —respondió Kamaka—, conozco perfectamente su simbología y puede que seamos capaces de resolver el acertijo.

»La primera figura representa a *Te ariki*, «El rey»; el segundo se interpretaría «como ellos están durmiendo», *kua moe*; el tercero puede ser «aguijón» *ivihehe* o *tau awaga*, «piedra para colocar difuntos»; el cuarto es «una montaña perforada», *mauga pu*; el quinto significa *nuku*, «tropa, ejército, soldados»; el sexto se corresponde con *raa*, «el sol»; el séptimo, *te inoino*, «algo que arde, resplandeciente»; el octavo es *tamaiti*, «niño»; el noveno hace alusión a «un hombre en una estrella», *te tagata hetu noho*; el décimo, *tue ki te haka hiri ia*, equivale a «él regresó»; y el último nos habla de *atua hiko kura*, «un dios rojo».

Swulzert, que había tomado nota de la interpretación hecha por Kamaka, fue el primero en hablar.

—Bien, claramente estamos ante un rey muerto, que está durmiendo, descansa, sobre una piedra para colocar difuntos, un altar; yo descartaría por completo la posibilidad de utilizar «aguijón» en esta parte —tanto Kamaka como yo estuvimos de acuerdo—, sin embargo, no acabo de encontrar el encaje para «montaña perforada».

—Quizás hace referencia a una tumba horadada en la montaña a modo de hipogeo —sugerí.

—Es posible, pero tenemos por delante un buen galimatías: tropas, soldados, ejércitos, sol, algo que arde o resplandece, un niño, el hombre en una estrella, alguien que regresó de alguna parte y un dios rojo. ¿Alguna idea?

La pregunta del alemán no obtuvo respuesta; los tres contemplábamos absortos el lienzo extendido sobre la mesa, con una sombra de abatimiento en la mirada y sumidos en un silencio deprimente, que el capitán Rawir, manoteando en el aire como si quisiera desentumecer sus ideas, se encargó de romper.

—Parafraseando a sir Winston Churchill, caballeros, el éxito se obtiene yendo de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo. Analicemos la situación. Hemos coincidido en que tenemos el cadáver del rey, sobre la piedra funeraria, posiblemente en una tumba dentro de la montaña perforada. Sigamos el orden de los símbolos. ¿Qué hace un soldado dentro de una tumba?

—Escondarse de la guerra, esperar al enemigo, defender su territorio — alternamos Günter y yo las respuestas.

—No, señores, creo que simplemente monta guardia, protege un bienpreciado: el cuerpo del rey muerto, su descanso eterno, sus tesoros.

—Bravo, capitán, buena interpretación —aprobó Swulzert—. El rey que descansa sobre la piedra de los muertos guarda un tesoro, que custodian sus guerreros. Me vale.

—Pero esas horribles criaturas que flanquean el sarcófago no son guerreros, Pickman pintó un par de gules, seres deformes, necrófagos despreciables, muy alejados de la épica nobleza de un soldado; algún mensaje quería transmitir, estoy seguro —argüí con indisimulada aprensión.

—¿Y qué alternativa sugiere, escritor?

Kamaka había tomado por costumbre identificarme por mi profesión y he de reconocer que me agradaba el tratamiento.

—Posiblemente, es el propio rey quien protege algo muy valioso, quizás el mismísimo corazón del faraón, que sabemos anda buscando la Ahnenerbe. Los gules serían simples testigos, habitantes de la cripta, quizás, un peligro a tener en cuenta, en todo caso.

—Una lectura plausible, Aaron, pero mientras no tengamos una visión global del enigma cualquiera lo es. Supongo que deberíamos seguir encajando las piezas del rompecabezas —aconsejó la experiencia en arqueología de Günter.

—Le toca el turno a lo que arde o resplandece —puso de nuevo Kamaka el enigma en fila india—. Siguiendo el método propuesto por Llywelyn, si unimos este símbolo con el siguiente, un niño, deberíamos interpretar que se trata de algo de mucho valor, brillante, resplandeciente, que pertenece o fue de un niño que vaga por el firmamento, si tenemos en cuenta la supuesta simbología de la figura que viene a continuación, el hombre en una estrella.

—Recopilemos, caballeros —sugirió Swulzert—. Tenemos al rey difunto, que descansa sobre la piedra funeraria en una cripta bajo la montaña, poseedor y guardián del tesoro resplandeciente, que perteneció al niño que vaga por las estrellas. Tiene sentido, porque ese niño bien puede ser Tutankamón, que vaga errante por el inframundo, huérfano de un corazón que presentar al juicio de Osiris.

—Y nos quedarían dos piezas: «él regresó» y «dios rojo» —no pude reprimir la emoción, porque de repente todo encajaba para mí—. El rey, en su tumba de piedra bajo la montaña, custodia el corazón del Niño, mientras espera el regreso del dios rojo, esto es, el del fuego y la ira, o sea, Cthulhu.

—Me sirve, me sirve —aceptó el profesor. Por su parte, Kamaka, asentía con la cabeza, mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Ha sido un bonito juego, señores —dijo—. Es posible que exista una tumba real, una montaña, un corazón de oro, unos gules y tal vez otros horrores que no somos capaces de imaginar ahora, ¿pero dónde? Esa es la verdadera incógnita que debemos desvelar y que también persigue la Ahnenerbe, salvo que ellos consiguieran acceder anoche a la cripta y descifrasen el código de Pickman, lo que daría sentido al incendio.

—Eso sería el fin, capitán, no debemos pensar en esa posibilidad —se apresuró Swulzert a desechar esa solución, mientras examinaba el lienzo de cerca—. Si no me engañan los ojos, aquí hay algo escrito; casi no se percibe, la letra es minúscula y está esculpida en la roca de la cueva, sobre el sarcófago, pero es imposible descifrarla a simple vista.

La leyenda estaba allí, tan diminuta que se nos había pasado por alto. Sin duda era algo importante, quizás la respuesta que estábamos buscando y había que encontrar la manera de llegar a ella. Por fortuna, el maorí tenía adiestramiento y recursos para solventar el problema: una lupa improvisada con un vaso lleno de agua y grandes dosis de paciencia consiguieron obrar el milagro. La inscripción decía así:

«Piti 'ahuru mā hitu toru 'ahuru mā pae pae 'ahuru mā ho'e a orono ho'e hānere»

—Es rapanui, señores, números —anunció Kamaka—. Dice algo así como «Con el viento del sur 273551, con el viento del oeste 1441939».

Nuevamente, la reflexión nos llevó a un silencio que, sin embargo, esta vez duró poco ante la evidencia de que Pickman nos acaba de dar las coordenadas donde buscar el corazón del Rey Niño: 27° 35' 51" S, 144° 19' 39" W

Conocer la ubicación exacta del sitio no iba a suponer ningún problema. Sabíamos cuál era nuestro próximo destino. Cthulhu nos retaba a un duelo perverso y había elegido para el desafío algún lugar del hemisferio sur, quizás cercano a R'lyeh, la ciudad sumergida donde aguardaba el momento de la venganza, el restablecimiento de su terrible poder y la extinción de la raza humana. No había otra elección que acudir a su llamada. Afrontar el peligro podía costarnos la vida, pero darle la espalda nos conduciría a un destino mucho peor que la muerte.

Si se tiene a mano una brújula cartográfica y formación militar, resulta sencillo conocer la ubicación exacta de un punto en el mapa a partir de sus coordenadas: en el capitán Rawiri se daban ambas condiciones.

Rapa Iti es una isla del Pacífico Sur, en la Polinesia Francesa. En el lenguaje *rongo-rongo*, «Iti» se utiliza como diminutivo y en este caso sirve para diferenciar la Rapa pequeña, de Rapa Nui, la grande, que también se conoce como Isla de Pascua.

Acceder a Rapa Iti es complicado porque se trata de territorio militar; los permisos para recalar en la isla son escasos, por períodos muy cortos y suelen estar ligados a proyectos de carácter científico, estructurales o, simplemente, como punto de repostaje para embarcaciones pequeñas en tránsito.

Un Boeing-777 de la compañía Qatar Airways nos dejó en el aeropuerto internacional de Auckland, tras más de cuarenta horas de vuelo y escalas en Doha y Adelaida. Hacía calor, el verano austral se mostraba implacable, en Francia no habíamos tenido tiempo de preparar un equipaje adecuado y estábamos pagando las consecuencias, pese a que procuramos aligerar nuestro vestuario, todo lo que nos permitía la decencia.

Un vehículo militar nos esperaba; Kamaka insistió en que debíamos permanecer juntos por si la Ahnenerbe seguía tras nuestra pista, en cuyo caso

era aconsejable mantener unido el grupo. Fuimos directamente a la base militar de Papakura, donde se acuartela el Primer Regimiento del Servicio Aéreo Especial de Nueva Zelanda (1-NZSAS Regt), la fuerza de élite a la que pertenecía el capitán Rawiri.

Fuera de las instalaciones propiamente militares, pero protegida dentro del perímetro de la base, había una agradable colonia de viviendas, todas exactamente iguales, con uniformidad castrense, de una sola planta y con un pequeño jardín delantero, donde residían los miembros del NZSAS que así lo deseaban. En una de ellas nos alojamos cómodamente. También teníamos a nuestra disposición un cine, la cantina, una bolera, la biblioteca, un centro de culto, compartido por diferentes religiones, y el economato, en el que Günter y yo pudimos hacernos con indumentaria apta para la estación.

Podíamos desplazarnos por la base con total libertad, excepto en aquellas zonas destinadas a uso exclusivamente militar, aunque debíamos llevar siempre visibles nuestras acreditaciones, pues había patrullas de vigilancia por todo el recinto. Después de los contratiempos sufridos últimamente, resultaba confortable tanta seguridad; los días que pasamos allí fueron muy beneficiosos para recuperar los nervios y, por qué no, nuestra salud mental.

Manejábamos mucha información sobre Rapa Iti: mapas geológicos, topográficos, de carreteras, fotografías aéreas, completísimos estudios antropológicos, como el magnífico trabajo sobre la cultura rapa escrito en 1970 por F. Allan Hanson, RapanLifeways o las conclusiones alcanzadas por la expedición noruega arqueológica de 1956; todo nos fue de gran utilidad.

Rapa Iti es un antiguo volcán en el monte Perekau, su parte central se hundió dando lugar a una caldera abierta al océano, con una bahía profunda que penetra en el cráter. Una montaña perforada, como avanzaba la profecía de Pickman. Según las tradiciones orales Rapa Nui, la tierra natal del ariki Hotu Matua era Hiva, pero la voluntad de los dioses hizo que se hundiera, por lo que este condujo a su pueblo a una isla situada hacia el sol naciente. Estudios actuales datan el acontecimiento alrededor del año 1200 dC.

Según la leyenda, algunos regresaron e incluso hicieron el viaje entre ambas islas en numerosas ocasiones, por lo que Hiva no se habría hundido por completo y si tenemos en cuenta que Rapa Iti está situada hacia el poniente, hay muchas probabilidades de que sea la mítica tierra originaria de los nativos

de Rapa Nui, lo que nos afianzaba más en la idea de que estábamos siguiendo la derrota correcta.

Tras considerarlo mucho, los tres coincidimos en que si había alguna posibilidad de encontrar un escenario similar al reproducido en la pintura de Pickman, tendríamos que ascender a Tevaitau y explorar Morongo Uta, una misteriosa fortificación defensiva en forma de pirámide que corona el cráter, construida por los primeros pobladores de la isla, con una técnica para trabajar la piedra similar a la utilizada en Machu Pichu. Rapa Iti es casi el antípoda de Alejandría, en Egipto, y eso nos provocaba una irresistible atracción, de manera que pensar en la posibilidad de estar en un error se antojaba remota.

No resultó muy complicado obtener de las autoridades francesas una visa para conocer los yacimientos arqueológicos de Rapa; el prestigio internacional del doctor Swulzert fue de gran ayuda; la curiosidad de escritor en proceso de documentación justificaba mi presencia en el equipo y ante *les Forces Armées en Polynésie Française*, Kamaka, en su condición de militar, garantizaba nuestro buen comportamiento. Pero quedaba por discutir algo fundamental: cómo de llegar hasta la isla.

No había otra manera de hacerlo que por mar, algo más de 2.100 millas náuticas desde Auckland, una travesía larga y muy probablemente llena de riesgos. Era valioso pasar inadvertidos, por lo que si optábamos por un barco, debería ser de mediana eslora, marinero, con autonomía suficiente y muy gobernable; un yate de crucero a vela o un catamarán. Con viento a favor y buenas condiciones de mar, una embarcación así tardaría en llegar a Rapa Iti entre diez y doce días, espacio de tiempo, no obstante, en el que sería muy vulnerable.

Otra posibilidad pasaba por alquilar una avioneta pequeña, una Cessna, quizás, que nos condujera al aeródromo de Raivavae, para después navegar desde allí las 270 millas que separan esa isla de Rapa Iti. Sin embargo, eso suponía implicar a más personas en la aventura, abrir nuestra pequeña compañía a elementos desconocidos y tener que dar explicaciones sobre un operativo, que no todas las mentes estarían preparadas o dispuestas a entender. Además, por estrategia, era mucho más efectivo movernos en un solo grupo, sin vernos obligados a establecer horarios, puntos de reunión o complicadas logísticas, imposibles de diseñar para una misión, en la que a cada paso iban surgiendo nuevas variables.

—La mejor alternativa, bajo mi criterio, pasa por el catamarán —opinó Günter—, tanto usted como yo, capitán, tenemos los conocimientos de navegación necesarios para encarar una travesía de esa naturaleza, por lo que podríamos establecer turnos al timón y minimizar los tiempos de descanso.

—No es complicado hacerse con un barco así —Kamaka también parecía inclinarse por esa vía—, de unos diez o doce metros de eslora, manejable y cómodo, que con buena mar podría desarrollar una velocidad media de siete u ocho nudos, incluso más; pero estaríamos demasiado expuestos, durante mucho tiempo y en mitad del océano sin posibilidad alguna de encontrar refugio; si la Ahnenerbe nos embosca en un escenario semejante tiene muchas opciones de éxito. Además, una travesía de más de dos mil millas náuticas es casi imposible de realizar sin escalas en un barco de esas características, pero desde Tahití, por ejemplo, la distancia por mar es de tan solo unas seiscientas cincuenta millas, perfectamente asequible para nosotros.

—Caballeros, creo que deberíamos considerar esta fórmula con detenimiento y método —quise intervenir, pues veía alguna endeblez en el obstáculo que podía representar la amenaza de la Ahnenerbe—. Ustedes conocen el medio y no es la primera vez, presumo, que se han puesto a la rueda de un barco, por ese lado, tenemos resuelto el problema; sin embargo, parece que el mayor elemento de duda que se nos plantea es la amenaza latente que suponen los nazis. Pues bien, yo digo que, siendo real el peligro, la inmensidad del medio en que habremos de movernos, el océano, iguala las fuerzas.

Los dos me observaban con interés, en sus miradas había una clara invitación a que continuara exponiendo mi argumento y eso es lo que hice.

»En realidad estaremos en un entorno de mar abierto, limpio, sin accidentes geográficos que pudieran disfrazar una emboscada; si vienen a por nosotros los veremos con tiempo suficiente para preparar la defensa y dudo que, por muy bien pertrechados que estén, dispongan de material militar de gran tonelaje, más rápido que nuestro modesto catamarán: una fragata, destructor o portaaviones desde el que lanzarnos un ataque aéreo mortal; no sé, creo que en el océano tendríamos gran capacidad para defendernos, solo sería necesario equipar nuestro barco con algún tipo de armamento que nos permitiera repeler una agresión. ¿Usted qué opina, capitán?

Rawiri tamborileó con los dedos sobre la mesa, una costumbre que ponía en práctica cuando estaba nervioso, en sus momentos de reflexión o mientras barajaba las diversas soluciones de cualquier tema que pudieran plantearle.

—La mayor parte del viaje la haríamos en avión, no tendremos problemas en conseguir un transporte aéreo militar, manteniendo, por esa parte, la confidencialidad de nuestra empresa. Podemos volar hasta Tahití sin preguntas molestas, hacernos allí con un barco y navegar hasta Rapa Iti. No es descabellada su propuesta, escritor, tiene sentido; podrían intentar abordarnos desde alguna embarcación similar a la nuestra, sí, pero es poco razonable esperar un ataque aéreo. Con una ametralladora pesada, estaríamos en condiciones de repeler cualquier agresión. Buena sugerencia, Llywelyn.

Swulzert también lo aprobó, en silencio, con un gesto distraído. Estábamos sentados en confortables hamacas de lona, bajo un viejo *pohutukawa*, que se alzaba solemne en el jardín de nuestro refugio provisional, protegiéndonos con su sombra del rigor veraniego. Las piezas del puzzle comenzaban a encajar, en la preparación de la logística llegábamos a consensos definitivos y los avances alcanzados eran más que satisfactorios. Sin embargo, el alemán parecía ausente, absorto, sumergido en sus propios pensamientos, preocupado por algo que tal vez se encontraba a muchas millas de distancias de Auckland, o tan demasiado próximo a nosotros y cotidiano que Kamaka y yo éramos incapaces de percibir a simple vista.

UNA SALUS VICTIS NULLAM SPERARE SALUTEM

Et vidi de mari bestiam ascendentem habentem capita septem, et cornua decem, et super cornua ejus decem diademata, et super capita ejus nomina blasphemiae. (Apocalypsis.13)

Un avión de transporte de la Real Fuerza Aérea de Nueva Zelanda (RNZAF), nos llevó a la Base Aérea 190 Tahití-Faa'tiene «Sergent Julien Allain», del Ejército del Aire Francés. A partir de allí estábamos solos.

Cuando los intereses del MI6 navegan paralelos con los de cualquier otra empresa, es relativamente sencillo hacerse con los medios adecuados para enfrentarla dignamente y el capitán Kamaka Rawir era nuestro as en la manga. Por su mediación pudimos adquirir a buen precio un Apache 41 de catorce metros de eslora en impecable estado. Su propietario, un tahitiano con problemas económicos, dedicado a la exportación de madera, se veía obligado a deshacerse de un barco, que por sus características, era idóneo para nuestros fines. Dedicamos los días siguientes a equiparlo adecuadamente.

Según Kamaka, la principal ventaja de la M85 es su manejabilidad, se monta y desmonta con rapidez, lo que hace prácticamente innecesario mantener una estructura fija de emplazamiento. En nuestro caso, camuflamos el barril de sujeción en la zona de popa, junto con los elementos de recreo; desde allí, en pocos segundos podíamos tener preparada el arma con una operatividad de tiro de 360 grados. En esta parte de la logística, la experiencia militar del capitán fue decisiva. De manera que concluidos los preparativos, la bodega bien aprovisionada y el papeleo en regla, nos hicimos a la mar.

Fue una travesía cómoda, sin contratiempos, con buen tiempo y vientos favorables. Salvo por la presencia de un carguero, que acompañó nuestra singladura un par de horas a varias millas de distancia, no tuvimos más presencia humana en todo el recorrido y no hubo circunstancia alguna que nos pusiera en situación de alerta. En esas inmejorables condiciones por fin pudimos avistar la costa de Rapa Iti.

Cuando amarramos en el muelle de Ahuréi, febrero se despedía indolente, el verano austral comenzaba a dar señales de cansancio y la estela del Tuhaa Pae III, único medio de comunicación de la isla con el mundo exterior, casi podía adivinarse surcando aún la bahía, porque zarpó tan solo unos días antes de nuestra llegada.

No se nos impusieron restricciones durante el tiempo que la administración francesa tardó en validar nuestros documentos, salvo la de acceder a las zonas de interés arqueológico, supuestamente el objetivo que nos había llevado a la isla, de manera que pudimos utilizar esos días en socializar con los nativos, gente cordial, asequible y muy hospitalaria.

La Baie d'Ahuréi, hace siglos que dejó de ser la sofocante caldera de un volcán, para convertirse en acogedora antesala de Rapa Iti; un abrazo que la vieja montaña le da al Pacífico, y este corresponde con el regalo de unas aguas dóciles, remolonas, cristalinas, cuya sola visión causa un efecto balsámico en los sentidos.

Atiu Kaituoe lo sabía bien. El chapoteo de las olas al besar los pilotes del muelle era para él un mantra sanador, que le compensaba los años de duro trabajo en el mar, las cicatrices en sus manos de pescador y muchas ausencias, ya demasiadas, de los que partieron rumbo al oeste, a iniciar una nueva vida en el lejano mundo de los espíritus. Todos lo respetaban y reconocían en él la jerarquía de un *ariki*, el jefe tribal, una dignidad tradicional, que los franceses habían suprimido cien años atrás.

Sentado en una vieja caja de madera, con la espalda apoyada en la pared del galpón que hacía las veces de taberna, almacén y parlamento comunitario, raspaba suavemente con la punta de su navaja un trozo de madera, imitando la precisión de un cirujano, para dar el último retoque al ojo de un pequeño *moái*. Fue su padre quien le enseñó la técnica, cómo era costumbre en la familia desde muchas generaciones atrás. La pequeña talla medía poco más de quince centímetros y guardaba una lejana similitud con las emblemáticas estatuas ceremoniales de la Gran Rapa. Al igual que aquellas, reproducía el busto erguido de un ser antropomorfo, pero allí terminaba todo parecido. Mientras que los rasgos de los *moáis* de la isla de Pascua transmiten una serena nobleza humana, los que tallaba el viejo Atiu tenían rostros monstruosos, licantrópicos, feroces y a diferencia de los pascuenses, plegadas a la espalda, lucían unas inquietantes alas membranosas.

Esas figurillas captaron mi atención y la de Swulzert. Los *moáis* no formaban parte de la herencia cultural de los isleños de Rapa Iti. En las excavaciones arqueológicas de 1956, no se documentaron vestigios de una costumbre ritual similar, ni rastros de algo que pudiera asemejarse a las estatuas monumentales de la Isla de Pascua. Y es que esas tallas nada tenían que ver con los *moáis* pascuenses, porque eran *ŋa matatōa-ŕŕtā*.

—Guardianes de las tumbas reales, guerreros de las tinieblas, seres poderosos venidos desde las estrellas, que Paparua, el dios protector, envió para proteger al pueblo rapan —nos aclaró Atiu ofreciéndonos el que estaba trabajando para que lo examináramos—. Eso es lo que cuentan las tradiciones, pero no hagáis caso de las necedades de este viejo pescador, que solo sabe de leyendas para contar en la cantina, al calor de la estufa y con una jarra en la mano mientras pasa la tormenta —dijo en medio de una carcajada, después de trasegar un buche generoso de cerveza—. A los jóvenes ya no les interesan estas cosas, les resulta más sugerente el «Festival des Iles», que se celebrará en Tahití el mes que viene. Rivalidad entre los equipos, música, diversión. Hay que plegarse a lo evidente, el fútbol tiene mucho más tirón que las fábulas antiguas.

—Pues físicamente me recuerdan a los gules —dijo Swulzert sosteniendo la talla en su mano—, con ese aspecto repulsivo, medio humano y algo perruno.

El rostro de Atiu adquirió una expresión de asco y desagrado, meneó la cabeza negando enérgicamente y escupió en el suelo.—Paru, escoria, basura del infierno. Casi llegaron a extinguirse en esta isla, cuando guardábamos fielmente el culto heredado del pasado y los dioses cuidaban de nosotros. Protegíamos los cuerpos de nuestros muertos, envolviéndolos en lienzos sagrados hasta que se descomponían y solo quedaban los huesos purificados y limpios. Entonces podíamos enterrarlos en el *ahu*, allí donde los espíritus se reencuentran para compartir la eternidad. Esas alimañas no tenían ningún poder frente a los ritos venerables de nuestro pueblo. Luego vinieron los misioneros, católicos y protestantes, con sus nuevas formas de sacralizar la muerte, su liturgia, sus cementerios, y con ellos volvieron los gules.

El sol de mediodía calentaba la brisa, espejeando con reflejos de plata las tranquilas aguas de la bahía. Siguiendo el ejemplo de viejo ariki, cuatro cajas de madera, que llevaban la firma de una multinacional frutícola grabada en los laterales, alineadas contra la blanca pared de la cantina, de cara al mar, nos servían de asiento. Vestíamos al más puro estilo de los turistas: camisetas con el logotipo del ejército neozelandés, pantalones cortos, chanclas, Kamaka y Günter se cubrían la cabeza con sendas gorras de béisbol, mientras que yo, mucho más integrado que ellos en la cultura local, con un sombrero de fibras vegetales. El capitán, que había abandonado su sitio para hacer una incursión en la taberna, volvió provisto de cuatro botellas de cerveza helada y una generosa ración de *poison cru*, que comimos en silencio, arrullados por el chapoteo de las olas, que con timidez rompían en la playa.

El problema del permiso se resolvió pronto y fuimos autorizados a trabajar en los yacimientos arqueológicos, una veintena, entre los oficialmente censados y aquellos que solo merecían la atención de los nativos. Atiu se ofreció como guía.

El terreno abrupto de las crestas volcánicas complicaba mucho el ascenso a las terrazas donde los antiguos habitantes de Rapa Iti instalaron sus asentamientos, refugios y fuertes defensivos. Morongo Uta es el mejor conservado y fue nuestro primer objetivo. Rodeado de pendientes pronunciadas y acantilados, es un fuerte construido mediante terrazas de piedra seca tallada, en forma de pirámide, con una técnica muy similar a la usada por los incas en Machu Pichu, con espacios habitables cuadrangulares de escasa altura, en los que tendrían que caminar agachados o de rodillas; un dato interesante desde un punto de vista antropológico, pero que nada aportaba a nuestra misión.

Exploramos el yacimiento a conciencia, durante un día entero, buscando algo que pudiera indicarnos la existencia de un enterramiento: la entrada a una cripta, una grieta por la que acceder a una cueva, cualquier cosa, un simple pozo nos habría hecho felices. Pero solo encontramos vegetación salvaje, lagartijas y alguna cabra asilvestrada, de las muchas que habitan aquellas cumbres.

Tampoco obtuvimos resultado alguno en la exploración de Tevaitau, el siguiente castro más cercano a Morongo Uta, y lo mismo ocurrió en Ororangi, Pukutaketake, Noogurope, Kapitanga, Ruitara, Vairu o Tanga. Íbamos dando palos de ciego, los días pasaban, la autorización que teníamos para visitar la isla estaba próxima a vencer y no habíamos conseguido absolutamente nada, ni una miserable pista que nos indicase el camino a seguir. Había que tomar una decisión, en apenas una semana deberíamos abandonar la isla y nos quedaba por explorar un buen número de asentamientos. Eran lugares de escaso interés, desde cualquier punto de vista. En tiempos fueron núcleos habitados por los clanes, refugios rocosos, casi siempre cuevas excavadas en los acantilados, que ya habían sido objeto de estudio en la expedición de 1956 sin aportar absolutamente nada reseñable.

No existía motivo alguno para decantarnos por unos u otros; había que jugárselo a una carta, confiar en la suerte, y a pesar de que nuestro guía lo desaconsejó, por la dificultad de acceso y porque en ellos, según la tradición isleña, vivían criaturas con las que no era aconsejable coincidir, decidimos

explorar los acantilados. El tiempo corría en nuestra contra y era improbable que pudiéramos investigar todos los refugios costeros, pero estábamos siendo juguete de un determinismo demoníaco, nuestras acciones despertaban viejos monstruos dormidos y, aunque no éramos conscientes de ello, fuerzas oscuras y poderosas dirigían nuestros pasos. El éxito, y con él la condenación eterna, nos iba a ser concedido. Era el designio de los dioses y, consecuentemente, inevitable.

Atiu se negó a acompañarnos, en esta ocasión fue más fuerte el temor atávico que le inspiraba un posible encuentro con los gules, que la amistosa hospitalidad que nos había dispensado hasta entonces; pero nos orientó hacia Tangarutu, en la bahía de Anarua, por ser el abrigo más evitado por los isleños, pues según la leyenda, guardaba el sueño eterno de Makatea, una princesa blanca que llegó a la isla amazona de las olas.

Yo sabía algo de esa leyenda por trabajos de documentación que hice para alguno de mis proyectos literarios y tenía una sólida base real, porque existe una Gruta de la Princesa en Makatea en Tuamotu, que según la tradición descansa una princesa española muerta en un naufragio y enterrada por los habitantes de la isla en esa gruta que da al mar, posiblemente la hija de un miembro de la expedición de Domingo de Bonechea, que incorporó Tahití a la Corona de España en 1772. Pero esa era otra isla y otra cueva.

En cualquier caso, la superstición pudo más en nuestro amigo, lo que no impidió que nos facilitase medio de transporte: una pequeña lancha semirrígida, con motor, que podía varar en las playas, pues la mayoría de los refugios solo eran accesibles por mar.

No contábamos con margen de error, ni criterio para organizar un plan de trabajo razonado; en nuestra situación, decidir el siguiente movimiento echando una moneda al aire, quizás habría sido lo más sensato. Tangarutu y su leyenda tribal parecían una opción, al menos atractiva y esa fue el único motivo que nos inclinó a realizar allí el que podía ser nuestro último intento.

El acceso a la bahía de Anarua desde el interior de la isla es un profundo acantilado prácticamente insalvable, de manera que para llegar a Tangarutu es más que aconsejable hacerlo por la costa, aunque la distancia a recorrer sea mucho mayor. El día amaneció perezoso. El mar, en calma, parecía un espejo sobre el que nuestra lancha planeaba en vuelo rasante, una ligera bruma sobrenadaba la superficie del agua y el sol no acababa de intimidar a las nubes.

Una accidentada playa de roca y guijarros hacía de antesala a la cueva, que es enorme, no menos de ciento treinta pies de anchura y el doble de profundidad. A simple vista había evidencias de la mano del hombre: restos de hornos renegridos por el hollín, nichos excavados en la roca, espacios delimitados por paramentos de piedra. Aquel refugio había servido de asentamiento permanente de personas durante mucho tiempo. Pasamos la mañana explorándolo a conciencia sin resultado alguno; como había ocurrido en anteriores ocasiones, nos enfrentábamos a un nuevo y desalentador fracaso de paredes compactas, suelos de roca y ninguna señal que hiciera alentar la esperanza de encontrar cámaras ocultas, criptas subterráneas o el lejano vestigio de un rito funerario.

Abatidos por el pesimismo, Kamaka y yo salimos de la cueva. Las nubes habían ganado la batalla, el mar comenzaba a espumarse en cabrillas y el cielo encapotado dejaba poco margen a la tranquilidad. Swulzert permaneció dentro del refugio, inspeccionando cada piedra, cada rincón, golpeando las paredes, con el afán de encontrar un fallo de consistencia en alguna parte. Parecía poseído por la imperiosa necesidad de salir de allí con respuestas, como si en ello le fuera la vida.

—El tiempo está cambiando —dijo el maorí—, sería prudente volver a puerto antes de que llegue la tormenta, si el oleaje se hace más fuerte se hará difícil controlar la lancha. Saquemos al profesor de la cueva, podemos volver mañana, si el tiempo acompaña, aunque no creo que sirva de mucho.

Tenía sentido. Hasta el muelle de Hauréi, con buena mar, tardaríamos en llegar poco más de media hora, pero si las condiciones meteorológicas empeoraban, algo más que probable dadas las circunstancias, podíamos vernos en serios aprietos. Lo complicado iba a ser rescatar al alemán del estado paranoico en que había entrado. Cogí un guijarro de la playa y lo lancé al mar; Kanaca abandonó el asiento de roca en el que había estado todo este tiempo y, sacudiéndose los restos de arena del pantalón, enfiló hacia la cueva. Yo lo seguí con cierta desgana, agachándome cada poco a coger nuevas piedrecitas con las que ofender al océano. De pronto la tierra tembló. Trastabillamos a punto de caer, mientras una colada de piedra y rocas se precipitaba hacia nosotros desde el acantilado. Tuvimos que huir hacia la playa poniéndonos fuera de su alcance. El seísmo duró pocos segundos y fue de escasa magnitud, pero la naturaleza del sitio donde estábamos, nos produjo una mayor sensación de peligro.

Swulzert permanecía dentro de la cueva y su silencio nos alarmó, temimos que hubiera sufrido algún percance, por lo que nos dimos prisa en volver a entrar, mientras voceábamos su nombre esperando respuesta. Pero solo recibimos silencio y el eco de nuestros gritos. Nos lanzamos a buscarlo, convencidos de que algo malo le había sucedido, porque también allí se podían apreciar desprendimientos de rocas recientes y cualquiera de aquellos pedruscos podía haber herido gravemente a nuestro amigo. Sin embargo, esa preocupación resultó innecesaria; al cabo de unos segundos escuchamos su voz, lejana, llamándonos desde algún punto del refugio.

—¡Llywelyn, Kamaka, aquí, rápido! —gritaba exultante—, tienen que ver esto.

Guiándonos por su voz, llegamos a un espacio donde la cueva formaba una especie de alcoba natural. Allí el suelo había cedido en parte y el doctor nos miraba, entusiasmado, desde el fondo de un pequeño foso, que no llegaba a los dos metros de profundidad; la causa de esa euforia estaba en otra abertura abovedada, de evidente manufactura humana, que había quedado igualmente al descubierto y desde la que partían unos escalones, tallados en la misma roca, que descendían hacia un destino desconocido, pero al que, no hizo falta llegar a un acuerdo para ello, íbamos a acceder, sin pararnos a considerar cualquier otra opción. Bajamos al agujero, aprestamos las linternas, Kamaka comprobó el estado de su Ceska Zbrojovka (CZ-75), era el único de los tres que portaba un arma, y precedidos por Swulzert, que no podía disimular su impaciencia, comenzamos el descenso.

A pesar de que el arco de entrada era estrecho y bajo, inmediatamente la escalera se ensanchaba, los escalones estaban perfectamente tallados y recubiertos con finas losas de piedra negra pulida parecidas al mármol, al igual que las paredes, en las que regularmente habían sido excavadas hornacinas, finamente labradas, que alojaban amenazadoras figuras de $\eta\alpha$ matatōa-Ŧītā, de gran tamaño. Era el escenario que llevábamos intuyendo desde Fécamp, cuando desciframos parte del mensaje que Pickman había dejado en sus pinturas, y ahora se abría esperanzador ante nosotros.

El descenso fue corto, cómodo y terminó en una sala amplia, igualmente forrada con el mismo material pétreo que la escalera. La bóveda, de roca pulida, se alzaba unos tres metros por encima de nuestras cabezas y la habían decorado con abundantes petroglifos cuyo significado no podíamos alcanzar. En el centro, cuatro estatuas enormes de basalto verdoso, representando a otros tantos guerreros alados, custodiaban un sarcófago de considerables

dimensiones. No sabría decir el tiempo que permanecimos inmóviles, en silencio, petrificados como aquellas estatuas terroríficas, incapaces de reaccionar ante la contundente evidencia de que la profecía de Pickman se estaba cumpliendo ante nuestros propios ojos.

Fue Günter el primero en salir de aquel estado. Enfocó su linterna hacia la tumba, que estaba sellada con un sólido bloque de piedra lisa. Acariciándola con mimo, buscaba, en vano, alguna zona donde la tenacidad del tiempo no la hubiera lacrado al sepulcro, pero lápida y sarcófago eran un solo bloque. Romper esa sociedad iba a resultar una tarea difícil. Por otra parte, del exterior nos llegaban sonidos de tormenta nada tranquilizadores, así que decidimos salir a evaluar la situación. Las rachas de viento eran fuertes; el mar se movía con olas de marejada y el cielo estaba totalmente cubierto por densos nubarrones, que comenzaban a descargar su flete de agua. Entre los tres pusimos a salvo la lancha dentro de la cueva; era evidente que íbamos a pasar allí las próximas horas, al menos hasta que pasase la borrasca; teníamos agua, algunas provisiones, galletas saladas principalmente, y chubasqueros para protegernos del frío y la humedad. La coyuntura no era ni mucho menos desesperada.

Habíamos conseguido limpiar casi todo el perímetro alrededor de la losa, de forma que la unión con el sarcófago era visible; la azuelas de nuestros piolets ya se introducían entre ambas superficies y descubrir lo que ocultaba la tumba era solo cuestión de tiempo y algo más de esfuerzo. Estábamos cansados; la jornada había sido larga, trabajosa y emocionalmente agotadora, teníamos que descansar. Sin darnos cuenta, el día se había hecho viejo y aunque no teníamos madera seca para encender un fuego que nos hiciera la noche más confortable, tampoco hacía demasiado frío y estábamos bien equipados contra la humedad.

—Deberíamos comer algo y dormir un poco —propuso Kamaka—, mañana nos espera un trabajo difícil, además, si no mejora el tiempo tendremos que salir de aquí a través de la montaña y para eso habrá que trepar como mandriles si queremos salvar el acantilado.

—Eso sin contar con la Ahnenerbe. Sigue siendo una amenaza, a mi modo de ver —quise introducir ese punto en la conversación—, y desde que llegamos a Rapa hemos bajado la guardia completamente con respecto a ese problema.

Ese asunto me tenía preocupado desde hacía tiempo y aquel me pareció buen momento para llamar la atención de los otros dos. No podía olvidar el asalto

que sufrimos en Normandía y que sin la intervención del maorí, probablemente aquellos asesinos habrían acabado con nosotros aquella misma noche, en el muelle de Fécamp y a las puertas del Templo de la Flor de Lis.

—Tiene razón, escritor —admitió Kamaka—, no debemos descuidar ese flanco, aunque mientras estemos en la isla no creo que intenten un ataque, esperarán a hacerlo en un sitio más discreto y siempre que hayamos conseguido dar con el corazón del rey, que es un objetivo común.

—Estoy de acuerdo con el capitán —corroboró Swulzert—, tienen ojos y oídos en todas partes, nos seguirán vigilando, pero mientras estemos buscando lo que persiguen no utilizarán la fuerza contra nosotros. Sin embargo, no solo la Ahnenerbe es una amenaza, también hemos de cuidarnos de los *ŋa matatōa-ŕitāŋa*, si hemos de creer el relato de Atiu, son guardianes de las tumbas notables y esta sin duda lo es. En mi larga experiencia he visto lo suficiente como para no tomar a la ligera las tradiciones y leyendas locales, de una manera u otra es algo a tener en cuenta, sin olvidar la más que segura presencia en estas cuevas de gules carroñeros, cuyo comportamiento es siempre imprevisible.

Las reflexiones del alemán tuvieron el efecto de provocar un incómodo y prolongado silencio, que rompió el pragmatismo militar del capitán Kamaka Rawis.

—Razón de más para que procuremos descansar, pero con un ojo abierto, aunque no pienso que esta noche corramos peligro. Duerman ustedes, yo estoy más acostumbrado a la vigilia. A primera hora de la mañana volveremos abajo, hay que terminar la tarea que hemos iniciado, nuestro permiso de estancia termina en veinticuatro horas y si no encontramos nada en esa tumba tendremos que irnos de la isla con las manos vacías.

Fuera de la cueva arreciaba el temporal. Comimos algunas galletas, que hicimos pasar con buches de agua. Luego, Günter se hizo un ovillo en el suelo y al poco tiempo el ritmo de su respiración indicaba que se había dormido. Pero en mi caso, los nervios por las emociones vividas durante el día, el bramido de las olas rompiendo contra las rocas del acantilado y el rugido de la tormenta mantuvieron mi vigilia durante un buen rato, hasta que en algún momento de la noche, vencido por el cansancio, me alcanzó el sueño. Cuando me despertó el maorí, la pálida luz del amanecer ponía reflejos violáceos en las paredes de la

cueva; el mar estaba en calma y hasta nosotros llegó el quejido de una fardela de alas negras en plena caza.

Y LA LUZ BRILLA EN LA OSCURIDAD.

Prevalecía en la cripta el olor a tierra mojada que había dejado la tormenta, algo difícilmente justificable en un espacio que suponíamos aislado del mundo exterior. La evidencia de que la cámara no estaba tan herméticamente sellada como pensábamos nos produjo una incómoda sensación de incertidumbre. Utilizando el corte de nuestros piolets a modo de cuña, conseguimos desprender la losa de piedra pulida que cerraba el sarcófago. Era terriblemente pesada y moverla fue laborioso, no queríamos que se rompiera ni causar al mausoleo daño alguno, cuando nos fuéramos de allí todo debería quedar exactamente igual a como lo encontramos. El momento más decisivo de la búsqueda había llegado. La ansiedad se reflejaba en nuestros rostros, producto del dualismo emocional que enfrentaba a la esperanza de encontrar respuestas al mensaje de Pickman, contra el miedo a la frustración que supondría un nuevo fracaso.

La piedra cedió, pudimos por fin desplazarla y con extremo cuidado la bajamos hasta el suelo, apoyándola en un lateral del sepulcro. Dentro, amortajado en un sudario de telarañas, y una tela similar al lino, a la usanza del ritual rapa, como nos lo había revelado el viejo Atiu, yacían los restos de alguien importante, un rey, sacerdote o un gran príncipe, a juzgar por su opulento ajuar funerario. El cadáver descansaba sobre un lecho de pulseras, diademas y amuletos presumiblemente de gran valor, incrustados de perlas y todo tipo de pedrería; las hermosas joyas rodeaban el cuerpo por completo, sin embargo, este aparecía libre de ornamentos, salvo por un pectoral de oro engastado de gemas espléndidas, lapislázuli y cristal coloreado, cuya delicadeza y brillantez la pátina del tiempo no había conseguido nublar.

El motivo principal de la pieza era un espectacular escarabajo alado, que sostenía la barca conducida por el Sol con sus patas delanteras y la punta de sus alas, sobre ella navegaba el protector Ojo de Horus. Por encima de este, una luna creciente hecha de oro y el disco solar elaborado en plata, con las imágenes en menor tamaño de los dioses Thot y Ra-Hora, coronando al faraón en el centro. Con sus patas inferiores apresaba una flor de papiro y tres de loto; dos cobras cerraban los flancos de la joya y el conjunto se remataba mediante colgantes representando más flores de loto, de papiro y semillas de amapola.

—Tendremos que mover la momia para buscar el corazón de oro entre todas estas joyas —Kamaka parecía desalentado—, y se están agotando las baterías, calculo que nos quedan unos pocos minutos de luz.

El capitán tenía razón. El haz de luz de nuestras linternas era escaso y cada vez más mortecino. La tarea de remover aquel tesoro en busca del corazón del rey parecía poco menos que imposible y hallarlo un verdadero milagro. No podíamos recurrir a la opción de volver más tarde a la cripta debidamente pertrechados; a nuestro permiso le quedaban unas pocas horas de vigencia y pronto deberíamos abandonar la isla. Ciertamente que siempre teníamos el recurso de burlar la vigilancia de los franceses y actuar de forma clandestina, pero sería una maniobra a la desesperada y poco recomendable, que de ser posible deberíamos evitar. Definitivamente, la tarea de inventariar aquel tesoro se antojaba colosal, nos llevaría días y difícilmente iba a pasar desapercibida a las autoridades locales, eso sin contar con que estábamos profanando una tumba sagrada, protegida por la magia y las tradiciones de una cultura ancestral y eso suele traer consecuencias desagradables.

—No hablarás contra el corazón durante el juicio de Osiris.

La voz del profesor Swulzter rompió el silencio. Kamaka y yo le prestamos atención intuyendo que había descubierto algo, que a nosotros se nos ocultaba.

»Sus siervos vigilan el Corazón del Rey Niño, cuya alma está condenada a vagar, como la de un paria, las áridas estepas del inframundo, sin esperanza alguna de traspasar los umbrales del salón de Maat para rendir cuentas ante los cuarenta y dos, fielato y antesala del Sekhet-Aaru. Porque cuando llegue el día de *يحكم على*, las estrellas se apaguen, hiervan los océanos en un piélago de lava y los hijos de los hombres alcen sus brazos al cielo implorando la piedad de los dioses, aquel que No Puede Ser Nombrado palpitará en el corazón del rey imponiendo su voluntad sobre la muerte. Entonces se revelará como cierto el oráculo del poeta:

Y vino del interior de Egipto. El extraño Oscuro ante el que se inclinaban los fellás; silencioso, descarnado, enigmáticamente altivo, envuelto en sedas rojas como las llamas del sol poniente.

A su alrededor se congregaban las masas, ansiosas de sus órdenes, pero al retirarse no podían repetir lo que habían oído; mientras la pavorosa noticia corría entre las naciones: las bestias salvajes seguían lamiéndole las manos.

Pronto comenzó en el mar un nacimiento pernicioso; tierras olvidadas con agujas de oro cubiertas de algas; se abrió el suelo y auroras furiosas se abatieron sobre las estremecidas ciudadelas de los hombres.

Entonces, aplastando lo que había moldeado por juego, el Caos idiota barrió el polvo de la Tierra.

A la ya pálida luz de su linterna, leía directamente de una pequeña libreta de anotaciones que siempre llevaba consigo.

«Es la primera parte de la profecía —aclaró—, la que alcanzamos a desvelar en su casa de Plymouth, herr Llywelyn, antes de acudir a la llamada de Pickman en Normandía y descifrar el mensaje escrito en lengua rongo-rongo que ocultaba su pintura: «El rey, en su tumba de piedra bajo la montaña, custodia el corazón del Niño, mientras espera el regreso del dios rojo, esto es, el del fuego y la ira. Cthulhu» —volvió a repasar sus notas

— Si no estoy equivocado, estamos ante el corazón de oro del rey niño — concluyó dirigiendo el foco de su linterna al pectoral que reposaba sobre la momia—, el escarabeo de Tutankamon, el salvoconducto protector ante Osiris que le ayudaría a superar el juicio de Maat, asegurando su acceso al Sekhet-Aaru, a la vida eterna.

Se había hecho con la joya y nos la mostraba eufórico, vehemente, poseído por un entusiasmo, que por segundos se iba volviendo contagioso. Yo conocía aquella reliquia maravillosa. En 1973 la había estudiado a conciencia, mientras me documentaba para escribir: *The Curse of King Tut*, incluso, gracias al permiso especial que por intercesión de la embajada británica logré del Museo Egipcio de El Cairo, tuve el privilegio de sujetarla en mis manos, admirar su belleza, su delicada factura y comprobar cómo los orfebres del faraón, hace más de tres mil años, ya dominaban la técnica del *cloisonné* con la que está trabajada. Pero si estaba bajo la custodia de las autoridades egipcias, y de eso yo mismo daba buena fe, ¿cómo podía ser este el auténtico escarabeo del Rey Tut? Nos encontrábamos en una cripta que con toda probabilidad fue excavada en la roca hace unos mil años, cuando la tumba KV62 aún permanecía oculta en el Valle de los Reyes.

—Una buena reflexión, mi querido amigo —respondió cuando formulé mis aprensiones en voz alta—; está usted en lo cierto, alguna de las dos piezas es solo una copia. Pero Pickman estaba en contacto con fuerzas poderosas, sin duda las mismas que terminaron destruyéndolo. Tenía acceso a conocimientos ocultos, arcanos inabarcables para cualquier otro mortal, y nos ha traído hasta aquí con un propósito que debemos descubrir. Caballeros, yo apuesto por esta opción y propongo que demos por terminada nuestra estancia en Rapa.

—Creo que el profesor tiene razón, nuestro trabajo aquí ha terminado. Habrá que dar por buena su teoría y descubrir cuál es el siguiente paso, ya hemos tentado a la suerte demasiado tiempo —dijo Kamaka dirigiendo una mirada de recelo al entorno a la vez que empuñaba la pistola—, detecto que algo vivo se mueve cerca de nosotros y tal vez no resulte saludable quedarse a averiguar sus intenciones.

—Ya es tarde, capitán, nos han rodeado —fue la respuesta del alemán.

En efecto, la débil luz de nuestras linternas todavía era suficiente para mostrarnos al pequeño ejército de engendros demoníacos, congregado a nuestro alrededor. No serían menos de cincuenta. Se mantenían medio erguidos sobre sus extremidades inferiores; de aspecto humanoide, parecían relacionados genéticamente con las personas, pero los pies y las manos desproporcionadamente largos en relación con el cuerpo, que terminaban en afiladas zarpas animales y los rasgos perrunos de sus caras, hacían dudar de que en algún tiempo hubiera sido posible el parentesco. Permanecían quietos, inmóviles como si estuvieran calibrando cuál era el mejor momento de atacar. Kamaka nos hizo poner espalda contra espalda, de manera que tuviéramos cubiertas todas las direcciones desde las que pudiera venir el asalto definitivo. Nuestra situación era desesperada, el enemigo demasiado numeroso y solo contábamos con el arma del maorí, insuficiente para enfrentar aquella manada de seres aberrantes. Retrocedimos lentamente hasta el sepulcro, buscando la ilusión de una mejor defensa en el frío contacto de la piedra.

Los monstruos comenzaron a dar muestras de excitación. Abandonando la actitud pasiva mostrada hasta entonces, algunos ululaban de forma siniestra, balanceando el cuerpo de un alado a otro, como en un extraño ritual precursor del combate. El numeroso grupo que bloqueaba el acceso a la escalera comenzó a moverse a los lados, abriendo un corredor por el que apareció quien daba la impresión de ser su líder: un repulsivo espantajo mucho más corpulento que los demás, cubierto de un limo verde, que tachonaba de costras secas todo su cuerpo; sus ojos despedían un brillo de fuego amenazador y una baba densa le espumaba las fauces, haciendo todavía más ofensivo su aspecto. Se adelantó unos pasos de forma que toda su tropa pudiera verle y alzando las garras profirió un alarido espeluznante, al que el resto de la tropa respondió bramando enloquecida, a la vez que comenzaban a avanzar hacia nosotros.

—No se separen, manténgase firmes —dijo Kamaka apuntando su arma directamente a la cabeza del monstruoso general—, si conseguimos matar a su

jefe, quizás cunda en ellos el desconcierto durante un breve espacio de tiempo y eso nos permita alcanzar la salida; solo nos queda esa mínima posibilidad de huida.

Tras decir esto, el estruendo del disparo retumbó en la bóveda de la cripta y el monstruo salió catapultado hacia atrás con la cabeza destrozada. Se hizo un silencio sobrecogedor; el avance se detuvo por un instante, pero las filas de gules permanecieron cerradas, sin fisuras, haciendo imposible cualquier vía de escape. La linterna de Swulzert, que todavía guardaba un rescoldo de vida, parpadeó unas pocas veces y se apagó definitivamente. Quedamos sumidos en una oscuridad impenetrable, que se podía palpar. Un sordo ronquido de respiraciones sofocadas, el ruido de las pezuñas arañando la tierra y el hedor a carne putrefacta hacían patente su fétida presencia, pero nada se mostraba visible en aquella negrura. Ninguno de los tres teníamos esperanza de poder resistir el asalto definitivo. Entonces sucedió el milagro.

Miles, tal vez cientos de miles de diminutas fosforescencias azuladas, comenzaron a brillar suspendidas sobre nuestras cabezas, cubriendo toda la bóveda de la cueva como un fantástico universo estrellado. Se retiraron las tinieblas y la luz nos mostró un espectáculo más aterrador, si cabe, que el vislumbrado anteriormente, bajo el haz mortecino de nuestras linternas: el ejército fantasmal que nos rodeaba era mucho más numeroso y abominable de lo que habíamos podido percibir hasta entonces. Estaban por todas partes, apretados en un bloque compacto, en el que no quedaba resquicio por cubrir y su visión helaba la sangre. Sin embargo, por alguna extraña razón, permanecían quietos, enmudecidos, temerosos, mirando inquietos en todas direcciones, como si una amenaza que se ocultaba a nuestra vista los mantuviera expectantes. Durante unos pocos segundos, que a nosotros nos parecieron una eternidad, nadie realizó movimiento alguno, reinaba un silencio abrumador que se podía cortar y el corazón me latía en las sienes con la violencia que provoca el miedo. Algo estaba ocurriendo en la zona más cercana a la salida de la cueva y los gules que ocupaban aquel espacio comenzaron a empujarse unos a otros, reculando hacia el interior de la gruta, amedrentados, con el espanto reflejado en los ojos desmesuradamente abiertos. En su huida, muchos de ellos se acercaron demasiado a nosotros, hasta el punto de que el maorí tuvo que abatir a un par de ellos con certeros golpes de piolet. Sin embargo, ninguno hizo amago de atacarnos; claramente, la amenaza que les acechaba en la escalinata era de tal magnitud que los tenía paralizados.

Todo sucedió de repente. Un imponente ser alado se irguió, majestuoso, a la entrada del sepulcro. Tenía un aspecto feroz. De apariencia humana, se sustentaba sobre dos nervudas piernas y calzaba sus pies con unas sandalias sujetas a las poderosas pantorrillas mediante tiras de cuero, que se cruzaban al estilo romano; el pecho y los brazos mostraban una musculatura igualmente vigorosa, apretaba con su mano derecha la empuñadura de una espada larga, amenazadora, mortífera, y su rostro, semejante al de un lobo, se abría en una siniestra sonrisa de afilados colmillos. La evidencia de que estábamos ante un *ŋa matatōa-ŋŋtā*, el guardián de tumbas de la mitología rapa, era palmaria, lo que abría nuevos interrogantes sobre nuestro destino inmediato. Una algarabía de gritos y gemidos surgió de entre los gules, que se apretaron todavía más, ahora sí definitivamente aterrados, al fondo de la cueva; en su huida se golpeaban mutuamente, tratando de protegerse tras la muralla de cuerpos hacinados, lo que provocaba una avalancha mortal, que a buen seguro se había cobrado ya no pocas víctimas. El formidable guerrero, ajeno a cuanto ocurría a su alrededor, dio unos pasos dentro de la cripta y tras él aparecieron dos más, igualmente sobrecogedores. Con gesto grave, sin dejar de mirarnos, se hicieron a un lado, cediendo, libre, el acceso a la escalera, en lo que parecía una invitación a que abandonásemos aquel terrible escenario. Como siempre, fue Kamaka quien tomó la iniciativa y con paso firme enfiló hacia la salida. Cruzó la barrera de los guardianes sin ningún tropiezo y tras él fuimos Swulzert, que llevaba en las manos el escarabeo del Rey Niño, y yo. El capitán, nos esperaba en la escalera y ya los tres juntos, todavía urgidos por la desconfianza y el miedo, alcanzamos la salida en menos tiempo que se tarda en contarlo. Sin demorarnos un segundo más del estrictamente necesario, llevamos la lancha al agua. El océano estaba tranquilo, plano como un espejo. Un estruendo procedente de la gruta, como si parte de ella se hubiera derrumbado, nos despidió, pusimos los motores a su máxima potencia y menos de media hora después, estábamos amarrando en el muelle de Ahuréi.

Que los guardianes de la tumba nos hubieran permitido apoderarnos de la joya significaba, según Atiu, que teníamos la aprobación de Make-Make, el creador de todo cuanto existe. La presencia de sus temibles guerreros, que nos salvó de una muerte cierta, no hacía más que corroborar su tesis y por esa sencilla razón, el que tuviéramos en nuestro poder el escarabeo era una información que iba a seguir oculta a las autoridades francesas, que sin duda se habrían opuesto a que saliera de su jurisdicción.

—Una buena cacería de gules —escupió en el suelo para manifestar la repugnancia que le producían aquellos seres despreciables—. La cripta habrá quedado cerrada por el nuevo derrumbe que escuchasteis al partir. En unos días iré al lugar con algunos hombres de confianza, para asegurarnos de que no hayan quedado evidencias de vuestro paso por allí. Ahora debéis partir, la misión aún no ha terminado, os quedan demasiadas incógnitas por resolver.

El océano se desperezaba chapoteando moroso en las pilastras del muelle. Atiunos ayudó a cargar en el barco las últimas provisiones. Ya nos habíamos presentado a las autoridades francesas para formalizar nuestra partida y aunque fuimos invitados a permanecer en la isla unos días más, en calidad de huéspedes, declinamos la oferta aduciendo compromisos que no podíamos eludir. Volver a Inglaterra era nuestra prioridad, puesto que aún estaba por descifrar el enigma que rodeaba al escarabeo y no podíamos olvidarnos del peligro constante que suponía la Ahnenerbe. Sin lugar a dudas, ahora, más que nunca, debíamos estar en su punto de mira y esa espada de Damocles pendía inmisericorde sobre nuestras cabezas.

Corría una ligera brisa cálida. Nubes sutiles ponían jirones de algodón en el cielo primerizo y el mar, todavía somnoliento, se dejaba ensillar dócilmente, acunando el barco con un desgano bamboleo. Günter ajustó fuertemente la lona que protegía la M85; a pesar de que durante la estancia en la isla no habíamos sido importunados por la secta nazi, seguíamos sintiendo vívidamente su presencia. El capitán Rawir, en el puente, ajustaba los instrumentos de navegación y yo, casi relegado a la categoría de grumete, iba acomodando equipajes en los camarotes. Largamos velas cuando el sol aún no había tomado demasiada altura por el este y enseguida dejamos atrás la bocana de Ahurói. Tuvimos casi dos días de buena mar y una travesía sin contratiempos hasta Tahití. Poco antes de llegar, el maorí contactó por radio con la Base del Ejército Francés y en el puerto nos esperaba un vehículo militar que nos llevó de vuelta a las instalaciones militares, donde pudimos alojarnos y descansar, mientras esperábamos al avión de las NZSAS, que cuarenta y ocho horas más tarde nos llevó de vuelta a Auckland.

El hallazgo del escarabeo confirmaba la conexión entre Cthulhu y Tutankamon, una hipótesis sobre la que trabajábamos casi desde el principio. Estaba claro que los dos lo necesitaban: el faraón para alcanzar la vida eterna y el Innombrable para retornar de entre los muertos y acabar con la humanidad; pero seguíamos estancados en lo concerniente al papel que debía jugar en esa

sociedad y cómo, cuando y dónde debería manifestarse su poder; era necesario descifrar por completo el acertijo, examinar de nuevo todas las piezas, entender cómo encajaban las nuevas y averiguar, visto en una perspectiva de conjunto, que aportaban a nuestra búsqueda.

El grueso de la documentación que manejábamos lo constituía el legado de Thaamir-el-Kaber, que las autoridades egipcias me traspasaron a su muerte. Parecía razonable que volviéramos a Plymouth a bucear de nuevo en aquel mar de acertijos incongruentes hasta dar con el nuevo hilo de Ariadna que nos permitiera desandar el laberinto. Además, por qué no decirlo, mi espíritu aventurero estaba pidiendo una tregua; habían sido demasiadas las emociones vividas en el corto espacio de unos pocos meses y echaba de menos la confortable seguridad de mi casa, el crepitar de los leños en la chimenea y las albóndigas de la señora Harrison, de manera que se lo hice notar a mis dos compañeros.

—Los papeles de Thaamir-el-Kaber ya nos han dado todo lo que tienen —se opuso Kamaka a mi propuesta—; esa vaca ya no va a darnos más leche, doctor. La línea a seguir nos la marcó la obra de Richard Pickman y nos ha traído hasta aquí, pero seguir mirando hacia atrás no tiene sentido. Tenemos que encontrar caminos nuevos, Aaron; no me pregunte dónde ni cómo, pero tiene que haber alguna fuente que se nos escapa.

Aquella puerta se me estaba cerrando. Busqué posibilidades de alianza en el alemán, pero su lenguaje gestual indicaba claramente que estaba de acuerdo con el capitán.

—No encontraremos nada nuevo en esos papeles, herr Llywelyn, si acaso más confusión e incertidumbre; creo que el capitán Rawir tiene razón. Sin embargo, supongo que el pasado todavía guarda secretos. Thaamir reunió en esos legajos un conocimiento notable acerca del problema que nos preocupa y en ello hemos centrado nuestro trabajo, pero no hemos tenido en cuenta la fuente de donde salió toda esa información: el doctor Julius Müller.

—Pero el doctor Müller lleva muerto más de doce años, Günter —objetó Kamaka—, todos sus trabajos se habrán perdido, ni siquiera sabemos si tenía familia, amigos, alguien que se hiciera cargo de su legado.

Swulzert hizo un gesto con las manos pidiendo calma.

—Recuerde que colaboré con él en algunos trabajos relacionados con las culturas mesopotámicas. Por lo que sé, no tenía amigos, no al menos de esos a

los que mencionas en tu testamento; sí que había un familiar lejano, una tía abuela, por parte de su madre, que vivía en Turingia, creo, con la que no mantenía casi relación. Además, la lógica hace suponer que esa señora también habrá muerto ya.

—Lo que nos lleva, querido doctor, a una vía igualmente muerta, como todo en esta historia —ironizó Kamaka—. Dudo que por ahí lleguemos a ninguna parte.

—¡Ah, el ímpetu del guerrero! Cuantas batallas se han perdido por culpa de la ansiedad. Müller gozaba de prestigio en el mundo académico, mucho más en el ámbito de la universidad; estoy convencido de que la de Berlín habrá conservado hasta la más pequeña anotación suya, aunque estuviera hecha en una servilleta de papel. Es un espacio que deberíamos explorar, esa es mi opinión.

Si abrigaba alguna expectativa puesta en buscar refugio para mis nervios maltratados contemplando el océano desde los muelles de Sutton Harbour, la propuesta de Swulzert amenazaba con echarla por tierra. Mi última esperanza estaba puesta en el capitán Rawir, que parecía estar dudando sobre lo oportuno de la oferta del alemán.

—Posiblemente, esté en lo cierto, herr doctor, pero aunque sea como dice, no creo que la universidad de Berlín se avenga a darnos acceso a esa documentación, si es que todavía existe, aún más si tenemos que desvelar para ello los motivos de nuestro interés y por qué caminos hemos llegado hasta aquí.

—No es necesario que mostremos nuestro verdadero objetivo, capitán —se opuso Swulzert—, ni deberemos resucitar la Ahnenerbe, que todo el mundo supone desaparecida, o revelar que la base de nuestra investigación se sustenta en un papiro extraordinario; viejos manuscritos de origen francmasón; leyendas paganas extraídas de libros heréticos y en la obra de un pintor maldito desaparecido misteriosamente hace medio siglo; nada de eso va a ser necesario.

La posibilidad de volver a Plymouth se alejaba con cada palabra de Günter. Un interrogante en los ojos de Kamaka significaba que había conseguido captar su atención y eso, teniendo en cuenta la facilidad con que el maorí se apuntaba a las situaciones complicadas, me dejaba en minoría.

»Le recuerdo, que compartía especialidad con el doctor Müller, incluso trabajamos juntos en algunos proyectos, incluido el de Al Ghoreifa —siguió

argumentando Swulzert—, por lo que la universidad no encontrará extraño que quiera consultar sus archivos. En cuanto a ustedes dos, la presencia de Aaron se sigue justificando por su oficio de escritor y estar documentándose para un nuevo trabajo; no tanto la suya, mi querido amigo, pero podremos encontrar la manera de mantenerlo dentro del grupo —bromeó con evidente regocijo.

Kamaka hizo como que no había escuchado esa última parte. Guardó silencio durante unos segundos sopesando la propuesta; luego asintió con la cabeza y sin más preámbulos, dando por descontado que el siguiente paso a dar coincidía con el planteamiento de Swulzert, hizo un esquema rápido de la logística a seguir.

—Diariamente, hay vuelos regulares entre Auckland y Berlín, por esa parte no vamos a tener problemas. Tampoco debemos que preocuparnos por la ropa, en esta época del año la temperatura es similar en ambas ciudades. De manera, que todo lo necesario está en Alemania. Hay que preparar el equipaje, caballeros —derrochaba entusiasmo en la misma medida que yo me esforzaba por ocultar mi decepción.

La primavera berlinesa había alcanzado la mayoría de edad cuando nuestro avión, un McDonnell Douglas DC-10 de Air New Zealand, tomó tierra en el aeropuerto de Berlín-Tegel. Sin embargo, el día, que estaba comenzando a dar los primeros pasos, nos recibió sombrío, plomizo y con una molesta lluvia que ponía brillos de charol en el asfalto.

Swulzert reservó habitaciones en un pequeño hotel familiar cercano al campus, donde solía alojarse durante sus estancias en la capital alemana. Todo estaba muy limpio y ordenado, las habitaciones eran suficientemente cómodas y la zona residencial tranquila, agradable; con casitas de dos plantas armoniosamente dispuestas a ambos lados de la calle, abundantes jardines, y escaso tráfico de vehículos. Llevábamos más de veinticuatro horas viajando; estábamos agotados y nada era más tentador en ese momento, que una buena ducha, la suave caricia de unas sábanas frescas y abandonarnos al amigable abrazo de un sueño reconfortante. Todo lo demás podía esperar.

El rector Waldner nos recibió al día siguiente de nuestra llegada, en su despacho de la Universidad Humboldt. Era un hombre fornido, casi tanto como nuestro capitán, de unos sesenta años, pelo abundante, tanto en barba como cabeza, rubio, entreverado de canas, de mirada amable, lo mismo que sus formas.

—Al morir Julius Müller en 1962, la práctica totalidad de sus trabajos, los archivos, se encontraban en su casa de Reinickendorf —el agradable aroma del café que iba vertiendo Waldner en nuestras tazas mientras hablaba, era un complemento perfecto a su hospitalidad—. Al no tener familia conocida, la universidad no podía hacerse cargo de todo ese material hasta que se cumplieran los plazos legales sin que nadie lo reclamara.

Estábamos sentados alrededor de una mesa de reuniones, sobre la que alguien había preparado un sustancioso refrigerio: *brötchen* de centeno, queso, mantequilla y una gran variedad de mermeladas, dispuestas en pequeños envases de plástico. Pese a que ya habíamos desayunado en el hotel, el capitán Rawir, secundado por Waldner, hizo buen aprecio de los panecillos y el queso; Günter y yo nos conformamos con sendas tazas de café.

»Lo cierto es que no tuvimos posibilidad de acceder a todo aquel material — continuó nuestro anfitrión—; desgraciadamente, un incendio destruyó la casa de herr Müller por completo y con ella desapareció su legado, lo que constituyó una pérdida difícil de reemplazar, tanto para el mundo científico, como para nuestra universidad. Sin lugar a dudas gozaba de gran prestigio por sus avances en el estudio de las primeras civilizaciones, un terreno, el de la protohistoria, complicado, que requiere un esfuerzo y dedicación fuera de lo común —hizo un alto para tomar un sorbo de café y continuó—. Herr Swulzert lo sabe bien y supongo que ustedes igualmente comparten ese conocimiento. Solamente se pudieron salvar unos pocos cuadernos de notas, que el profesor guardaba aquí, en su despacho del departamento de historia antigua; un material que mantenemos en nuestros archivos y no hace falta que le diga, Günter, que puede usted consultar sin ningún tipo de límite.

Tras un rato más de conversación, en el que principalmente se habló de la personalidad y los logros obtenidos por el profesor Müller durante su larga carrera profesional, nos despedimos del rector Waldner, con su promesa de que nos haría llegar lo antes posible aquella documentación.

Un par de días más tarde, por mensajería, recibimos en el hotel una pequeña caja de cartón. Contenía quince cuadernos, de tapa dura, de la marca Brunnen, un ejemplar de *Die Geburt der Zivilisationen* el último trabajo publicado por el doctor Müller, y un considerable fajo de folios sueltos, manuscritos, sujetos mediante una cinta de tela roja, como si estuvieran envueltos para regalo. Las cinco semanas siguientes nos dedicamos a estudiar todo ese material con minuciosidad y paciencia de relojero. Una por una, repetidamente, sin apenas

descanso, examinamos las hojas de los quince cuadernos, las que venían sueltas en un paquete, incluso el libro fue objeto de una exploración minuciosa, por si pudiera llevar anotaciones al margen en sus páginas o cualquier otro tipo de marcas, señales, subrayados, algo que nos orientase en el camino a seguir. No dejamos absolutamente nada por comprobar: cualquier raspadura, mancha de tinta o defecto del papel merecía nuestra atención y era anotada cuidadosamente.

—Parece que hemos llegado a un punto muerto, un callejón sin salida —me lamenté, poniendo voz al abatimiento, que el desmadejamiento corporal de los tres dejaba de manifiesto—, quizás la búsqueda terminó en la cripta de Tangarutu y carezca de sentido que sigamos dando palos de ciego.

El capitán Rawir suspiró largamente, mientras intentaba desentumecer los músculos de su espalda, maltratados por las muchas horas que llevaba inclinado sobre la mesa, removiendo papeles. Cogió uno al azar, más pequeño que un folio, apenas una cuartilla, parecía un recibo bancario, lo miró sin interés y volvió a dejarlo en el montón junto con el resto.

No sabría decir qué movió mi curiosidad a fijarme en ese documento, quizás el escudo heráldico que llevaba estampado en la esquina superior derecha: un castillo con una torre del homenaje grande, flanqueada por otras dos más pequeñas, unidas a la principal por sendas murallas almenadas, que daban al conjunto la apariencia de una fortificación triangular. En el reverso, escrito a mano, con la caligrafía de Müller se leía: «Schwarze Sonne», en alemán, significa Sol Negro; un referente dentro de la simbología nazi. La amenaza de la Ahnenerbe seguía sobrevolando nuestras cabezas.

—*Grundbesitzabgaben-jahresbescheid*. Se trata de la evaluación anual del impuesto sobre la propiedad —aclaró el Günter. Los conocimientos de alemán del capitán Kamaca o míos eran prácticamente nulos—. Se remonta al ejercicio fiscal de 1958 y está referido a una finca en Büren, ubicada en el número 20 de Haselnußstraße, inscrita a nombre de herr Kluas Lehmann.

Durante unos segundos quedó pensativo, sin apartar la vista de aquel documento. Por ser la más espaciosa, utilizábamos mi habitación como improvisado despacho y sala de reuniones. Aún era de día, pero el cielo, plomizo, amenazaba lluvia y la luz natural que entraba por el balcón comenzaba a ser insuficiente y aquella semi penumbra daba al conjunto tintes de clandestinidad.

»Es curioso, ese apellido, Lehmann, tengo la sensación de haberlo visto en algún documento reciente.

Swulzert parecía estar haciendo un esfuerzo de memoria y se golpeaba la sien con el dedo índice de su mano izquierda. De repente pareció dar con la clave que estaba buscando. Se levantó de la silla e inclinándose sobre la mesa comenzó a rebuscar entre los desordenados papeles, hasta que dio con lo que buscaba. Eran tres o cuatro hojas unidas por una grapa. En la primera figuraba un membrete que parecía oficial. Repasó la primera con rapidez y tras unos segundos enfocado en la lectura de la segunda, palmeó suavemente la mesa y su rostro se iluminó con una sonrisa de inteligencia.

»¡Por supuesto, eso es! —exclamó mostrando en su mano el documento—. Estaba en lo cierto.

Kamaka y yo nos adivinamos el mismo gesto de incompreensión. La oscuridad había ganado terreno y apenas podíamos vernos las caras. Me acerqué a la puerta y accioné el interruptor de la luz.

—Estamos esperando herr Swulzert —se impacientó el maorí.

—Cierto, perdón, es el impacto del momento, les pido disculpas. Creo que ha encontrado usted el hilo que buscábamos, Aarón —me pasó los documentos para que yo mismo lo comprobase—. El doctor Müller era viudo, su esposa murió unos pocos años antes que él. Se llamaba Roselyn y al casarse adoptó el apellido de su marido, pero el de soltera no era otro que Lehmann, así que muy posiblemente hay una propiedad en Büren que le pertenecería por razón de herencia, quizás la antigua casa familiar. Pienso, señores, que deberíamos seguir esa pista —concluyó, con un extraño brillo en la mirada, que en aquel momento atribuí al entusiasmo causado por el hallazgo.

De más está decir, que Kamaka se mostró de acuerdo y no sirvieron de nada, mis débiles argumentos en contrario, así que tras algo más de cuatro horas de viaje por carretera el 19 de mayo de 1975, *Pfingstmontag*, lunes de Pentecostés, una festividad religiosa que se celebra en toda Alemania, llegamos a Büren.

Lo primero que hicimos fue tratar de conseguir alojamiento. Tras varios intentos fallidos encontramos posada en Röhshentall-Haus, una tranquila casa a las afueras del pueblo, que alquilaba habitaciones; era la manera en la que *frau* Röhshentall, una afable matrona de mediana edad, complementaba su pensión de viudedad.

En cuanto dejamos solucionado el problema logístico, nos dimos a buscar el 20 de Haselnußstraße, lo que no fue un problema en cuanto a ubicación, pero sí un fiasco en lo que se refiere a las expectativas que nos habíamos forjado respecto a la propiedad que deberíamos haber encontrado allí, porque todo lo que había era un solar, vacío, que empezaba a ser colonizado por las malas hierbas e inaccesible al estar circundado por una valla metálica.

Al ser día festivo no podíamos acudir al ayuntamiento o a cualquier otro estamento administrativo local, para recabar información sobre lo acontecido con la casa que, casi con seguridad, había pertenecido a los padres de frau Roselyn Müller, que como ya hemos comentado, de soltera se apellidaba Lehmann. No tuvimos otro remedio que posponer la búsqueda hasta el día siguiente y entretener el ocio integrándonos a la fiesta, que tampoco ofrecía elementos de diversión distintos a los de cualquier domingo normal y corriente.

Almorzamos en una pequeña taberna del centro: *kartoffelsuppe*, sopa de patata; *königsberger*, alóndigas con ensalada, y *apfelstrudel*, pastel de manzana, una comida contundente que Swlutzer y Kamaka devoraron con apetito, mientras que yo apenas pude terminar la sopa. Después dimos un paseo hasta *Bürener Trödelmarkt*, un rastro donde se pueden encontrar utensilios de todo tipo, muebles, libros, objetos de adorno, nuevos y de segunda mano; un mercadillo curioso, que más tarde nos abriría las puertas del infierno. Pasamos lo que restaba del día disfrutando de la buena temperatura y el sol, casi veraniego que nos trajo el día. Una cena frugal en casa de frau Röshentall y el cansancio nos invitó a retirarnos a recuperar fuerzas, una decisión acertada, que nos permitió encarar el siguiente día con empuje renovado.

El 20 de mayo de 1975 amaneció nublado. La ciudad de Büren, recuperada ya la actividad normal tras la fiesta, latía tranquila, laboriosa, pero sin la febril energía de las grandes urbes. La burocracia administrativa, sin embargo, se diferenciaba muy poco de la de Múnich o Berlín, era lenta, inconvencional y exasperante, acceder a cualquier informe urbanístico que pudiera echar algo de luz sobre lo ocurrido con la desaparecida propiedad de los Lehmann se iba a demorar demasiado, pero la ausencia de alternativas no nos dejaba otra solución, al menos en lo que a la administración pública se refiere. Pero no habíamos llegado hasta allí, después de afrontar innumerables peligros, amenazas, situaciones que para cualquier mortal habrían significado una muerte cierta, para sentarnos a esperar, pacientemente, a la solana de la casa de frau Röshentall, la respuesta de la maquinaria administrativa.

Después de visitar la zona, contactando con los vecinos más cercanos al solar dónde estuvo en su día la casa de la señora Müller, el doctor Swulzert, que era el único de los tres que hablaba alemán, averiguó que la propiedad estuvo abandonada durante más de diez años, hasta que, sin herederos conocidos y ante el peligro que representaba el deterioro de su estructura por falta de mantenimiento, el Kreis Paderborn la incorporó al patrimonio público. Una vez transcurridos los plazos legales, se procedió a su demolición, dejando el solar a la espera de que el municipio le diera un uso concreto. En situaciones similares, averiguó el alemán, los muebles, enseres, libros y cualquier otro objeto que hubiera en la casa eran sacados a subasta y en esta ocasión, el lote se lo adjudicó un tal Johann Weber, a medias entre ropavejero tradicional y anticuario, que tenía un puesto de venta en el *Bürener Trödelmarkt*.

Fuimos a visitar a herr Weber el miércoles 21 de mayo. Nos recibió en el almacén que tenía a las afueras de Büren, una fría y destartada nave industrial repleta hasta arriba de toda clase de enseres imaginables; un laberinto de estanterías en el que, a simple vista, todos los artículos allí reunidos se mezclaban sin un orden establecido; sin embargo, pronto pudimos comprobar que aquel caos estaba perfectamente regulado.

—La casa Lehmann, sí, una inversión ruinosa, si ustedes lo quieren saber —se quejó Weber—: un montón de libros raros, cuadernos garrapateados, fardos de papeles y unos cuantos muebles viejos, medio podridos, que ni para leña sirven. Pero si quieren echarle un vistazo, con gusto les muestro lo que queda del lote por si encuentran algo que sea de su agrado.

Nos condujo por el laberinto de estanterías que era la nave, hasta que llegamos a un espacio abierto, en el que, como en un pequeño archipiélago, había distribuidos islotes de mercancía pendiente de catalogar. En uno de ellos detuvo herr Weber la expedición.

—Aquí está lo que queda del 20 de Haselnußstraße —dijo señalando unos pocos muebles viejos, algunas cajas con libros cuyas tapas estaban alabeadas por la humedad y tres apolilladas alfombras desgastadas por el uso—. No hay más. La verdad es que entré a pujar por el lote a sabiendas de que me reportaría pérdidas, pero me pudo la nostalgia; mi abuelo y el viejo Lehmann tenían una buena amistad y muchas veces lo acompañé a esa casa. Su hija, Roselyn, se casó con un profesor, creo, un tipo raro que apenas se relacionaba con nadie.

Guardó silencio durante unos segundos, como si estuviera haciendo memoria de algo.

»Venía poco por aquí, en el verano, principalmente. Lo recuerdo bien porque me compró un cenicero de alabastro que yo había adquirido por unos pocos marcos en una subasta en Paderborn, mostró tanto interés por aquella pieza, que pude sacarle una buena cantidad. Ahora lo uso yo, paradojas y vueltas que da la vida, es lo único valioso que había en la casa.

—Y esa pieza, herr Weber, ¿está en venta? —preguntó Swulzert.

El anticuario se encogió de hombros y abarcando con un gesto de las manos todo el almacén dio a entender que ese era el objetivo.

—Es mi negocio, comprar y vender. Por supuesto, si a usted le interesa podemos llegar a un acuerdo, no cuesta nada echarle un vistazo.

Swulzert se mostró interesado y tanto Kamaca como yo, sin otra propuesta mejor que hacer, secundamos la idea.

El supuesto cenicero resultó ser una pieza circular perfecta, de alabastro, pulida, lisa, de aproximadamente ocho pulgadas de diámetro, por dos de alto, con un vaciado interior que conformaba algo similar a un corazón. No había marcas, letras o adornos grabados en la piedra y, a simple vista, carecía de valor, incluso como ornamento.

—Sí, recuerdo haberlo visto en el despacho del doctor Müller —luego supimos que mentía—, solo que él no fumaba; seguramente es un souvenir, de los que se ofrece a los turistas en Khan El-Khalili, el gran zoco de El Cairo, un lugar por el que Julius sentía especial inclinación. Me gustaría comprarlo, herr Weber, no guardo ningún objeto que perteneciera a mi amigo y este sería perfecto.

Weber se mostró de acuerdo, acordaron el precio en unos pocos marcos y ambos, satisfechos por la transacción, la sellaron con un apretón de manos.

Hasta allí parecía haber llegado nuestra esperanzadora línea de investigación en Büren. Si el doctor Müller guardaba entre sus trabajos algo que pudiera habernos sido de utilidad, se había esfumado con el polvo que dejó tras de sí la demolición del 20 de Haselnußstraße y aunque ninguno dijimos nada en ese momento, sabíamos que se imponía una nueva toma de decisiones con respecto al camino a seguir en adelante y en mi fuero interno abrigaba la esperanza de que este pasara, al menos por un buen espacio de tiempo, por mi añorado refugio de Sutton Harbour. Echaba mucho de menos mis pantuflas de

piel, el sillón de lectura junto a la chimenea y el pastel de carne de la señora Harrison. Es curioso como su ausencia hace que valoremos mucho más lo cotidiano, en este caso las habilidades culinarias de mi ama de llaves.

Se había hecho tarde y volvimos al *Bürener Trödelmarkt*, con la intención de comer en alguno de los restaurantes del centro comercial.

El apetito de Kamaka no admitía treguas; con mucho era el más musculado de los tres y aquella máquina necesitaba un gran aporte de combustible: una sopa de repollo blanco con salchicha ahumada, *wißkohl eintopf*, y un generoso plato de *pepperthast*, asado de buey al estilo de Westfalia, colmaron las expectativas gastronómicas de nuestro maorí; Günter, por su parte, que se mostraba inusualmente eufórico, se embauló una parrillada de verduras y berenjenas al estilo *bradwurst*, acompañadas de un par de frikadellen, hamburguesas, con patatas, y hasta yo, emulando a Kamaka, me atreví con el asado. Bebimos una estupenda Verum, de Warsteiner, una de las más antiguas y prestigiosas cerveceras de Alemania, y de postre, compartimos un *apfelstrudel* de manzana. Swulzert parecía especialmente eufórico, al punto de pedir una botella de espumoso, *sekt*, para acompañar el postre y hacer más larga la sobremesa.

—En fin, señores, poco más vamos a sacar en limpio de esta vía de investigación —dijo pinchando con el tenedor un trozo de pastel—, supongo que deberíamos consensuar el siguiente paso. Propongo que volvamos a Inglaterra y abusemos de la hospitalidad de herr Llywelyn; en su casa tenemos el grueso de nuestro fondo documental y me temo que vamos a tener que comenzar desde cero, una vez más. Por otra parte —dijo a modo de divertida conclusión—, Plymouth ya comienza a ser habitable en esta época del año.

La sugerencia me provocó una inmensa alegría; por fin comenzaba a vislumbrar la posibilidad de reencontrarme con lo que era mi vida antes de iniciar esta aventura.

—No seré yo quien ponga trabas a eso —me apresuré a blindar la propuesta de Swulzert—, y yo mismo me acercaré a los muelles de Barbican a procurarme unas buenas langostas, que la señora Harrison prepara magistralmente. Serán ustedes mis invitados.

—Brindemos por eso —propuso Kamaka y nosotros secundamos la oferta, sellando el acuerdo con el alegre campanileo de las copas, chocando entre sí.

Saldríamos hacia Berlín por la mañana y preparar el equipaje no nos iba a llevar mucho tiempo, así que decidimos seguir disfrutando la tarde y de la estupenda pilsner de Westfalia, ajenos por completo al viento negro que, sin nosotros saberlo, estaba comenzando a gestar el tornado diabólico, que daría fin a nuestra búsqueda, librando a las fuerzas del mal de sus cadenas, en una tormenta de muerte, desolación y locura.

UN VIENTO NEGRO

Mayo es un mes climatológicamente inestable; así como la tarde anterior había terminado siendo amable y luminosa, el jueves amaneció lloviendo a mares y la viuda Röshentall no dejó de mostrar su inquietud por las dificultosas condiciones que presentaba el día para un viaje por carretera.

—Es una locura, herr Swulzert, viajar con estas limitaciones, persuada a sus amigos de ello, máxime si no hay un motivo que lo haga inexcusable —insistió mientras nos servía el desayuno.

Ciertamente, no teníamos ninguna prisa, el argumento de frau Röshentall era sólido y esperar un día o dos más no iba a romper rutina alguna, pero Günter, por alguna razón, parecía decidido a partir cuanto antes de Büren; yo entendía el sentir de la buena mujer, pero después de los peligros que habíamos afrontado durante los últimos meses, un viaje por carretera, bajo la lluvia, no me causaba mayor inquietud; en cuanto al maorí, enfrascado en dar buena cuenta de su *weisswurstfruehstuec*, engullía las salchichas y los *pretzels*, sin prestar demasiada atención a lo que decía nuestra casera. A media mañana iniciamos camino de vuelta a Berlin, bajo un manto de agua que, efectivamente, hacía muy complicada la conducción.

Decidimos ir hasta Haaren atravesando el bosque, para enlazar allí con la A 33. Las escobillas del limpiaparabrisas no eran capaces de garantizar un manejo seguro del automóvil y Swulzert, al volante, tenía verdaderos problemas para no salirse de la carretera. Por fortuna, pocos audaces se atrevían a circular con semejante temporal y apenas nos cruzamos con un par de coches, que como nosotros avanzaban lentamente y tomando las máximas precauciones.

Muy cerca ya de la población, la carretera discurre por un bosque de coníferas y aunque la lluvia parecía habernos dado una pequeña tregua, seguía cayendo finamente; el cielo gris y la espesa arboleda hacían parecer que, aun siendo media mañana, estábamos en noche cerrada. Unas luces parpadeantes bloqueaban la carretera unos metros ante nosotros y Swulzert aminoró, todavía más, la velocidad. Parecía tratarse de un control policial, ya cerca pudimos ver las barreras metálicas estrechando el paso y varios guardias uniformados, metralleta en mano, frente a ellas, mientras otros dos, con sendas linternas de advertencia, nos hacían señas para que detuviéramos el coche.

Iban enfundados en capotes impermeables negros, protegiéndose de la lluvia y el que parecía estar al mando ordenó que nos apeásemos para proceder a una

inspección ocular, tradujo Swulzert. Así lo hicimos. Seguía lloviendo, ahora mucho menos que al principio del viaje. Mientras dos de los guardias echaban una ojeada dentro del coche, el jefe nos pidió la documentación y al extender su mano para recogerla, se le abrió el capote, dejando a la vista un uniforme negro, en cuyas solapas lucían, claramente y sin posibilidad de error, las runas plateadas de las SS.

Kamaka se percató de inmediato y dando un salto hacia atrás intentó sacar el arma que siempre portaba encima, pero antes de que pudiera hacerlo, sonó un disparo y el capitán cayó hacia atrás, impelido por la fuerza del impacto. Yo, aunque sorprendido, traté de correr en su auxilio, pero un fuerte golpe en la cabeza me detuvo en seco y ya no supe qué ocurrió después.

Volví a la vida zarandeado por el rugido de un trueno. Me costó recobrar la conciencia espacial, entre otras cosas, porque al lógico aturdimiento con el que se sale de un ataque como el que había sufrido, se unía el no reconocer los espacios. Me encontraba tumbado en un camastro de campaña, bajo una ventana cuyos cristales arañaban, furiosas, las gotas de lluvia y en una estancia que no reconocía. Era una habitación pequeña de paredes pardas, desconchadas por la humedad.

Me habían quitado el reloj, de manera que no podía tener una referencia temporal y la tormenta no ayudaba, porque la escasa luz que llegaba del exterior estaba tamizada por unos nubarrones oscuros, que no dejaban de descargar agua. Podía llevar en aquel cuarto horas o días, era imposible saberlo con certeza.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguí la presencia de otro catre en el que yacía, lo reconocí al instante, no sin satisfacción, el capitán Kamaka Rawir. Un aparatoso vendaje le cruzaba el pecho y una mancha de sangre debajo de la clavícula izquierda, cerca de la axila, dejaba clara la gravedad de su herida: unos pocos centímetros de desviación y habría sido mortal. Pero aunque permanecía inconsciente, respiraba y eso, en aquellos momentos desconcertantes por los que yo pasaba, supuso un gran alivio para mí.

Sin embargo, enseguida pensé que al no estar recluido allí, con nosotros, algo malo había tenido que sucederle a Günter Swulzert y eso me volvió a llenar de congoja. En ese momento, Kamaka abrió los ojos y en un impulso, propio del

ímpetu que le era característico, trató de incorporarse, pero con un grito de dolor se derrumbó de nuevo en la cama jadeando.

—No haga esfuerzos, capitán —traté de ayudarlo enrollando bajo su cabeza una vieja manta a modo de almohada—, está usted herido, cálmese, todo va a ir bien, se lo aseguro —mentí.

Asintió con la cabeza sin abrir los ojos; había reconocido mi voz, mientras buscaba con la suya mi mano, seguramente para afianzar su propia seguridad con el contacto físico.

—¿Swulzert? —preguntó con un hilo de voz apenas audible, le costaba esfuerzo respirar y su cuerpo ardía, consumido por la fiebre.

—No está aquí, espero que no le haya ocurrido nada malo. Mucho me temo que estamos en manos de la Deutsches Ahnenerbe, los uniformes de los hombres que nos asaltaron así lo sugieren.

Kamaka cerró los ojos e hizo un leve gesto de asentimiento. Tenía los labios secos y agrietados por la fiebre. Busqué con la mirada y vi una botella de agua sobre una mesa. También nos habían dejado algo de comida: queso, pan, un tarro con aceitunas y dos vasos. Medí uno de ellos con agua, lo ayudé a incorporarse un poco y se lo di a beber. Le hizo bien, su respiración se fue acompasando y creo que volvió a dormirse.

Me acerqué a la ventana. Ya no llovía y las nubes dejaban pasar algo de luz. La vista se abría a un gran patio triangular. La no existencia de barrotes me permitió asomarme al exterior. Estábamos en una torre circular desde la que partían sendas edificaciones laterales que terminaban en dos torres igualmente circulares, unidas ambas por otra construcción, que daba al conjunto la forma de un triángulo isósceles. Por el estilo arquitectónico tardorenacentista, típico de Westfalia, no habíamos salido de la región y estábamos reclusos en un castillo o palacio.

El ruido de la puerta al abrirse me hizo volver la cabeza. Entraron tres hombres vestidos con uniformes negros de faena, en los que lucían las runas de las SS, que ya habíamos tenido ocasión de ver en la carretera, cuando nos capturaron. Dos de ellos venían armados con metralletas, el otro traía una bandeja con comida y agua. Tras dejarla sobre la mesa se acercó a la cama donde Kamaka permanecía con los ojos cerrados, puso una mano en su frente, comprobando la temperatura corporal, luego hizo señas para que me acercase.

Me entregó un frasco que contenía unas pequeñas pastillas blancas y dijo algo en alemán que no entendí, pero por los gestos con que acompañó sus palabras, entendí que eran analgésicos y que también ayudarían a controlar la fiebre de mi amigo. Pregunté por el doctor Swulzert sin obtener respuesta alguna y los tres abandonaron la habitación, dejándonos encerrados de nuevo.

Como pude hice que el capitán tomara una de aquellas pastillas, pero desistí de intentar que comiera algo; en su estado le resultaba más beneficioso seguir descansando y lo dejé dormir. Además del agua, la bandeja traía más queso, nueces, frutos secos y olivas, además de una hogaza de *pumpernickel*, pan negro de centeno, típico en Alemania. Comí un poco y me acosté de nuevo, no si antes arropar a Kamaka con un par de mantas, hacía frío y un simple catarro podría tener muy malas consecuencias para él. Yo también me acosté. Ya era noche cerrada, las nubes habían desaparecido y una luna llena, brillante, iluminaba el cielo. Estaba cansado y el calor que me proporcionaban las mantas me hizo caer en una modorra que pronto se convertiría en sueño.

Me desperté con las primeras luces del alba. El cielo aparecía despejado, sin una nube. Kamaka dormía, su respiración era acompasada y suave, aparentaba mejoría, pero la gravedad de su herida era mucha y sin los cuidados médicos adecuados, salvo un milagro, y a pesar de la fortaleza física y mental del maorí, era imposible una pronta recuperación. La fiebre había remitido, pero decidí suministrarle otro analgésico, porque inevitablemente debería estar sufriendo dolor.

Si no había perdido mi noción del tiempo debía de ser viernes y pronto llevaríamos veinticuatro horas encerrados en aquella habitación. Nadie volvió a aparecer por allí hasta bien entrada la mañana, cuando el sol estaba ya muy en lo alto. Eran los mismos tipos que el día anterior y repitieron, exactamente, idéntico protocolo. Tampoco obtuve respuesta a mi interés por conocer el paradero del doctor Swulzert y de la misma forma que vinieron, en silencio, volvieron a marcharse cerrando la puerta tras ellos. Afortunadamente, dentro de nuestra mazmorra, porque eso era aquel cuartucho, había un espacio de aseo en dónde satisfacer nuestras necesidades, con un pequeño lavamanos. Tuve que ayudar a Kamaka en dos ocasiones a trasladarse hasta allí, porque pese a una evidente recuperación, todavía era incapaz de sostenerse en pie y caminar; aun apoyándose en mí, era un suplicio doloroso para él. Hablamos un poco, porque se fatigaba enseguida, de manera que la mayor parte del día la pasó durmiendo. Así llegó la noche, sin que se produjera ninguna otra novedad.

El sábado amaneció espléndido y soleado. Kamaka también parecía algo mejor, incluso, con mi ayuda y no sin dolor, se levantó del camastro y dio unos pasos por la habitación. La rutina que tenían establecida con nosotros se repitió una vez más: hacia mediodía aparecieron nuestros tres carceleros, pero esta vez, tras dejar la bandeja sobre la mesa, como hacían siempre, los tres permanecieron firmes en su sitio, con las armas dispuestas, como si estuvieran esperando a alguien importante, y así fue, pero ni Kamaka, ni yo podíamos imaginar la dolorosa sorpresa que nos deparaba el destino aquella mañana.

Enfundado en un uniforme negro de general de las SS, *oberstgruppenführer*, hojas de roble y tres estrellas en el cuello, brazalete rojo con la esvástica, la calavera bordada en la gorra militar y una fusta de cuero en la mano, Günter Amadeus Swulzert contemplaba desde la puerta, divertido, con un brillo metálico en la mirada, la estupefacción que se había grabado en nuestros rostros, mientras los tres esbirros se cuadraban militarmente ante él.

—¡Cerdo traidor, fuiste tú desde el principio! —fue Kamaka el primero en reaccionar intentando abalanzarse sobre él, pero una fuerte punzada de dolor lo detuvo, obligándolo a sentarse en el camastro, sin fuerzas.

Los guardaespaldas del alemán apuntaron con sus armas al maorí, pero un gesto enérgico del primero los detuvo.

—Mi querido capitán, siempre tan impulsivo —reprobó mientras golpeaba, con la fusta, sus relucientes botas negras, igual que el uniforme.

—Usted, Swulzert, mató al doctor Müller en Berlín y, en El Cairo, a Thaamir-el-Kaber —dije, a modo de reflexión, más que acusándolo de aquellos crímenes, porque mi cerebro aún no había terminado de procesar lo ocurrido.

Por toda respuesta, Swulzert dio una orden en alemán y entró un soldado con un portafolios de piel y una silla de campaña, en la que el *oberstgruppenführer* tomó asiento.

—No, ciertamente por mi propia mano, pero sí admito la responsabilidad; fui yo quien dio la orden. Los dos habían llegado lo suficientemente lejos en la búsqueda del amuleto que traerá de nuevo a la vida al Innombrable, pero su objetivo era evitar que eso sucediera, mientras que sobre mis hombros descansa la responsabilidad contraria.

El mismo soldado de antes volvió a entrar. Portaba una bandeja con un juego de café. Swulzert nos invitó con un gesto, pero tanto Kamaka, como yo, lo rechazamos.

»El 2 de junio de 1948, Wolfram von Sievers, uno de los padres fundadores de la Deutsches Ahnenerbe y mano derecha de Heinrich Himmler en ese proyecto, fue asesinado por ahorcamiento en la prisión de Landsberg am Lech —el oberstgruppenführer-SS, que nosotros conocíamos como doctor Günter Swulzert, se sirvió una taza de humeante café a la vez que desgranaba su discurso.

»¿Su crimen? Haber intentado recuperar para la nación aria la supremacía, que por designio de los dioses le es propia. La suya fue una búsqueda de la perfección humana y del papel que las divinidades primigenias jugaron a su favor, desde los albores de la vida en la Tierra. La relación entre el ario y los dioses primordiales quedó escrita con letras de fuego en la roca universal, sirviendo de base para leyendas y canciones, que han inspirado a los poetas. Gunter, Sigfrido, Krimilda, y todo lo que representan, no son simples actores de una historia concebida por juglares para entretener, al amor de la lumbre, las noches de invierno de sus señores. Wolfram Sievers lo sabía y dedicó su vida a recuperar esa unión cósmica, que un día hizo poderosa, preeminente, invencible a nuestra raza.

Guardó silencio, la mirada perdida en un mundo interior al que únicamente él tenía acceso en aquellos momentos. Pero inmediatamente salió del trance para continuar hablando.

»Wolfram tenía una hermana, Katharina, casada con Ernst Swulzert, un heroico *SS-Hauptsturmführer*, que dio su vida por la patria en el frente del este. Era mi padre —concluyó a la vez que dejaba la taza de café en la bandeja—. Mi herencia fue, pues, proseguir la lucha de aquellos dos hombres: Ernst Swulzert y Wolfram Sievers. El objetivo, ya lo habrán deducido de todo lo anterior, terminar la misión que inició mi tío, y la clave para conseguirlo estaba enterrada en un hipogeo a 300 kilómetros de El Cairo, en Al Ghoreifa, dentro del sarcófago que guardaba el cuerpo de Aswad, sacerdote de Thot. Nuestros viejos amigos Julius Müller y Thaamir-el-Kaber dieron con el papiro y avanzaron tanto en su estudio que constituían una amenaza para los propósitos de la Ahnenerbe, tenían que desaparecer.

Se puso en pie y caminó hasta la ventana. Su negra figura se dibujó a contraluz de los rayos del sol, siniestra como los crímenes que llevaba a sus espaldas.

»La presencia de Thaamir-el-Kaber en Berlín, el día que estaba prevista la muerte de Julius vino a trastocar mis planes; la universidad le entregó toda la documentación relativa al enterramiento de Al Ghoreifa, así como la recopilada por Müller durante su trabajo con el papiro, que era mucha. Por eso concerté una entrevista con el libanés en El Cairo; debía morir también y yo recuperar los informes, documentos, papeles, que tenían la llave para descifrar misterio, la fórmula magistral que devolvería la vida a quien no debe ser nombrado por los no iniciados: Cthulhu, poderoso rey de las tinieblas, que ha de venir a separar el grano de la paja.

Volvió a golpearse las botas con la fusta y consultó su reloj.

»Su hospitalidad me resultó muy útil, tuve a mi disposición, por primera vez, todo el ingente trabajo de investigación que habían realizado Julius y Thaamir. Conocíamos la existencia del cuadro de Pickman desde hacía mucho tiempo, ir a rescatarlo a la sucia cueva de Fécamp era cuestión de tiempo, pero decidí hacerlo con usted. Me facilitaba la manera de matarlo, herr Llywelyn, sabía, sabe, demasiado y aquella noche en Normandía estaba señalada como la última de su existencia. El asalto de aquellos hombres estaba orquestado para eso. Pero no contábamos con el MI6, ni con usted, mi querido capitán —dijo señalando a Kamaca con el látigo—. Todo ha sido, como ven, un cúmulo de casualidades para llegar hasta aquí. Pero debo reconocer que su contribución, la de ambos, al buen fin de la causa, aunque involuntaria, en algunos momentos ha resultado crucial. No pueden negarme que hemos disfrutado de una gran aventura, pero todo tiene su fin y el viaje, para ustedes, termina esta noche.

Se dirigió a la mesa y rescatando de ella el portafolios de piel, sacó el cuaderno dónde, durante toda la expedición que realizamos juntos, le habíamos visto recoger sus notas.

»Sin duda recuerdan lo que escribió Ludwig Prinn en su grimorio satánico, *De Vermins Mysteriis*; un pasaje que hemos leído juntos cientos de veces en los últimos meses —eligió una de las hojas y leyó—: «Que no está muerto lo que puede yacer eternamente, y con los eones por venir aún la muerte puede morir».

«Entonces, vomitarán los sepulcros, hordas de gules hambrientos de garras afiladas, acerados colmillos y gargantas sedientas de sangre; hervirán los océanos como lava viscosa, de sus profundidades emergerán las ciudades muertas y los profundos se adueñarán de la Tierra».

Claro que recordábamos ese texto, habíamos pasado mil horas trabajando en él: leído, repetido, memorizado, pero ahora, en los labios de Swulzert sonaba nuevo y aterrador.

—¿Vas a justificar tu traición en los desvaríos de un loco visionario? —pudo articular Kamaca, entre jadeos—. Te amparas, tú también, en la locura, entonces. Una estrategia que solo utilizan los cobardes.

Sin inmutarse, el alemán eligió otra hoja de papel y siguió leyendo, esta vez, un pasaje del Necronomicon, que tampoco nos era desconocido.

—«No hablarás contra el corazón durante el juicio de Osiris».

«Sus siervos vigilan el Corazón del Rey Niño, cuya alma está condenada a vagar, como la de un paria, las áridas estepas del inframundo, sin esperanza alguna de traspasar los umbrales del salón de Maat para rendir cuentas ante los cuarenta y dos, fielato y antesala del Sekhet-Aaru. Porque cuando llegue el día de *يحكم على*, las estrellas se apaguen, hiervan los océanos en un piélagos de lava y los hijos de los hombres alcen sus brazos al cielo implorando la piedad de los dioses, aquel que No Puede Ser Nombrado palpitará en el corazón del rey imponiendo su voluntad sobre la muerte» —luego, dejando los papeles sobre la mesa y recitando de memoria las palabras del hereje Abdul Alhazred, concluyó: «Eso ha de suceder cuando todos los universos confluyan en una misma dimensión cósmica y la luna negra que engendró a Nyarlathotep, tiña de luto los áridos desiertos del Duat, amamantando a sus bestias con la luz de las estrellas. Cercano está el día y ya se apresta Cthulhu a retornar, ávido de venganza».

Guardó silencio mientras recogía todas las notas cuidadosamente. Le entregó la cartera al ayudante, que salió del cuarto, llevándose también la silla de campaña.

»Ha llegado el momento. La conjunción cósmica se está produciendo. Hoy, 24 de mayo de 1975, la Luna lucirá negra en el cielo, producto de su alineación perfecta con la Tierra y el Sol —pronunció estas palabras con entusiasmo y un brillo salvaje en la mirada—. Ustedes lo llamarán eclipse, pero es mucho más que un simple fenómeno astronómico: esta noche Cthulhu despertará del frío

sueño de la muerte, para traer caos, dolor y destrucción a esta humanidad envilecida por la podredumbre del mestizaje y los arios heredaremos la Tierra.

Caminó hasta la puerta, se giró hacia nosotros y dijo:

»Vais a tener la prerrogativa de asistir a ese acontecimiento en un lugar de privilegio; es mi regalo, la última gracia que se le concede al condenado a muerte. Disfrutad lo que os queda del día, porque no volveréis a ver la luz del nuevo sol. —Y salió, seguido de sus soldados.

Kamaka se desplomó en el camastro, agotado; a la debilidad física provocada por la herida, se unía el peso terrible de la traición. Era un hombre duro, acostumbrado a la lucha, al que ni tan siquiera perturbaba una sentencia de muerte, como la que acabábamos de recibir y no tardó mucho en entregarse al sueño. A mí, sin embargo, me consumía la ansiedad.

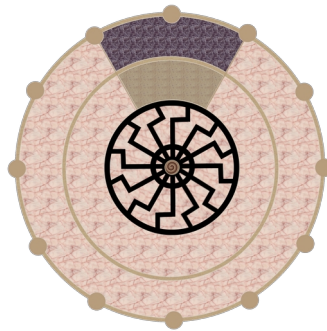
Despertó con el sol ya de retirada y las sombras de la cercana noche pincelando de grises los muros de nuestra prisión. El descanso le había sentado bien, parecía muy recuperado. Se levantó del camastro y anduvo por la habitación, aunque con dificultad y esfuerzo, hasta alcanzar la mesa, donde todavía estaba la bandeja con el queso, las olivas y un buen pedazo de pan negro. Yo no había podido probar bocado, pero él devoró con apetito su ración y, tras consultármelo con la mirada, parte de la mía.

—Para ser la última cena, nuestro amigo, el *oberstgruppenführer* Swulzert, no está siendo generoso, precisamente —bromeó, aparentemente inmune a la zozobra de un futuro nada prometedor—. Aaron, amigo mío, no sé cómo terminará el día, a todas luces parece que no demasiado bien para nosotros —volvió lentamente sobre sus pasos y se sentó en el camastro—, pero pase lo que pase, quiero decirle que ha sido un verdadero honor para mí luchar a su lado. Esta fascinante aventura no ha dicho, aún, la última palabra. Si van a matarnos no lo harán aquí, en esta habitación, tendrán que trasladarnos a otra parte y eso nos deja un aliento de esperanza. Tenga usted fe, esté atento por si nos surge la más mínima oportunidad y no se rinda; si hay que morir, que sea luchando, no le demos facilidades a nuestro verdugo.

Como arenga estaba bien, para motivar a la tropa antes de entrar en combate, pero ni yo participaba de ese mismo sentimiento castrense, ni me sentía con ánimo de plantear batalla y mi fortaleza física, de por sí más menguada que la suya, no me alentaba a concebir esa esperanza que él parecía mantener. La noche ya era cerrada y habían pasado muchas horas desde la visita de Swulzert,

si pensaba deshacerse hoy de nosotros, nos quedaba poco tiempo. Un fuerte ruido de botas militares se aproximaba. Mi corazón se aceleró al mismo ritmo martilleando mis sienes. La puerta se abrió y cuatro soldados entraron en la habitación. No hizo falta que dijeran nada, tanto Kamaka como yo sabíamos qué significaba su presencia.

Escortados por una guardia de doce caballeros negros armados, recorrimos un largo pasillo hasta alcanzar una amplia escalinata de mármol, por la que ascendimos al piso superior. Supe que estábamos en lo alto de la torre, porque la estancia a la que entramos era enorme y estaba rematada por una gran bóveda, en cuyo centro una claraboya acristalada mostraba el cielo cuajado de estrellas. Era un salón grande, circular. El suelo era de mármol negro casi en su totalidad. Cincelado en el suelo, en perfecta alineación con la lucerna del techo, había un sol vikingo y encajada en su centro la pieza de alabastro que unos días atrás comprara Swulzert al anticuario de Büren. Doce pedestales de mármol se



distribuían a intervalos regulares por el perímetro de la circunferencia, como si fueran los puntos de las horas en la esfera de un reloj.

Orientado al norte, un arco de unos 60° delimitaba el espacio ocupado por un altar dividido en dos partes: la superior, más ancha, ocupada por un trono esculpido en ónice negro, en el que nos esperaba sentado Günter Swulzert. Vestía una casulla de seda negra sin ornamentos y llevaba cubierta la cabeza por un solideo del mismo color.

En la parte inferior del arco, más estrecha, justo delante del altar, habían ubicado una jaula de hierro, a la que nos condujeron los caballeros negros, quedando, Kamaka y yo, confinados dentro. Luego, los soldados, ocuparon cada uno de los pedestales que bordeaban el perímetro, quedando en posición de firmes. Se hizo el silencio.

Kamaka, seguía débil, aunque muy recuperado y parecía tranquilo. Yo intentaba estar a su altura, pero no podía ocultar el miedo que me atenazaba. La espera se me estaba haciendo insoportable y dolorosamente larga.

—Este es el final del viaje, mis queridos colegas —la voz del doctor Swulzter rompió aquel silencio lacerante—. Todas las despedidas son amargas, pero esta rubrica la culminación de una búsqueda que hemos realizado juntos; con motivaciones distintas, sí, aunque ustedes no lo sospecharan. Se han creado vínculos entre nosotros, no puedo negarlo, por eso les he reservado el inmenso honor de que sean espectadores de excepción del milagro que está a punto de producirse: aquel cuyo nombre no debe ser pronunciado va a materializarse. Vuelve de su letargo de siglos, allá en las profundidades del océano, confinado en su sepulcro de agua. *Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtag*, sí, en la Ciudad de R'lyeh, el difunto Cthulhu, espera soñando. Pero esta noche, ahora, esa espera terminará, por fin.

Mientras hablaba, de entre la túnica sacó el escarabeo del Rey Niño, que rescatáramos de la cripta en Tangarutu y nos la mostró, con un brillo siniestro en la mirada. Lo sostuvo en actitud oferente, mostrándolo a las alturas, a una siniestra divinidad que, poco a poco, se iba haciendo palpable en la atmósfera opresiva de aquella sala.

—*Yug! N'gha k'yun bth'gth 'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth. Y'bthnk... H 'ehye n'grkdl'lh... Cthulhu* —invocó la presencia del Innombrable con voz de trueno, mientras depositaba el escarabeo en el centro del sol vikingo, perfectamente encajado en la pieza de alabastro obtenida en Büren.

—*Y'kaa. Cthulhu Y'kaa. Ygnaiih... ygnaiih... Cthulhu Y'kaa.*—Respondieron de manera coral y en perfecta sincronía los doce caballeros negros.

Kamaka sacudió los barrotes de la jaula que nos tenía presos.

—Esta es la pesadilla de la que hemos venido escapando, escritor —me dijo con la mirada fija en el escarabajo de lapislázuli que brillaba como un reclamo fatal.

Mientras Swulzter, en su papel de sumo sacerdote satánico repetía sin cesar aquellas salmodia blasfema que trepanaba dolorosamente nuestros cerebros, aun sin entender su significado: *Yug! N'gha k'yun bth'gth 'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth. Y'bthnk... H 'ehye n'grkdl'lh... Cthulhu*, con los doce apóstoles negros dando el contrapunto, *Y'kaa. Cthulhu Y'kaa. Ygnaiih... ygnaiih... Cthulhu Y'kaa.* La noche, que se introducía en aquel templo maldito a través de la claraboya, parecía serena, ni una sola nube dificultaba la visión de las estrellas. *Yug! N'gha*

k'yun bth'gth 'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth. Y'bthnk... H 'ehye n'grkd'l'h... Cthulhu. Y'kaa. Cthulhu Y'kaa. Ygnaiih... ygnaiih... Cthulhu Y'kaa. El mantra se repetía con una tozudez hipnótica. Un relámpago cruzó la oscuridad exterior iluminándolo todo por un segundo. Como si hubiera sido una señal, las voces se elevaron tratando de atraer con más fuerza la deidad herética que invocaban.

La tierra tembló. Fue un seísmo potente. No sabría precisar su duración, porque estaba aterrorizado y era incapaz de mantener un mínimo de racionalidad, pero fue lo suficientemente largo como para provocar el derrumbe de varios nichos, sepultando bajo los escombros a algunos caballeros negros. El capitán Rawir y yo rodamos por el suelo de nuestra pequeña prisión entre polvo y cascotes. La reja de hierro que cerraba la celda se desencajó y, aunque de eso nos dimos cuenta un poco más tarde, quedamos libres.

Un fogonazo mucho más fuerte que el del relámpago anterior entró por la claraboya. Un haz de luz, potente, cegador, casi sólido, cayó directamente sobre el escarabeo del Rey Niño. En el interior de ese tubo de fuego blanco parecían moverse unas formas extravagantes, amorfas, fosforescentes, con largos tentáculos, que flotaban moviéndose de forma caprichosa, sin un orden previsible.

El terremoto nos había hecho caer, Kamaca se levantó despacio, trabajosamente, a pesar de su asombrosa recuperación, todavía se encontraba débil, lo ayudé y los dos fuimos a la verja de hierro. Entonces pudimos comprobar que estaba desencajada y suelta. El caos más absoluto reinaba en todo el recinto. Los caballeros de la guardia negra que quedaban en pie corrían en busca de refugio; la sociedad herética se había venido abajo, nada quedaba ya del ritual solemne al que nos habían sometido hasta ese momento, solo Swulzert seguía impertérrito, con los brazos alzados al cielo, poseído por una fuerza sobrenatural, repitiendo sin cesar su satánica melopea: *Yug! N'gha k'yun bth'gth 'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth. Y'bthnk... H 'ehye n'grkd'l'h... Cthulh. Yug! N'gha k'yun bth'gth 'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth. Y'bthnk... H 'ehye n'grkd'l'h... Cthulhu. Yug! N'gha k'yun bth'gth 'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth. Y'bthnk... H 'ehye n'grkd'l'h... Cthulhu.*

La columna de luz se tornó negra, con una oscuridad tan profunda y siniestra que hacía daño a la vista, como si entre la claraboya del techo y el escarabeo se hubiera establecido un vínculo oscuro, blasfemo, heraldo de un futuro inmediato más doloroso que la propia muerte. Me sentí vació, sin alma, un saco informe de huesos, vísceras y piel, al que le habían succionado toda su

capacidad vital; una criatura primigenia, indefensa, sin más objetivo que la supervivencia. Mi cerebro reptiliano se hizo con el control. Estaba paralizado por el secuestro emocional. Muerto en vida.

El suelo volvió a temblar. Gruesos cascotes se desprendían de la cúpula, cada vez el final estaba más cerca. Hubiera querido creer en algún dios para encomendarme a su clemencia. Pero algo se movió dentro de la nebulosa de mi campo visual; una forma conocida que se movía torpe, lentamente, cuál si estuviera necesitando de todas sus fuerzas para arrastrarse por aquel laberinto de piedras y fuego: era el capitán Kamaka Rawir y empuñaba un arma, uno de los G11. En un primer momento, pensé que iba a disparar a Swulzert, pero pronto me di cuenta que sus intenciones eran otras, porque haciendo acopio de las últimas fuerzas que pudieran quedarle, encaró el arma hacia el escarabeo del Rey Niño y abrió fuego haciéndolo saltar por los aires hecho añicos.

Un aullido desgarrador, de rabia, insoportable para el oído humano bajó del cielo y, sin transición, casi al unísono, un viento negro, abrasador barrió el salón, arrasándolo todo a su paso. Aferrado a los restos de la jaula, vi a Kamaka, con su enorme corpulencia, flotar como una hoja a merced del vendaval; se produjo una tremenda explosión, la onda expansiva me aplastó contra la pared y el mundo se apagó para mí. No supe más, mi siguiente primer recuerdo es despertar en medio del bosque, solo, aturdido, pero sin un rasguño. La mole del castillo se dibujaba a lo lejos y la poca consciencia que aún me quedaba hizo que huyera, trastabillando, aterrado, sin mirar hacia atrás. Así anduve un trecho, no sabría cuantificar la distancia, ni el tiempo que me aguantaron las fuerzas antes de caer desmayado nuevamente.

Desperté en una habitación del hospital de Büren. Pregunté por Kamaka, pero nadie me supo dar razón. Luego fueron ellos quienes preguntaron. Mi historia no cuadraba por ningún lado. El castillo existía, sí, pero hacía años que estaban restaurándolo y, al parecer, no había signos de violencia recientes, ni salas con nichos destrozados, claraboyas o señales de un fuego devastador. Pusieron en duda mi salud mental, hubo una investigación y al cabo de unos días, por mediación del consulado británico, se iniciaron los trámites para mi repatriación, por fin conseguía volver a Plymouth, pero este Aaron Llywelyn, enfermo, esquizofrénico y aterrado, no era el mismo que voló a El Cairo en la primavera de 1974 y tuvo la desgracia de traspasar el umbral del horror, de la mano del profesor Thaamir el-Kaber, el arqueólogo loco que me llevó a esta locura.

Sé que la blasfemia sigue allá afuera, esperando, paciente, segura de su triunfo, no hay redención. Sus siervos continúan trabajando en silencio, ocultos a los ojos del mundo, poderosos y no cejarán hasta alcanzar sus metas. La humanidad está perdida, la noche eterna se acerca, el infierno espera.

Y'kaa. Cthulhu Y'kaa. Ygnaiih... ygnaiih... Cthulhu Y'kaa